JUAN MIGUEL
ZUNZUNEGUI

FALSIFICAR LA HISTORIA

Nos gustan las mentiras. Tenemos la facultad de mentir, la capacidad de construir mentiras y la maravillosa inclinación de creer en ellas.

Ese es el inicio y la premisa de Falsificar la historia. Un recorrido de miles de años por la historia, la filosofía y la religión; una aventura a través de la psicología individual y la de las masas, un viaje que no deja de moverse entre la realidad y los mitos, y que nos lleva a cuestionarnos TODO LO QUE HEMOS CREÍDO.

Por medio de algunos de los acontecimientos más simbólicos de la historia universal, que comienzan con la creación y llegan hasta la caída de la Unión Soviética, Juan Miguel Zunzunegui nos lleva a las complejidades de la mente humana, a las herramientas que se han usado para someterla y al camino para finalmente descubrir la verdad.

epublibre

Juan Miguel Zunzunegui

FALSIFICAR LA HISTORIA

ePub r1.0
XcUiDi 28-08-2024

Juan Miguel Zunzunegui, 2023

Editor digital: XcUiDi
ePub base r2.1

Las masas nunca han sentido sed por la verdad. Se alejan de los hechos que nos les gustan y adoran los errores que les enamoran. Quien sepa engañarlas será fácilmente su dueño; quien intente desengañarlas será siempre su enemigo y su víctima.

GUSTAVE LE BON,
Psicología de las masas

Nada da mayor poder sobre los hombres que las mentiras, porque viven de ideas y éstas se pueden dirigir. Ese poder es el único que cuenta.

MICHAEL ENDE,
La historia interminable

Cuando entiendas que toda opinión es una visión cargada de historia personal, empezarás a comprender que todo juicio es una confesión.

NIKOLA TESLA

El objetivo de elegir funcionarios es que nosotros no tengamos que pensar.

HOMERO SIMPSON

Miente, miente, miente que algo quedará. Cuanto más grande sea una mentira más gente la creerá.

JOSEPH GOEBBELS

No es saludable estar adaptado a una sociedad profundamente enferma.

JIDDU KRISHNAMURTI

Cuando no hay enemigo interior, ningún enemigo exterior puede hacerte daño.

BHAGAVAD GITA

EL ORIGEN DEL TIEMPO Y DE TODAS LAS HISTORIAS

Tenemos la facultad de mentir, la capacidad de construir mentiras y la maravillosa inclinación de creer en ellas. Nos gustan las mentiras. Un mandamiento de la ley de Dios las prohíbe so pena de ir al infierno, y crecimos escuchando a nuestros padres que no era correcto decirlas. Igualmente, los escuchamos decir mentiras, y alguna vez habremos escuchado que esa mentira específica, en esa condición determinada, estaba bien. También nos contamos eso a nosotros mismos cuando mentimos.

Podemos mentir porque tenemos lenguaje, imaginación y capacidad de abstracción. Los mismos factores de la mente que nos permiten concebir a Dios y la idea de amar al prójimo, nos permiten engañar a ese prójimo y manipularlo con algún dios como pretexto. Nos permite también engañarnos a nosotros mismos. Ésa es la complicada dualidad de la mente humana.

Los seres humanos habitamos el mundo de manera poética, contando y contándonos historias. La existencia no es otra cosa que una serie de narrativas; es a través de ellas que la mente le otorga sentido y significado a todo. Ése es el poder de la palabra y de la historia: crea la realidad. Si queremos comprender cómo funciona la creación a través de la palabra, y la manipulación a través de la historia, es impres-

cindible conocer la dimensión donde ésta ocurre: el tiempo, así como descubrir la irrealidad de este último.

Entendemos y dotamos de sentido al mundo a través de la palabra, y desde que despertó en nuestra mente la capacidad del asombro y la duda, comenzamos a construir narrativas y todo tipo de relatos simbólicos que nos den explicaciones ante la inmensidad de la existencia. Nacieron como uno mismo, humanidad, palabra y mitología. Hablamos y contamos historias. Eso es lo que hacemos a lo largo de toda nuestra vida, como individuos y como especie. Eso es lo que nos hace humanos.

Hacemos historias y vivimos dentro de ellas. Habitamos una historia colectiva que compartimos con una comunidad, que es comunidad gracias a que todos se cuentan la misma historia, y habitamos también dentro de nuestra historia individual. La que nos contamos a nivel colectivo, cualquiera que sea dicho colectivo, nos da una de tantas respuestas a la pregunta "quiénes somos"; la individual, ésa que nos contamos acerca de nosotros mismos, evidentemente responde la pregunta sustancial: quién soy yo.

Ninguna de ellas es verdadera. Tampoco es falsa. Es más bien virtual, una construcción con base en algunos recuerdos, en historias y narrativas heredadas, e identidades previamente construidas. Pero es nuestra historia y, por lo tanto, la verdadera. Sin embargo, ese principio es igual de válido para cada uno de los miles de millones de individuos que se han contado una historia distinta, y que es igual de sacrosanta e irrevocable.

Algunos heredaron, se contaron y transmitieron, la historia del cristianismo, esa versión de la realidad que les corresponde principalmente por azar histórico geográfico. Otros se contaron la historia del islam, o la del pueblo de Dios, la del

Buda o la del ateo, cada una de ellas igual de fortuitas. Esas historias e identidades anexas se mezclan con otras que te hacen ser mexicano o español, alemán o inglés, bielorruso, ruso o ucraniano, serbio o croata, israelí o palestino. Otras te hacen liberal o conservador, de izquierda o de derecha, comunista o anarquista. Nada es real, todo es una narrativa que está en tu mente.

En ese sentido, cada historia humana es verdadera. Y ninguna lo es. La verdad nunca ha tenido nada que ver con la historia; aunque desde el siglo XVIII nos contemos el cuento de que sí, y hasta pretendamos que tiene un carácter científico. Pero desde que buscamos la explicación al día y la noche, la lluvia y el trueno, hasta las diversas argumentaciones de por qué un territorio es de uno o de otro Estado, el objetivo de la historia siempre ha sido dar explicaciones y dotar de sentido; justificar y legitimar. Nunca ha sido hacer una relación de hechos inequívocos e innegables que, por la propia naturaleza de la mente humana, nadie puede saber.

En la era de los Estados modernos, los de la Ilustración y la Revolución Industrial, con la ciencia, la verdad y las certezas como principal argumento de nuestras narrativas, se nos educó para rechazar todo relato religioso y mitológico por ser mentiras usadas para manipular a las masas, y se nos inocularon relatos nacionalistas igual de falsos y mitológicos, con el mismo objetivo manipulador. Eso hicieron los nazis y los comunistas del siglo XX. Es lo que hace el México del siglo XXI.

Cada revolucionario libertador de la historia terminó por descubrir que las masas oprimidas sedientas de libertad deben seguir oprimidas, sólo que con historias diferentes. Nacen los nacionalismos y las ideologías. El detalle fascinante del mundo moderno, el de las revoluciones emancipadoras,

es que ese sometimiento, ese adormecimiento colectivo, se hace con una historia basada en la libertad y el despertar. ¡Despierta!, grita una cantidad inaudita de durmientes.

Somos curiosos, tenemos una mente que nos permite dudar, y caímos en el error de pensar que el objetivo de esa facultad es llegar a una verdad definitiva, en vez de comprender que el objetivo y el camino es la duda misma. Nos encanta la idea de la verdad, porque nos da certezas en un mundo cuya esencia es la incertidumbre; como la verdad es incognoscible en su esencia, nos fascina construir verdades, para lo cual tenemos que contarnos historias y comprometernos con nosotros mismos a creer en dichas historias y sus consecuentes verdades. Todas ellas ficticias, pero social y colectivamente aceptadas.

Construimos una verdad, nos apegamos a ella como si de eso dependiera el sentido de nuestra existencia, porque de hecho es justo así; creemos en nuestra verdad, nos olvidamos de que nosotros la construimos, y la convertimos en sagrada. Hacemos eso desde la primera palabra emitida por un ser humano. En el principio fue la palabra. La palabra parece darle solidez a las cosas por más que éstas sean sólo sombras al fondo de una caverna.

Si ninguna historia es verdadera, y todo en la vida humana son constructos culturales, todo colectivo es siempre una ficción. Cualquier grupo al que creas pertenecer, desde la nación hasta la religión, pasando por ideologías y equipos de futbol, es una creación de tu mente abstracta, simbólica y totémica, que te permite identificarte con otros individuos, una docena o cientos de millones, porque comparten símbolos y se cuentan las mismas historias.

Una sociedad es un grupo de personas que, a fuerza de contarse algo y compartirlo, se sienten parte de un mismo

todo; pero eso que se cuentan y se comparten viene siempre de un círculo de poder que invierte recursos en repetirlo y compartirlo, popularizarlo y hasta imponerlo. Esto es porque desde el poder se necesita, entre otras cosas, generar en los individuos la idea de que son parte de algo superior a ellos, de construir una identidad y hasta una mente colectiva con base en relatos simbólicos; es decir, en historias.

Las historias dan poder al que las cuenta. Evidentemente, se lo quitan al que sólo las escucha y repite sin cuestionar. No hablamos de la historia real porque ésa no existe. La verdad pura de la historia serían los hechos sin interpretaciones, pero eso es absolutamente inútil para el ser humano, que dota de significado a todo.

Los seres humanos contamos historias, interpretamos el mundo para habitarlo y darle sentido. Desde que somos humanos dichas narrativas están siempre llenas de símbolos y significados, de emociones e interpretaciones; desde que inventamos el fenómeno del poder, están llenas también de ideologías.

La historia se usa como herramienta de poder; con ella se construye una memoria colectiva que nunca es real. Con narrativas construimos una mitología histórica y con eso se crean imaginarios colectivos y estructuras sociales, se construyen y legitiman Estados; se purifican guerras al llamarlas *revoluciones*. Las narrativas crean pueblos y permiten ejercer poder sobre ellos.

Tenemos lenguaje, memoria e imaginación, tres elementos constitutivos de nuestra mente que sólo pueden hacer de nosotros un contador de historias. Además de memoria e imaginación, tenemos emociones y la capacidad de interpretar, eso hace de nosotros falsificadores de todas esas historias. Nunca nos ha importado la realidad; siempre hemos buscado

sentido y significado que nos permitan habitar con relativa paz nuestra dimensión emocional y eso implica falsificar la historia.

Es en esa dimensión donde somos hermanos y una unidad. Todo lo demás nos divide en estratos sociales y construcciones culturales que nos hacen sentir realmente distantes a unos de otros: ricos y pobres, nobles y plebeyos; judíos, cristianos o musulmanes; mexicanos, gringos y españoles; blancos, negros, morenos y prietos; comunistas, liberales, conservadores, progresistas..., todos tratando de darle sentido a su existencia a través de historias que van más allá de la razón y llegan al terreno emocional.

Todos experimentamos por igual el amor, la compasión, la alegría y el regocijo; todos sufrimos y sentimos miedo al dolor en todas sus formas. Es en las emociones, y su gestión generalmente deficiente, donde todos somos iguales. En el conflicto existencial y la búsqueda de significados, en los paraísos y los infiernos en los que somos capaces de habitar, y que dependen únicamente de las historias que nos contamos en nuestro interior.

Tenemos lenguaje. Es la esencia de lo que somos. Su existencia es un misterio insondable que nos separa del resto de la creación, nos permite verbalizar un mundo sensitivo y emotivo que nos invade y nos haría explotar si no pudiésemos indagar en él a través de la palabra. Nos permite nombrar y, por lo tanto, comprender las cosas; explorar y conocer un mundo exterior y uno interior, y nos da la posibilidad de pensar dichos conceptos. Nos faculta para hacer filosofía y religión, economía y leyes; es primordial para darle sentido a nuestra propia existencia, pero nos es tan cotidiano, y por añadidura tan normal, que no reparamos en todo lo que el lenguaje es.

En medio de un mundo que de primera impresión nos parece hostil y sinsentido, el lenguaje nos permite contarnos historias que lo hacen más amable y trascendente. Ante el misterio de la conciencia, que nos permite experimentar y reconocer nuestra propia existencia, y atemorizarnos ante ese enigma, el lenguaje nos concede crear narrativas que la doten de sentido y significado. Ante la tribulación de experimentar la impermanencia y efimeridad de las cosas, el lenguaje nos otorga la posibilidad de pensar en la eternidad.

El lenguaje nos hace humanos, pues sin él no podríamos acceder a la racionalidad que según nosotros nos caracteriza, ni podríamos describir las emociones que nos motivan. Sin lenguaje no podríamos pensar, ni tener capacidad de abstracción, y no tendríamos la posibilidad de concebir y hasta buscar a Dios. No haríamos comunidad ni sociedad, no seríamos creadores de cultura ni constructores de imperios. No seríamos lo que somos.

Tenemos lenguaje y en consecuencia pensamiento, pues cada idea está siempre relacionada con una palabra. Cada concepto mental está asociado al lenguaje, lo que significa que cada cosa que podemos pensar es porque inventamos la palabra correspondiente para poder pensarla. Cada pensamiento y cada idea son un invento humano. Cada historia es precisamente eso. Ninguna es la verdad, es nuestro propio mito.

Tenemos memoria; en consecuencia, concebimos la idea de pasado. Recordamos algo que no está en este lugar y momento, aunque el simple recuerdo pueda hacer reales las cosas para nuestra mente. Resulta que nuestra mente concibe ideas, y las ideas no están en el tiempo, sino en la mente; es por eso que el recuerdo doloroso del pasado genera sufrimiento en el momento presente.

Las emociones no dependen del tiempo, están atadas al recuerdo y se viven siempre como reales. Las emociones están en la eternidad, y siempre a nuestra disposición para liberar o esclavizar nuestra vida. Somos lo que nos contamos, por lo tanto, hay historias que nos someten —casi todas—, pero siempre hay una que nos libera y cuyo final es el despertar. Tú eres el narrador de tu propia realidad.

Tu historia es tu viaje del héroe. Tiene al bueno, al malo y al feo, al héroe y al villano, al salvador y al tirano, al traidor y al desleal. Tiene maestros y tiene pruebas, así como obstáculos y recompensas, búsquedas y resoluciones. Tu vida es una historia llena de personajes a los que has dotado de valores y de significados. Ninguno de esos personajes es real ni tiene relación con la persona real en el mundo, son construcciones simbólicas para contarte una historia y darle sentido a tu vida.

Ese fenómeno se logra también al construir la narrativa de una historia nacional; es por eso que un buen demagogo puede hacer que experimentes alguna emoción negativa y perturbadora por algo que ocurrió hace 500 años, que no te ocurrió a ti, que no recuerdas porque no lo viviste, pero que aun así despierta tu indignación. Todo eso ocurrió tan sólo en tu imaginación y le entregó tu poder al demagogo en cuestión.

Voy a luchar porque estoy harto de 500 años de injusticias. No es cierto, ésa es la narrativa que te cuentas. Estás harto de lo que consideras que es injusto para ti, de las injusticias de la vida y del mundo contigo, y enredas tus propios conflictos con los de una narrativa que te hace pensar que eres parte de algo más grande. No puedes estar harto de 500 años de nada, pues tú sólo has experimentado 30 o 40 de ese medio milenio que te indigna.

Nuestra mente tiene registrado absolutamente todo lo que ha percibido desde el principio de nuestra vida; la inmensa mayoría de nuestra memoria está en un nivel inconsciente, muchas cosas están enterradas, otras afloran de vez en cuando, unas más están ahí para tomarlas cuando sea necesario; y con muy pocos elementos construimos toda la historia de nosotros mismos.

Toda historia nacional inculcada en la gente se basa en una columna vertebral de acontecimientos —muy pocos— sobre la que se construye una trama de símbolos y emociones que terminan dotando de sentido a la patria y de gloria a su pueblo. No todas; está la de México, que usa símbolos y emociones para que la patria sea un sinsentido que nunca tiene un verdadero pueblo. Tu historia personal funciona básicamente igual.

No recuerdas lo que hiciste ayer, o la semana pasada, pero sí tienes toda una historia de ti mismo, con buenos y malos, enemigos y maestros, lecciones y caídas, traumas y complejos; todo ello inserto en una narrativa construida con muy pocos eventos de recuerdo dudoso, pero dotados de significados emocionales. Por eso son el eje de tu historia, porque están relacionados con las emociones que te hacen ser quien eres.

Podrías, si tuvieras ese don, que casi nadie tiene, recordar absolutamente todo sobre tu pasado; aun así, lo que te marca en el presente, para bien y para mal, no son los hechos, sino las interpretaciones, porque eso, tus interpretaciones emocionales, es lo que en realidad está en tu memoria.

Pero no podrías, porque ese don no existe, recordar cosas que tú no has experimentado. Ése es el problema cuando hablamos de mentalidad colectiva o señalamos que un pueblo no tiene memoria. Un pueblo no puede tener memoria por-

que el pueblo no existe, es sólo una idea abstracta en la mente de los individuos.

La memoria colectiva, los acontecimientos que los países recuerdan, los eventos que los pueblos no olvidan son siempre una construcción. Esa construcción nunca es la realidad, y siempre estará cargada de significados emocionales que casualmente darán la razón a una u otra ideología o necesidad político-social. Se impone desde el sistema y el poder.

Tenemos imaginación. La capacidad de crear y construir en nuestra mente escenarios, situaciones, personajes, paisajes o acontecimientos que no existen, que no están aquí y ahora. Pero no podemos crear de la nada, ése es el detalle que nos distancia de Dios; es por eso que todo lo que dibujamos en nuestra mente está construido necesariamente con elementos del pasado; es decir, de la memoria, pero no la real, sino de la narrativa de significados y emociones, dolores y alegrías que hemos asumido como nuestros.

Con esa imaginación construimos la abstracción a la que llamamos *futuro*. Como tenemos memoria y con ella creamos la ficción del pasado, nuestra mente fabrica la mayor de las ilusiones: el tiempo. Hemos llegado a la dimensión donde transcurren todas las historias, y como todas ellas están construidas con elementos de imaginación y memoria que sólo están en la mente, resulta evidente que esa dimensión sólo puede estar en el mismo lugar. El tiempo no existe.

Tu mente construye el tiempo, y con imaginación y memoria construye también las historias que parecen transcurrir en dicho tiempo, pero que están siempre en el presente, están ahora. No existe el pasado. Tu mente imagina el futuro con base en la interpretación emocional a la que llamas *pasado*, por lo que estará lleno de los mismos miedos y tendrá,

por lo tanto, las mismas limitaciones. Pero eso sólo está ocurriendo en tu mente ahora. El futuro no existe.

Si la mente construye el tiempo, y las historias que en él ocurren, y construye también todo el universo simbólico de esas historias, inventa cada signo y cada significado, cada interpretación o versión de los hechos convertida en verdad; si la mente crea también todas las relaciones emocionales de dichas historias y crea, por lo tanto, emociones positivas o negativas que se experimentan en tiempo presente, está creando la totalidad de la realidad. Eso que para ti es la realidad. Tu historia está sólo en tu mente. Comprender eso en el más profundo de los niveles es el único camino a la libertad.

EL PODER DE LA MENTIRA

Y NUESTRA MARAVILLOSA CAPACIDAD DE CONSTRUIR LA VERDAD

La única forma de ser diferentes es contarnos una historia distinta. A nivel individual o colectivo, eres tu historia, lo que cuentas de ti mismo. Ser el narrador de ti mismo es lo que te da poder, lo que te hace que todo dependa de ti y, por lo tanto, todo tenga remedio, pero que también te haga absolutamente responsable, sin posibilidad alguna de señalar culpables. Gran poder y gran responsabilidad.

Si el pasado tuviese una existencia real, entonces sería lo que es, y eso sería inamovible. Nadie puede cambiar los hechos; dado que los individuos humanos estamos marcados por el pasado, en una interminable cadena de causas y efectos, eso nos condenaría. Pero el pasado que nos marca y determina y, por lo tanto, nos limita, no está en los hechos sino en la narrativa. Es posible viajar al pasado.

Es posible viajar al pasado, y es posible cambiarlo. Cuando hay un trauma que no te deja seguir adelante, sea una tragedia en tu vida personal o la Conquista de México, hay que recordar que dicho trauma, con todas sus causas, siempre emocionales, está inscrito en una narrativa llena de interpretaciones que existen sólo en la mente. El conflicto nunca viene del hecho, sino de la interpretación emocional. Es absolutamente posible cambiar dicha interpretación.

Es posible viajar al pasado, a los acontecimientos más dolorosos, y transformar las emociones que han sido asociadas a ellos. Hacer un proceso de interiorización que permita comprender que cada detalle del pasado es igual de vital para que uno sea exactamente el que es en el presente; observar, aprender y superar; transformar las emociones negativas asociadas a los hechos y relevarte a ti mismo de la obligación que sentías con tus perturbaciones mentales. Ese proceso se llama *perdón*, y esa nueva narrativa sólo podrá ser liberadora.

Una historia de ti mismo basada en el perdón es lo único que te hará pleno. A nadie le interesa esa versión de los hechos más que a ti. Los demás viven de tu sufrimiento. El revolucionario, el político, el ideólogo, el sacerdote, el gurú, el *coach*... La verdad te hará libre, lo que te libera es verdad. Sólo una narrativa de perdón es la verdad y es la única que te da poder sobre ti mismo. El rencor nunca te empodera. Generar rencor es el principal interés de las falsificaciones ideológicas.

El rencor es engañoso, te llena de odio, te carcome el alma, y al hacerlo te llena de una energía que parece provenir de lo más profundo de ti, te llena de vitalidad, te da un combustible casi inagotable, hace que nada ni nadie te detengan; pero esa fuerza no está a tu servicio y te arrebata tu libertad. El rencor empodera al que siembra ese desasosiego en tus entrañas, a nadie más. Te deja el hambre y se lleva el pan.

La principal razón para falsificar la historia en el mundo moderno es infiltrarse en lo más profundo de tu mente y convertirte en un esclavo al servicio del poder. Cada movimiento revolucionario y cada una de esas ideologías sometedoras que se dicen progresistas dependen por completo de ello.

Entregas tu poder a quien entreteje la historia en la que crees, y hoy en día tú eres el discurso legitimador de los poderosos, el pretexto de cada movimiento, el alma de todas las causas, el arma de todas las guerras, el esclavo que debe ser liberado y el durmiente que debe despertar. El tema es que a nadie le interesa tu iluminación más que a ti, y tú quizá piensas que eso de la iluminación es un mito.

Lo anterior significa que tu libertad depende por completo de ti y de que seas capaz de ver la realidad. La realidad es muy simple: la historia es falsa. No importa cuál. La historia que conoces, acerca de lo que sea, incluida la de ti mismo, es sólo una versión de los hechos. No es la verdad. Existen miles de versiones que te mantendrán esclavo de ti mismo y, por lo tanto, de los demás, y hay sólo una que puede liberarte. Tu realización humana depende de encontrar esa versión.

Tu realización es lo único importante, y deberías desconfiar de cualquier persona o sistema que te diga lo contrario. Vivir en paz, en armonía contigo mismo y con absoluta plenitud es el acto más altruista que puedes hacer por la humanidad. La guerra la instigan y la pelean los humanos frustrados. Tu realización sólo aportará bienestar al mundo. A los poderosos no les interesa tu bienestar.

No se trata de indagar para descubrir si se falsifica o no la historia. Eso hay que darlo por hecho. La propia naturaleza, de la historia y de la mente humana, no permite que sea de otra manera. Es en absoluto irrelevante plantear una versión alternativa a un hecho que se califique como falso: esa otra versión también es falsa, o por lo menos igual de *no verdadera*. No se trata de cambiar un cuento por otro, y mucho menos de ser el paladín de la verdad histórica. Tal cosa no existe. Existen los hechos, desde luego, pero son el menos impor-

tante de los elementos en el momento de contar versiones y construir narrativas.

Sólo hay una narrativa que te hará completamente libre, y es en la verdadera libertad donde se puede hallar la plenitud. La plenitud del individuo es la peor amenaza para los poderosos, así como para los libertadores en turno que nos quieren sacudir del yugo de los poderosos para imponer el suyo, cuando ellos, gracias a liberarnos, sean los nuevos poderosos, como ha sido siempre en la historia humana. La eterna rueda del tirano no deja de girar. ¡Quién nos liberará de los libertadores!

A Lenin, expresado por él mismo, le molestaba mucho que los trabajadores mejoraran su nivel de vida en el capitalismo, pues cada obrero satisfecho era un revolucionario menos. A él, desde luego, no le importaban los obreros sino la revolución, y eso es porque hay una sola cosa que quieren los revolucionarios: el poder. No importa si creen su propio discurso, les interesa el poder y todo lo demás es utilitario, comenzando por las personas.

Todo político y todo revolucionario de la actualidad destruyen los cimientos mismos de la ética kantiana, la más hermosa que ha creado la civilización occidental, y que se resume en un imperativo categórico: actúa de forma tal que el ser humano sea para ti siempre un fin y nunca un medio. Resumen del resumen: no uses a las personas, pues eso les arrebata su humanidad (en tu mente) y los convierte en cosas; lo cual por añadidura te deshumaniza a ti mismo. Todos los revolucionarios usan a las personas.

Para el revolucionario la ética no reside en los actos, sino en su persona. Si el revolucionario asesina, ese asesinato en particular es bueno; si es ladrón o corrupto, ese robo y esa corrupción están moralmente justificados. Matar está mal,

pero el Che puede hacerlo; violar mujeres está mal, pero Villa tiene ese derecho; la tiranía es inmoral, pero la de Fidel Castro es virtuosa; el imperialismo yanqui es abominable, pero el bolivariano o el soviético son correctos; el canibalismo es deleznable a menos que lo cometan los aztecas, porque entonces es místico y simbólico.

Decía Lenin que la revolución era el único baremo de lo moral. Pero en la narrativa de los revolucionarios a lo largo de la historia, la revolución no es la guerra que los lleva al poder, sino el régimen que se establece después, con lo que su tiranía se impone como parámetro de lo correcto y lo incorrecto. Las ideas político-sociales del camarada en cuestión como parámetro ético. El comunismo funciona igual que la religión.

Todos han tratado de imponer la idea de la revolución continua, una lucha constante que sólo puede ser sostenida por una masa cuyas emociones estén perturbadas por el discurso del revolucionario, que evidentemente necesita de tu desasosiego sin importar cuánto manosee la palabra *bienestar*. Todo revolucionario ha construido esa mentira porque, como plantea George Orwell, nadie toma el poder con la intención de dejarlo.

Cada revolucionario en la historia te ha mentido, porque cada uno ha necesitado de tu frustración para tomar y mantener el poder. El revolucionario puede ser Lenin, Mao, el Che, o la ideología progresista de moda a la que te hayas adscrito en un momento que tu vida parecía no tener sentido. A través de su revolución, el revolucionario tratará de lidiar contra sus propias frustraciones, probablemente sin lograrlo, pero nunca se ocupará de las tuyas. El revolucionario es un humano frustrado que culpa de sus frustraciones a la

humanidad, a la sociedad, al sistema, al patriarcado, pero nunca a sí mismo.

La historia siempre se ha escrito desde el poder y lo único que busca es sometimiento. No puede ser de otra manera. No tiene que ver con que ese sometimiento valga o no la pena, si es burdo o sutil, si es en un régimen justo o injusto, a través de un contrato social sensato, con o sin libertades que permitan el desarrollo del individuo. Es comprender que el fenómeno del poder es que muchos obedezcan a muy pocos, lo cual requiere del rendimiento de la voluntad.

Voluntariosos como somos, hemos sabido construir discursos y estructuras, símbolos, que nos permitan llevar a cabo esa rendición de formas diversas, sea por derecho divino o por soberanía popular, igual de ficticias. El fenómeno del poder parece ser necesario; no hay otro camino para la civilización, y de la Revolución agrícola para acá la civilización parece ser el único camino. Cuando te prometan desmontar el patriarcado, duda tremendamente, porque patriarcado y civilización son sinónimos, y el que maneja el discurso lo sabe, sólo espera que no lo sepas tú. Los revolucionarios de hoy te ofrecen luchar contra la inercia de 15,000 años. Perderán. Es mucho más sabio dejar de comprar discursos prefabricados y penetrar por ti mismo en lo más profundo de la historia y los significados.

En el discurso democrático, y mucho más en el demagógico, se ha logrado el mayor resultado en términos de narrativas de poder: que el individuo se someta convencido de estar empoderado. Ser esclavo con la libertad como pretexto. Aquí no hay izquierdas y derechas. Hay poder. Diferentes narrativas, pero mismo resultado.

El poder es la mayor constante de la historia a partir del nacimiento de la civilización, que no es otra cosa que el desa-

rrollo de la sociedad a través de la división de trabajo especializado dentro de una jerarquía. Muy pocos mandan y todos los demás obedecen, muchos generan riqueza y muy pocos la administran, la inmensa mayoría trabaja y unos muy pocos viven de ese trabajo.

Ésa es la esencia misma de la civilización, y cualquier revolución que te diga que cambiará esa relación de fuerzas, está mintiendo. Tendría que destruir la civilización desde sus cimientos. Eso puede parecerte tentador, pues el ser humano, incapaz de crear, vuelca sus necesidades profundas en destruir. Es lo que le pasó a Hitler.

Desde el inicio de la civilización hay poder, y desde ese momento existen también las narrativas que lo justifican y sustentan. No es posible mantener el poder por la fuerza, el sometimiento no debe ser burdo, sino sutil, lograr que la masa acepte ese fenómeno. Lo anterior es sencillo porque nuestra mente vive de símbolos y de narrativas, y de esas dos cosas se construye una estructura de poder: símbolos y narrativas donde se mezclan la esperanza y el miedo.

Dios, los dioses, lo divino, lo sagrado, lo sobrenatural, fueron los sustentos del poder en cada civilización de la historia. Occidente rompió esa narrativa cuando construyó la democracia, y contra el derecho divino se planteó la soberanía popular. El pueblo, con el problema que implica definir *pueblo*, era la verdadera fuente de poder, y así comenzó la construcción de la democracia representativa y parlamentaria.

Ese nuevo mundo, burgués, capitalista e industrial, generó una nueva clase social: el proletariado, más abajo que la burguesía, el cual habría de padecer las nuevas injusticias creadas por ese nuevo mundo que se estaba construyendo, y que comenzó a proponerse como el verdadero pueblo al ir haciendo sus propias narrativas políticas. El de hasta abajo es el

verdadero pueblo, y con él como garante surgieron el comunismo y los socialismos, nuevas narrativas para que el fenómeno del poder quedara igual, con otras personas en la cúpula representando algo tan abstracto y manoseable como el mismo Dios: el pueblo.

Los nuevos populismos, ultranacionalismos y radicalismos de derecha e izquierda, que cada vez se funden más entre sí, son la prueba contundente del fin de la democracia conocida en los albores del siglo XXI. En la *posdemocracia* todo gira en torno a prostituir la idea de pueblo, a prometer, a regalar, a señalar culpables y prometer venganzas, a vender futuro y pasado; y lo más importante de todo, a exaltar tus emociones negativas y someterte a través de ellas.

Contra la lógica y la razón, el camino a la verdad del mundo moderno, se ofrece ahora la exaltación de las emociones como camino a la posverdad. Lo real ya no tiene relación alguna con los hechos, lo real es lo que yo quiero, lo que siento en lo más profundo de mi ser sin importar ciencia o razones. Convertir tu capricho en ley es muy tentador. Que toda la realidad cambie para adaptarse a ti, que es lo que ofrecen los ideólogos, evidentemente te parece más lógico que aceptar la realidad tal y como es, que es lo que han recomendado todos los grandes maestros de la humanidad.

El odio se ha convertido en la nueva legitimación del poder. La mayor parte de los individuos pasan toda una vida humana lidiando con su mente, conviviendo con ella, arrastrados y sometidos por ella, sin detenerse a comprender nunca cómo funciona ese maravilloso misterio. Los poderosos, por el otro lado, siempre se han detenido en eso, por eso son los poderosos.

Eso significa que, si quieres tener poder sobre ti mismo, es indispensable conocer cómo funciona tu mente; de otra for-

ma serás una veleta movida por los vientos de tu ego y las tempestades de los egos colectivos a los que te adscribes, desde tus identidades nacionales y religiosas hasta la secta ideológica de moda.

¿Quiénes son los mentados poderosos? Podemos hablar de los jefes de Estado, los grandes capitalistas, el sistema financiero internacional, el club de los amos del mundo, los poderes fácticos o los hombres desconocidos que mueven desde la sombra los hilos de la sociedad para establecer el nuevo orden mundial. Ellos existen, porque es evidente que los poderosos conspiran por el poder, pero a nuestro nivel también son irrelevantes.

En tu vida, el poderoso es todo aquel individuo o grupo, real o imaginario, cercano o lejano a ti, que mueve y controla tus emociones para ponerlas a su servicio. Ubicar a esos personajes en tu vida es más trascendente que luchar contra George Soros o el plan maquiavélico de Bill Gates, contra los que, finalmente, no puedes hacer nada.

La mente es una abstracción total, pero para poder vivir en el mundo, construir sociedades y crear cultura, necesita elementos concretos. Por eso crea símbolos; en ellos deposita significados, y con esos significados trata de dotar de sentido a una existencia que, así de pronto, pareciera no tenerlo. Aquel que sabe controlar los símbolos lo controla todo; y las narrativas históricas no son otra cosa que relatos simbólicos. La historia es una falsificación basada en hechos reales.

Los sabios han comprendido el funcionamiento simbólico de la mente abstracta y lo han expresado desde el inicio de la historia en forma de mitologías. Desde el Poema de Gilgamesh, pasando por la multifacética familia olímpica griega, incluyendo todos los relatos religiosos de la historia, todos los dioses y sus diversas peripecias promiscuas, cada historia

nacional alrededor del mundo, cada mito, desde las odas de los trovadores hasta el Señor de los Anillos y desde los dioses nórdicos hasta los Avengers, todo son relatos simbólicos que exponen el funcionamiento arquetípico de la mente humana, y que moldean el comportamiento.

A partir de la Ilustración se generó e inculcó, a través del sistema educativo, la idea de que mito es equivalente a mentira. Al parecer, los pueblos antiguos estaban tan desocupados que se dedicaban a inventar relatos fantasiosos al por mayor sólo porque sí; y con base en esos relatos se había tenido sometida a la humanidad hasta aquella gloriosa era en que la lógica y la razón la liberarían.

El mito pertenecía a la niñez de la humanidad, y en la adultez ilustrada quedaba superado por la razón, siendo su expresión en forma de conocimiento científico. Comenzaba la era de la verdad universal al alcance de todos. El *logos* y no el *mythos* era el nuevo camino, y por eso el pueblo podría gobernarse a sí mismo a través de la democracia. No más secretismos por parte de la Iglesia. Llegaba el mediodía de la humanidad y nunca más el pueblo sería sometido con mitos. Ése es el mayor mito del mundo moderno. La libertad es la mentira con la que se somete a la humanidad occidental desde el siglo XVIII hasta hoy.

Sin preguntarle a la humanidad occidental si quería ser emancipada, los ilustrados la liberaron del mito. El tema es que el mito, y no el *logos*, es lo que dota de sentido a nuestra realidad. El ser humano sin sus mitos vaga a la deriva de la existencia. Lo malo de que los poderosos sepan eso, es que te envuelven en sus propios mitos para que el sentido de tu existencia gire en torno a ellos. Muchos entran en ese sueño profundo mientras gritan que es necesario despertar.

Tú no recuerdas la historia de la humanidad, la de tu nación, la de tu religión o tu grupo social. No la recuerdas porque no la viviste. Te la han contado, no podría ser de otra forma. En realidad, no recuerdas tu propia historia, a pesar de que esa sí la viviste, aunque probablemente sumergido en la inconsciencia casi la totalidad del tiempo, no porque seas inconsciente, sino porque ésa es una de las más interesantes particularidades de la mente humana que debes de conocer si en realidad quieres ser libre.

Hagamos una pausa. ¿En realidad quieres ser libre? Porque la historia de la humanidad ha sido la historia de la entrega voluntaria al sometimiento. Siempre han existido individuos que buscan masas dispuestas a seguirlos, siempre han existido humanos con delirios de grandeza, sin los cuales no habría, de hecho, historia humana que contar, dado que han sido los creadores de todos los reinos, imperios y Estados; pero lo verdaderamente interesante, y grave, es que siempre han existido las multitudes amorfas dispuestas a renunciar a todo y seguir a alguien sin cuestionar. El peligro siempre ha estado en los seguidores.

La historia humana pareciera la de una lucha por la libertad, pero ha terminado siendo la búsqueda de nuevos sistemas de pertenencia y sometimiento. La narrativa occidental nos cuenta que nuestro mundo, nuestra política y nuestra economía representan la conquista de dicha libertad por la que penosamente luchamos a lo largo de siglos y milenios; pero la realidad es que la verdadera libertad nos da miedo, pues no puede dejar de estar rodeada de incertidumbre y responsabilidad. Son tantas las renuncias que hay que hacer a cambio de ella, que sólo buscamos sistemas más cómodos y sublimados de esclavitud.

No existe la libertad en la historia. Hablamos de una fuerza poderosísima, de una inercia de causas y efectos que se viene eslabonando desde el origen mismo de la civilización y contra lo que las decisiones del individuo no tienen el menor poder. No tienes libertad sobre los hechos del mundo, porque no puedes controlarlos, y asumir que no tienes control es el inicio de la libertad. Sólo eres libre de tu forma de interpretar los hechos y esta interpretación depende de una mente lúcida capaz de morar en emociones positivas.

Eres prisionero de tus narrativas, desde tu historia personal hasta la de todos los colectivos con los que de una u otra forma te identificas. No somos el pasado, sino la historia que nos contamos de nosotros mismos. Eres los tótems en torno a los cuales te agrupas, desde tu bandera nacional, pasando por tus amuletos religiosos y hasta tu equipo deportivo. Eres propaganda repetida, en casa, en la escuela, en tu familia y en tus medios de comunicación. La verdadera libertad no es fácil, y para la mayor parte de los seres humanos no es ni siquiera concebible.

Comprender el mecanismo con el que falsificas tu propia historia, y con el que otros falsifican la historia detrás de tus identidades, miedos, anhelos y esperanzas, es fundamental para obtener tu verdadera libertad, no la de elegir entre 57 marcas básicamente idénticas de un mismo producto; no la de adherirte a una u otra visión de la vida construida en el pasado, no la de adquirir una determinada forma de ser en el mercado de personalidades y actitudes aceptables. Libertad es la capacidad absoluta de definirte, o no hacerlo, según tu verdadera e inalienable individualidad, y ante todo, la capacidad de vivir sin miedo.

El poder que los demás tienen sobre ti depende de manera fundamental de tu miedo y de sus políticamente gloriosos

derivados: ira, rabia, frustración y odio. Tu verdadero poder, el que tú ejerces sobre ti mismo, depende de todo lo contrario, de que encuentres en tu mente eso, como sea que quieras llamarle al estado de paz contrario al miedo, que te hace invulnerable e imposible de controlar. Falsificar la historia resulta ser la mejor forma de garantizar tu miedo. Comprender la realidad es el camino para deshacerte de él.

Siempre se ha esperado algo de ti desde el poder, y siempre se lo has dado. Porque así es como funciona el poder, en los dominios de lo sutil, en ese nivel de tu mente donde te entregas a otros sin saberlo, en el que asumes como reales las ficciones del poder, y te sometes voluntariamente a un discurso; se imponga desde el púlpito o desde tus redes sociales.

No te controlan hoy de forma diferente a la Edad Media. No son necesarios biochips que te inyecten con las vacunas anticovid, y que se activen con las torres de frecuencia 5G que colocaron durante el confinamiento, para entrar en tu mente. Es mucho más sencillo. Sólo hay que hacer algunas noticias falsas y mandar unos tuits.

En el siglo XIX se esperaba de ti que tuvieras confianza. En aquella era del progreso debía estar depositada la fe ciega precisamente en éste, ya no en Dios, en el que habías dejado de creer porque así lo decidieron los ilustrados, a los que Dios les daba igual, pero construían un discurso de poder en contra de la religión y sus narrativas. La Iglesia necesitaba que creyeras en Dios, la burguesía que dejaras de hacerlo. Nunca ha dependido de ti ni se ha tratado de Dios.

Confianza en el futuro, el cimiento más importante de la economía de ese mundo que la burguesía estaba construyendo basado en el comercio. Confianza en el gobierno de la razón y su método científico, confianza en que una estructura

social basada en el razonamiento es el mejor camino. Es decir, confianza ilustrada contra la fe ciega. Hoy que aquel mundo se tambalea y las razones del demócrata no funcionan, el populista pide nuevamente confianza ciega. Esa irracionalidad parece gustarnos más; bien lo dijo Homero Simpson: "el objetivo de elegir funcionarios es que nosotros no tengamos que pensar".

Antes de eso, cuando el poder estaba basado en Dios, que fue y sigue siendo la narrativa más común, se esperaban de ti otras cosas. Sumisión convertida en virtud y planteada como un sacrificio por un bien mayor. Te sometes a Dios, que como es abstracto e intangible, manda a la Tierra a algún representante ante el cual puedas practicar esa devota sumisión, y obedezcas obedeciendo al poderoso y sus reglas, sin importar cuán injustas puedan parecer. A fin de cuentas son reflejo de una voluntad divina que no puede ser comprendida pero, convenientemente, tampoco cuestionada. El populista es el nuevo Señor, y la voluntad del pueblo la nueva ley divina.

Hoy, finalmente, se espera de ti que tengas miedo, porque el mundo al que llamamos *moderno* ha llegado a su fin, y la verdad es que nadie tiene claro qué es lo que sigue. Ese mundo que incluye la idea de la democracia, y la confianza en ella, ése de construcción de libertades y expresión de ideas, el de la ciencia como base de la verdad; el mundo que construyó la burguesía ilustrada, basándose en la lógica y la razón, ha terminado. El problema es que no se ha construido nada nuevo, y todos, los poderosos y los que los siguen, se aferran de una u otra forma a las estructuras y narrativas existentes.

La estructura existente es la democracia, la que domina nuestra sociedad pero, sobre todo, nuestra mente. Es decir,

nos vendimos la idea de que es intrínsecamente la mejor forma de gobierno, en contra de todas las tiranías del pasado y, sin embargo, estamos plantados ante la realidad de que ya no funciona. Funcionó, como todas las creaciones humanas, y dejó de hacerlo, como todas, cuando el mundo cambió sin que nosotros fuésemos capaces de seguirlo.

Ante esa situación seguimos usando el símbolo *democracia*, pero hemos cambiado por completo sus significados hasta construir populismos con la democracia como pretexto. Platón y Aristóteles, los dos sabios sobre los que supuestamente descansa la civilización occidental, ya lo habían advertido: la democracia no funciona. No funciona porque está basada en dos de los más perniciosos mitos de la Ilustración: que el pueblo es racional y el humano es bueno por naturaleza.

El miedo es la mejor forma de control porque elimina las capacidades críticas de la sociedad; además de que la mayor parte de la población humana encuentra molestas sus capacidades críticas, en gran medida porque todo el sistema educativo está diseñado para que memorices mucho y pienses poco, seas una repetición del pasado y vivas bajo su tiranía en forma de tradición y costumbre. Desde la religión, pasando por el nacionalismo y hasta llegar al comunismo y sus derivados, todo es lo mismo. Se trata de que pienses por ti mismo lo menos posible, al tiempo que estás absolutamente seguro de tu autonomía.

Siempre se ha necesitado una dosis de miedo, ya que los seres humanos nos unimos con unos y, al hacerlo, nos separamos de otros, generamos una identidad con base en la construcción y negación del otro, y entonces vivimos en un estado de guerra perpetua. Los poderosos necesitan tu miedo, porque en todas las guerras —y siempre estamos en gue-

rra—, desde el inicio de la civilización hasta nuestros días, tú has sido la principal arma.

Las narrativas han servido para que los poderosos puedan manejar la armonía siempre necesaria entre confianza y miedo. No hay sometimiento si no hay confianza en la protección, y no hace falta protección si no hay algo a qué temer. Ése es el equilibrio del poder. Pero los fines del mundo —tal como la era que vivimos ahora—, siempre se han caracterizado porque las narrativas han dejado de funcionar. Cuando eso sucede sólo quedan la irracionalidad y el miedo.

Lo han hecho todos los gobiernos en todos los países a lo largo de todo el periplo humano. Cada imperio, cada reino, cada ideología, cada movimiento revolucionario te ha mentido. De esa constante falsificación ha dependido la legitimación política, y en gran medida todo el devenir de la civilización. Tu furia, tu rabia y tu frustración son necesarias. Un estado de absoluta inconsciencia motivado por el miedo, y hasta por la sed de venganza, es todo lo que necesitan de ti los poderosos en el mundo de hoy que aún nadie comprende.

Eso es porque el poder depende absolutamente de ti, pues eres tú el que tiene que rendirlo a alguien más, el que debe entregar su autonomía y su libertad, el que tiene que socavar su pensamiento crítico. Las narrativas te hacen aceptar el poder, y el miedo te hace entregarte por completo a él. Si el mundo está en tu contra no tienes más opción que reaccionar. Y el mundo está en tu contra; ésa es la principal mentira que le cuenta el ego a cada individuo humano.

Se trata de que reacciones. No de que aceptes con conciencia el mundo, con serenidad y ecuanimidad. No de que recibas información y proceses, menos aún de que analices y comprendas. Se espera de ti que reacciones. Eso te hace un mero sobreviviente, y eso, la existencia de una inmensa masa

de sobrevivientes, es el fundamento del poder político en el mundo de hoy.

¿Y qué pasó en el mundo? A finales del siglo XIX la humanidad occidental sólo podía ver el porvenir con alegría y confianza, pues la razón, la ciencia y la democracia nos conducían por el camino del progreso. Ya no habría guerras, ni engaños, ni dictaduras, todos asumían eso. Luego llegó la Gran Guerra y todas las certezas modernas se desmoronaron. Se enfrentaron ideologías totalitarias y represoras, presenciamos la lucha entre comunismo y democracia y esta última triunfó de forma definitiva en 1989. Ya sin contrapesos, los poderosos abusaron de la democracia y comenzó su decadencia.

En ese momento nos hablaron del fin de la historia, de la caída de las ideologías, del encumbramiento de la razón, el triunfo de la libertad sobre la opresión, de la elevación del espíritu humano por encima de la dictadura. Todos bailamos simbólicamente en torno a los restos del muro de Berlín. Hoy tenemos miedo e incertidumbre, la democracia que se construyó en el siglo XX ya no existe, y los remedos de nazis y comunistas nos llenan de promesas vacías en las que una multitud irracional elige creer. ¿Será que la historia puede darnos respuestas?

¿La historia busca indagar en el pasado o construirlo? Dado que la historia se ha escrito desde el poder, desde donde se pueden escribir y establecer verdades, en realidad ha sido indagar en el pasado para construir versiones favorables o justificativas. Estudiar hechos y documentos para establecer narrativas, esto es, interpretaciones de la realidad, que nunca son la realidad, sino una sola visión, la de una mente, la de un grupo, una ideología, a los que evidentemente tú no les importas.

El pasado es la base de las narrativas, pero lo que nos determina nunca son los hechos, sino nuestra reacción a ellos y, ante todo, la carga emocional que depositamos en ellos. Es en las emociones por encima de los razonamientos donde se mueve la psique humana. A nadie le importan los hechos del pasado, aunque piensen que sí. Lo que importan son los hechos del presente y el pasado es el discurso con el que explicamos, justificamos o repudiamos el presente. Es decir, que se manosea el pasado para tener control de ti en el presente, y con eso tratar de encauzar el futuro.

El pasado es el laberinto del historiador, la fuente del ideólogo y el paraíso del populista. Cuando el presente no está bien y el futuro no se vislumbra, el populista se regodea en el pasado, sea para culparlo de todos los males o para señalar aquella idílica era dorada donde todo era perfecto, y a la que se podrá volver guiados por el líder.

Es muy fácil encerrar a todo un pueblo en el pasado y es el mejor camino cuando no tiene nada que ofrecerse para el porvenir. Vivir del pasado y las promesas, culpas y esperanzas, permite una falsificación fundamental: dado que no te gusta el amargo sabor de la realidad, te ofrezco el dulce néctar de las ilusiones. Cuando descubras mi mentira, si es que lo haces, señalaré a alguien más como culpable.

Con tu propio pasado funciona igual. Añoras con nostalgia los días de gloria que no volverán, pero vives más feliz en tu ilusión que en la realidad; o recuerdas el momento en el que todo cambió, los eventos que causaron la debacle, los culpables de tu actual situación, y entonces la posibilidad de señalar culpables y responsables fuera de ti te llena de un falso regocijo. Tu mente aplica la trampa del recuerdo selectivo y la memoria eufórica; es decir, recuerdas lo que quieres y lo recuerdas como te acomoda.

Si recuerdas el pasado mejor de lo que fue, y te imaginas el futuro más terrible de lo que será, no hay forma de vivir en el presente. Ahí está otra mentira básica del populista y del revolucionario: te hace vivir entre la nostalgia de lo que nunca fue y la promesa de lo imposible, con lo que vivirás en el presente con frustración y coraje por lo supuestamente perdido, y lo poco que te queda de esperanza depositado en algo o alguien ajeno a ti. Así te miente tu ego. El que busca el poder sobre ti, te miente de la misma forma en que te mientes a ti mismo, por eso es tan difícil de detectar.

Cuando nada mejore —y no lo hará—, el pasado y sus secuaces seguirán siendo los culpables perfectos. Esa narrativa de poder ha estado presente en cada revolución del mundo moderno: las cosas eran terribles e intolerables, por eso hubo una revolución contra la injusticia; yo, que represento la revolución, debo quedarme en el poder para garantizar los ideales por los que luchamos. Yo dejaría el poder, no lo quiero, pero tengo un compromiso con la historia. Someterte y dominarte a ti es en realidad un acto de entrega y abnegación. El tirano siempre es héroe.

En todos los momentos democráticos hemos visto el desarrollo de la tiranía que siempre nace en tiempos de caos. Es en medio del aplauso al tirano como han caído históricamente las democracias. Hoy vivimos el caos que todo fin del mundo supone: los demócratas están confundidos, el pueblo atemorizado y los tiranos de mañana ya están trastocando el pasado y tus emociones más negativas para hacerse del poder.

EN EL PRINCIPIO FUE LA PALABRA

COSAS IMPORTANTES QUE NO SABES SOBRE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

En el principio hizo Dios los cielos y la tierra Así comienza la historia del mundo y de la humanidad para unos tres mil millones de individuos. Una gran mayoría de esta mitad se las ingenia para pensar que ese relato es real, independientemente de la evidencia de todo tipo que demuestra lo contrario. Algunos otros saben que no es literal, pero tampoco comprenden los trasfondos y vericuetos simbólicos tan profundos que subyacen al texto. Piensan que son mitos y creen que los mitos son mentiras.

Al final las opiniones están básicamente divididas en dos: están los que creen que la Biblia es un texto de historia que narra eventos reales, y están los que piensan que no es más que una compilación de fantasías. Ninguno de estos dos grupos comprendió nada sobre el libro, y ambos se pierden del 99% de su sabiduría. No es verdad y no es mentira, es un relato sagrado y, por lo tanto, simbólico; una dimensión mucho más allá de la literalidad.

Después de crear todo en seis días y descansar en el séptimo, Dios expulsó del paraíso al primer hombre y la primera mujer por caer en una trampa que Él mismo tendió a sus creaturas, con el evidente objetivo de que cayeran en ella,

por razones que no comprendemos porque así son sus inescrutables designios.

En aquel suceso, quizás el más trascendental de la historia humana, pues es causa de todas nuestras penas y sufrimientos, estuvo involucrada una serpiente que habla, de la que luego nos dijeron que era el Diablo, y que al parecer estaba en contubernio con el mismísimo Dios. Eso debería bastar para terminar con el debate de la literalidad.

En ninguna línea de ese libro se dice que la susodicha serpiente sea un demonio o ángel caído, como jamás se menciona una manzana; y, sin embargo, aún existen muchos seres humanos que piensan que el drama del mundo comenzó porque Satán le dio una manzana a Eva, quien por cierto no estaba ahí en el momento en que Dios estableció la prohibición. Cabe señalar que todo esto pasó, según el mismo libro, cuando Adán estaba dormido; lo cual nos llevaría a entender que el mundo es un sueño, aunque ésa es otra historia, que afortunadamente ya nos contaron los hindúes, el Buda y Calderón de la Barca. También nos la contó Jesús, pero no lo entendimos.

Después de la expulsión del paraíso comienza lo verdaderamente interesante. Caín mata a Abel porque a Dios no le gustan los agricultores, los ángeles tuvieron sexo con las descendientes de Caín, hubo un diluvio de 40 días y un barco que salvó a todas las especies animales, hombres y mujeres que vivían 900 años y una torre que se quedó a medias porque los hombres estaban construyendo una escalera al cielo que afectó la autoestima de Dios.

Después comienza la historia de los llamados *patriarcas*, los padres del pueblo de Dios y de todos los creyentes, todos ellos descendientes de Noé, descendiente de Set, hijo de Adán. Claro que, si no existió Adán, cuatro generaciones de

hombres que vivieron un milenio cada uno exponen la historia de un pueblo que entra a Egipto por la puerta grande, recibidos por José *el Soñador* y el faraón, y que fue esclavizado durante 400 años. Esa es, hasta la fecha, la acusación sin pruebas más famosa de la historia. Históricamente hablando, jamás hubo un pueblo hebreo esclavizado en el Imperio egipcio, los trasfondos místicos de la escritura hebrea que narra esos relatos son en verdad mucho más profundos.

Dios hizo el mundo y vio que era bueno, creó todo en seis días y al séptimo descansó. Después viene el resto de la historia en la que Dios aprovecha para establecer 613 mandamientos que estipulan todos los detalles de la vida humana o, por lo menos, de su pueblo elegido.

¿Es eso una mentira? ¿Vivió engañada la humanidad durante milenios hasta que llegaron los filósofos de la Ilustración a abrirnos los ojos? ¿Será que los susodichos ilustrados no eran tan brillantes como nos dicen y ni siquiera comprendían la dimensión simbólica del mito?, ¿o eran tan perversos que lo sabían y aun así construyeron un discurso para liberar al pueblo de un mito y así poder someterlo con otro?

No existe la mentira en los libros sagrados. Tampoco la verdad. Existen relatos simbólicos que buscan guiar al héroe que se aventura por los intrincados caminos de la búsqueda existencial y espiritual. Nadie miente en la Santa Biblia, como nadie lo hace en la Ilíada, la Odisea, el sagrado Corán, los sublimes Vedas o el Bhagavad Gita. Hay personas que engañan y se engañan con dichos textos.

Ésa es la historia de todas las mitologías. Ese artificio, a veces malintencionado, pero casi siempre derivado de la ingenuidad, se deriva del engaño en el que vive casi toda la humanidad: el valor exagerado y desmedido que le damos a la palabra escrita.

La lengua y la palabra son un sistema de intercambio simbólico fascinante. Una palabra no es sino un sonido que ha sido dotado de significado. Si pronunciar una serie de sonidos no despierta en el oyente la comprensión de algo, es sólo un ruido; si los mismos fonemas tienen sentido para el que escucha, estamos ante una palabra.

Y sin embargo, nada significa nada. Es decir, la palabra, esa serie de sonidos, sólo significa algo en especial porque una comunidad está de acuerdo con dicho significado. No hay relación alguna entre la palabra y la cosa que representa. Ésa es la maravilla de la abstracción en la mente humana. La complejidad y plasticidad física que debe tener un cerebro para crear o sostener algo tan abstracto como la mente, que a su vez es capaz de construir una estructura tan complicada y flexible como el lenguaje, es quizás el principal argumento contra la idea de una evolución ciega.

Pensemos en letras y en palabras. Primero un sonido corto que no representa nada si no está acompañado de otras letras; todas juntas forman un sonido dotado de significado por nosotros mismos que permite que una idea sea transmitida de una mente a otra. Ese nivel de simbolismo y abstracción de la mente es nuestro equivalente a crear de la nada. En el principio fue la palabra. La palabra le da existencia a las cosas.

Cuando un sistema de muchas palabras con todos sus significados, y una serie de normas sobre cómo estructurar de manera lógica dichas palabras, es compartido por una comunidad, tenemos una lengua. Esa capacidad humana se fue desarrollando en nosotros desde hace dos millones de años, conforme fuimos atribuyendo significado a gestos, gruñidos, ademanes y sonidos hasta ir lentamente creando las palabras.

En un principio las comunidades usaban pocas palabras, con un lenguaje muy simple que bastaba para aquel mundo sencillo; la mayor parte de esas palabras era para referirse a objetos tangibles como el animal o la piedra. Hablamos de conceptos concretos. Pero con el tiempo evolucionaron y con ellas la lengua, y una a la otra se fueron haciendo cada vez más complejas, hasta tener sociedades basadas en dioses y lenguajes capaces de concebir el concepto de lo divino. Conceptos abstractos, la maravilla humana.

Hace dos millones de años comenzamos a hablar, pero hace apenas unos pocos miles de años comenzamos a escribir. La escritura es otro milagro de nuestra capacidad de abstracción. Primero un sonido representa una cosa o idea, ha nacido la palabra. Después, una serie de líneas y garabatos representan a su vez dichos sonidos que representan cosas o ideas. Ha nacido la escritura. Es una operación transaccional complejísima, pero tu mente la lleva a cabo todo el tiempo en milésimas de segundo.

Lo prodigioso de la escritura reside en la flexibilidad prácticamente infinita con la que está diseñada su estructura. Una variedad muy pequeña de elementos simples, letras, permite crear una cantidad incalculable de elementos complejos, palabras, que a su vez pueden tener significados casi infinitos. Por ejemplo, el abecedario de la lengua española tiene apenas 27 letras y tan sólo con éstas basta para que podamos hacer una gran cantidad de combinaciones que resulta en cientos de miles de palabras (500,000 en el idioma español), a las cuales podemos dar diversos significados según los contextos, lo que nos lleva a millones y millones de conceptos que pueden ser expresados.

A tanto simbolismo, sumemos el hecho de que el lenguaje puede usarse de manera literal, lo cual ya conlleva una tre-

menda complejidad; pero además podemos usarlo de maneras creativas y alegóricas, con cuentos, parábolas y metáforas, y romper con ello los límites de la razón, condición fundamental para intentar indagar en el misterio divino.

La palabra hablada nos permite crear ideas y conceptos acerca del mundo, mientras que la palabra escrita consagra esas ideas como verdades inamovibles desde hace unos pocos milenios, una insignificancia en comparación con el resto de nuestra historia. Pero escribir es grabar en piedra, es establecer, dejar asentado. A nuestra temerosa e inquietamente, siempre en busca de certezas en este mundo de incertidumbre, le gusta la palabra escrita porque se parece a la verdad.

Desde que tuvimos capacidad de asombro y de duda comenzó nuestro periplo sagrado y nuestro conflicto existencial. Nos sabemos en el mundo y nos sabemos efímeros, pensamos entonces que hay que hacer algo con esa existencia de la que estamos conscientes, pero no sabemos qué. Comenzó entonces la búsqueda más antigua de la historia humana, y quizá la única importante: la del sentido, el camino, la verdad, lo trascendente, lo inmutable, eterno. Los significados más abstractos y profundos que es capaz de concebir el hombre, gracias a los lenguajes que ha inventado, están depositados en la palabra Dios.

Comenzamos a hacer relatos sobre el misterio divino, como quiera que lo hayan concebido nuestros ancestros, decenas de miles de años antes de la escritura. Conforme la vida de los seres humanos se fue haciendo más compleja, de lo nómada a lo sedentario, de la agricultura a la civilización, al imperio, las ideas sagradas se fueron haciendo cada vez más complejas también. Fueron naciendo las mitologías.

Las mitologías son narrativas simbólicas que tienen como objetivo dar respuestas a la vida, dotar de sentido al mundo y

señalar el camino para trascenderlo hasta volver a la unidad divina. Son relatos acerca de lo sagrado, de lo que no es mundo, sino espíritu y está más allá de los límites humanos de espacio y tiempo. Son intentos de expresar lo inexpresable para tratar de conocer lo incognoscible.

El misterio divino está más allá de los límites de la lógica y la razón implícitos en el lenguaje literal, pero en el terreno de la alegoría, gracias a la facultad de la imaginación, la abstracción y la simbolización, se construyen arquetipos y relatos que intentan resguardar para siempre las verdades más profundas y sagradas.

Dado que Dios es infinito e inconmensurable, Sus formas de manifestarse deben ser exactamente iguales. Dios no tiene límites, y en este sentido, Su existencia es irrelevante; es en el concepto *Dios* donde depositamos la idea de lo ilimitado. Dada Su infinitud, no puede ser contenido en un relato de carácter literal que narre una historia. Eso no es Dios, son los símbolos arquetípicos en un relato simbólico que pretende dar indicios para la búsqueda íntima y personal de lo divino. Es por eso por lo que los relatos sagrados se resistieron durante milenios a la seducción de la escritura.

Se comenzó a escribir en Sumeria a lo largo del cuarto milenio antes de nuestra era. La escritura y algunos sistemas de símbolos se habían popularizado en el mundo antiguo para el tercer milenio. Se escribieron leyes y cuentas, algunas epopeyas míticas, pero no los relatos sagrados.

Será hasta el primer milenio antes de nuestra era, en torno a los años 800 y 500 a. C. cuando por vez primera se comiencen a elaborar escrituras sagradas. En este periodo se comenzó a escribir la Torá, proceso que llevó siglos; también comienzan a quedar asentados los Vedas, algunos relatos de lo que posteriormente será el Mahabarata y varios de los Upa-

nishads. Queda escrita la Ilíada y la Odisea y más adelante Platón escribe lo que según él fue la enseñanza oral de un tal Sócrates, y que es un vistazo a la iluminación.

Zaratustra nunca escribió, como jamás lo hizo el Buda, ni Sócrates o Lao Tsé, y más adelante no lo hará Jesús. No escribió Pitágoras y no lo hizo Hermes Trismegisto. Ninguno de los grandes maestros de la humanidad escribió. Recitaron, contaron, relataron, dialogaron. Nunca escribieron. Ya había sistemas complejos de escritura y había escribanos, había prósperas ciudades y civilizaciones, pero no escribieron nada, y eso es parte de su profunda enseñanza.

Cuando se elaboran las escrituras sagradas, cualquiera de la que hablemos, lo que ocurre es que se establece un canon, es decir, un orden, un listado que dice qué relatos y en qué orden conformarán una obra final. Dichos relatos se venían transmitiendo siglos o milenios atrás de manera oral, de una generación a otra y de maestro a discípulo. No se escribía porque el objetivo no era el relato, sino su significado profundo, al cual se puede llegar de muchas maneras y con muchos relatos en variadas versiones.

Cuando se dejan por escrito los relatos sagrados, se escribe la versión conocida en ese momento, pero es imposible plasmar la historia de las transformaciones del relato y de sus significados. Se registra una sola versión, poco a poco se va olvidando que lo importante es la dimensión simbólica y comenzamos a poner atención en la exactitud del relato, en su dimensión literal, la más superficial de todas, desde la cual queremos indagar en el misterio más profundo. No es posible.

La era de las escrituras sagradas está relacionada con la consolidación de reinos e imperios que usaron relatos religiosos como legitimación de poder. A esas elites les conviene

establecer una sola versión de lo sagrado, y esa versión será aquella en la que dicha elite tiene el derecho divino de estar en el poder.

No hay escritura hebrea hasta siglos después de la fundación de Israel; de hecho, se escribe en la era del exilio en Babilonia, cuando la desaparición del pueblo de Dios es una posibilidad, y ellos lo saben. Por eso lo hacen. La escritura cristiana surge como esfuerzo del Imperio romano que está estableciendo e imponiendo el nuevo culto de Estado; el canon budista se comenzó a elaborar cuando el emperador Asoka decidió implantar el budismo en sus dominios; el Corán se escribe cuando el islam se está transformando en un imperio global. Los relatos sagrados tienen que ver con lo divino; las escrituras basadas en ellos, con lo político.

El conocimiento humano requiere de la escritura para conservarse y transferirse de una generación a otra; el conocimiento de lo sagrado, por otro lado, sigue residiendo incluso hoy en día en el arte de la transmisión oral. La verdad sagrada no puede ser encerrada en un símbolo como el lenguaje escrito, sólo las pequeñas verdades humanas caben ahí.

Pero por eso nos gusta la palabra escrita. Se parece mucho a la verdad. En esa afinidad se sustenta el mito fundamental de la enseñanza de la historia: la división entre el antes y después de la escritura: prehistoria e historia. De la prehistoria poco sabemos, porque no había escritura, y dependemos por completo de la interpretación; pero se hizo la luz de la escritura y comenzó el horizonte de la historia, en el que, al tener documentos escritos, ya sabemos lo que pasó.

Hay que comenzar por lo que parecería obvio, es decir, que la escritura no "surgió", sino que fue inventada, y que no fue inventada por la humanidad sino por sus elites. El objetivo no era transmitir el conocimiento, sino encriptarlo, por-

que conocimiento es poder; y lo primero que quedó plasmado por escrito fueron cuentas y leyes. Cuánto me debes y por qué me lo debes. Después se hizo la narrativa para explicar por qué soy yo el que está en el poder y no el otro, por qué yo y no tú. ¿Por qué debe existir el poder?

Todas las culturas antiguas de la humanidad se contaron impresionantes y complejos relatos simbólicos que trataban de explicar lo inexplicable: el misterio al que llamamos *Dios*, el origen del mundo y su razón de ser, las causas del sufrimiento y las formas de evitarlo, el funcionamiento de la mente y los secretos para indagar en sus profundidades. Ésas son las enseñanzas que se plasmaron en los relatos sagrados, que eran demasiado importantes como para ser escritos.

Con el nivel de veracidad que le damos a la palaba escrita, y con la idea de que los seres humanos hemos estado siempre interesados en registrar la verdad, muchos estudiosos de los siglos XIX y XX mezclaron realidad con mitología en el momento de elaborar los relatos históricos de los pueblos del pasado. Cuando estudiamos la Grecia antigua, colocamos a Aquiles o a Platón en el mismo nivel de historicidad, involucramos dioses en la historia, pensamos que ocurrió la Guerra de Troya, y por eso los romanos pueden decir después que descienden de los troyanos sobrevivientes que se relacionaron con los dioses, y así hasta llegar a Rómulo y Remo que, tras sobrevivir criados por una loba —en realidad una diosa—, fundaron la ciudad.

Después hacemos una trampa mental y nos queremos creer que algunos relatos fantasiosos son mitos, pero otros son verdad. Al final, nos resulta obvio que la teogonía griega no es una historia real y que Hércules no llevó a cabo en la vida real sus doce trabajos, pero Noé sí construyó un arca y sí existieron profetas que vivieron 900 años. Eso desde luego

ya es una falsificación nuestra; asumir la literalidad o simbolismo de un relato según nuestra conveniencia.

La capacidad de interpretar todo en la vida según los dictados de nuestro ego es una debilidad humana que todos los grandes maestros conocieron, lo cual quizás fue siempre otra buena razón que tuvieron para no escribir y sólo narrar. La escritura se convierte en verdad y comienza la lucha por tener la única interpretación correcta de esa verdad, como si Dios tuviese una sola posible interpretación. El ego se ha apoderado del espíritu.

En el mundo de la impermanencia, al humano lo seduce la ilusión de la solidez, por más que todo lo sólido se disuelva en el aire. Ahí entra la magia de la palabra escrita. En una realidad donde el auténtico conocimiento de la verdad depende de una profunda introspección, que en general no estamos dispuestos a hacer, de un descenso al inframundo que nos negamos a realizar, nos cautiva el dogma, un sucedáneo barato de la verdad que hemos memorizado después de que alguien lo dejó por escrito.

Hemos limitado las escrituras sagradas, y hemos limitado a los maestros y los profetas al reducir su sabiduría al nivel del dogma. Así, con base en buscadores de la verdad, como Zaratustra, el Buda, Jesús o Muhammad, la humanidad se ha contado muchas mentiras.

En el principio era la palabra, y la palabra era Dios, y la palabra era con Dios. *Logos*, como se escribió originalmente en griego el evangelio según San Juan. *Logos*: palabra, razón y pensamiento como una sola cosa; y eso es lo que había en el principio. *Verbum* es como se tradujo al latín. *Acción*, la acción de Dios. Si juntamos los relatos, la acción de Dios es la palabra, es decir que Su acción es pensar; es decir que su creación es un pensamiento.

En el principio fue el pensamiento de Dios. Esa es la verdad. El pensamiento se manifiesta en palabras y las palabras quedan por escrito. Lo que ha quedado por escrito es la verdad. Esa es la trampa de la escritura.

EL PODER DE LA HISTORIA

LAS MENTIRAS QUE COMENZARON A CONTAR LOS GRIEGOS

La historia como indagación sistemática del pasado, supuestamente con carácter científico y buscadora de la verdad, nace en Grecia, según nos contaron desde la secundaria, como si otros pueblos más antiguos no hubieran escrito crónicas y como si los griegos no se hubiesen mentido a sí mismos en sus propias versiones. Como todos los humanos, los griegos establecieron sus verdades. Los persas, contra los que tanto lucharon, también.

Fue en la antigua cultura griega donde se inculcó en los jóvenes la idea de vivir mucho, morir joven y dejar un cadáver hermoso; y esa actitud ante la vida pareciera ser más conveniente para los viejos que gobiernan la *polis* que para el joven que se mata por ellos. Así lo dejó establecido Homero en la Ilíada: los jóvenes siempre se han matado por defender las ideas y los intereses de los viejos. Por cierto, todo indica que nunca existió Homero.

Ésa es la constante de todas las guerras en todos los tiempos. Los que pelean siempre han pensado que luchaban por algo superior, aunque nunca ha sido así. Precisamente para eso se falsifica la historia y se construyen narrativas. Siempre se fue a la guerra a luchar por Dios y por los dioses, por

el pueblo y por la libertad, por la patria, por la causa… Nunca fue verdad.

¿Por qué decimos que entre los griegos nace la historia como ciencia? Porque en teoría indagaban en el pasado buscando pruebas irrefutables, documentos que dejasen constancia, pruebas palpables de que había ocurrido uno u otro acontecimiento y que nos permitieran decir con certeza que había pasado lo que se decía que pasó. Indagar en el pasado con parámetros científicos.

Eso sería decirnos que los griegos estaban interesados en la verdad, algo que siempre se nos ha dicho de ellos; pero que otros pueblos de su época, así como los más antiguos, y los posteriores, no estaban interesados en ella. De pronto nos parece que todos los griegos eran Sócrates, Platón y Aristóteles, elaborando complejas discusiones metafísicas con cualquier vecino de la ciudad a la menor provocación. No eran así.

Algunos estaban interesados en la verdad, otros se interesaron en el pasado de otros pueblos y buscaron hacer relatos fidedignos basados en los escritos. Claro, que algo esté escrito no significa que sea cierto, sea lo que los griegos consultaron o lo que escribieron con ello. Ésa es una verdad que deberíamos tener muy clara en la actualidad sobre los escritos del pasado y, ante todo, sobre los nuestros.

Los seres humanos nunca hemos profundizado demasiado en eso de la verdad. Un grupo selecto emprendió su viaje del héroe para penetrar en ella, a cada uno de éstos le llamamos *maestro* hasta la fecha y tenemos religiones en su nombre; pero casi nunca les hacemos caso. Esa Verdad, la que dicen que nos hará libres, está ahí a nuestra disposición si atravesamos el laberinto que ya recorrieron esos héroes. Pero tendríamos que recorrer el laberinto y no estamos interesados,

preferimos una verdad más barata que implique menos esfuerzos y se limite a repetir dogmas.

Siempre hemos buscado explicaciones a todo, y siempre nos hemos dado respuestas. Pero *respuesta* no es sinónimo de *verdad*. Queremos tener la razón, eso sí, así como justificarnos a nosotros mismos, como individuos y como colectivo. No buscamos la verdad, buscamos y establecemos nuestras verdades y asumimos que son las únicas posibles.

Otro conflicto inevitable es que los humanos interpretamos, incluso sin pretenderlo y casi siempre sin comprenderlo; pero no es posible que sea de otra forma. La mente crea su versión de la realidad desde los parámetros que ésta misma ha establecido, basándose en la experiencia sensitiva individual, con la limitación del tiempo y el espacio que eso conlleva, siempre desde una idea de lo correcto inculcada por una cultura determinada y una visión de la realidad establecida por las cosmovisiones aprendidas del pasado. No existe la objetividad en la historia, básicamente porque no existe en las narrativas de la mente.

Ése es, dicho sea de paso, el valor del pensamiento científico: intentar superar todos los obstáculos que impiden la objetividad, y conseguirla. Funciona con las matemáticas, no con el comportamiento de los individuos. La verdad que nos hará libres no es científica.

Cada *polis* de la antigua Grecia hacía lo que, desde antes y hasta hoy, han hecho todos los pueblos: contarse versiones que expliquen la realidad, dar fundamento a su cultura y legitimidad a sus sistemas de poder, generar identidad y pertenencia, y, dado que vivían en ciudades de hombres libres, inculcar visiones donde la juventud se dispusiera libremente a morir en batalla. Al final, con la historia se hacen mitologías,

y es de mitologías, por encima de verdades, de lo que vive el ser humano.

Los herederos culturales de los griegos fueron los romanos, y difícilmente encontraremos otra cultura tan propensa a escribir y a falsear su historia. Cada monumento y cada arco del triunfo es también una versión de ciertos hechos que desde el poder se busca resaltar como importantes y significativos; dicha versión debía empoderar más al poderoso en turno. Tallar altorrelieves en un arco del triunfo que narren en imágenes una conquista del César no es diferente a pintar murales que cuenten la revolución en todos los edificios públicos, o de resumir la pasión de Cristo en catorce viñetas fácilmente explicables.

Cuando Octavio César Augusto fue nombrado emperador, en una nueva Roma expansionista que estaba llamada a conquistar el mundo, había que dejar en claro el porqué. Octavio le ordenó a Virgilio escribir el poema épico que explicase los gloriosos orígenes de los romanos, descendientes de griegos, de troyanos y de dioses. El resultado fue la Eneida, un poema épico místico fascinante.

A nivel histórico, todo lo que expone es tan falso como los orígenes de los aztecas, orígenes también escritos por encargo para legitimar una imposición imperial. Pero todo queda escrito, y qué tremenda importancia le damos a la palabra escrita. Claro, hoy entendemos que no podemos acusar a Virgilio y su Eneida de mentir, pues comprendemos que es un relato simbólico, pero sí pensamos que los mexicas caminaron durante 100 años hasta encontrar un águila sobre un nopal devorando una serpiente.

Después de griegos y romanos tuvimos la Edad Media en la que no pasó nada, todo fue oscuro, y la Iglesia católica mantuvo una dictadura basada en el miedo a la Inquisición y

terror al infierno. Eso, desde luego, según la gran falsedad que nos contaron los renacentistas: tras 1,000 años de oscuridad en la que todos creían que la Tierra era plana, el europeo retomó el pasado grecorromano y con él la idea de ciencia y de democracia. Ese mito se contaron los hombres del siglo XVI, y sin revisar mucho su evidencia, ese mito nos repetimos nosotros.

Siguiendo el mito moderno, gracias al final de la Edad Media nació la ciencia, porque antes nunca se había hecho, ni entre griegos, persas, egipcios, chinos o indios; y los hombres libres de siglo XVIII, los ilustrados, aplicaron la ciencia al estudio de la sociedad, para liberarla desde luego, y uno de los gloriosos resultados fue la ciencia histórica, que nace con el gran proyecto de la Enciclopedia: indagar en el pasado para saber la verdad. Y dejarla por escrito.

Pero el paso del siglo XVIII al XIX, cuando todo esto está ocurriendo, también es la era de la caída de las monarquías basadas en el derecho divino y la construcción de los nuevos Estados nacionales en los que, con pocas variantes, aún vivimos hoy. Estos nuevos Estados, con nuevos poderosos al mando, requerían nuevos mitos justificativos, nuevas narrativas de poder, versiones que expusieran que el pueblo era eterno, que su Estado era su derecho natural, que existían las razas y la suya era superior, y que era menester luchar por el territorio que, históricamente, le pertenecía a una nación determinada. Nada de eso podía lograrse contando la verdad.

Desde el poder sólo se invierte en poder. Todo poder se justifica a sí mismo y busca perpetuarse. Todos los esfuerzos que se hacen desde el poder tienen que ver con la búsqueda de más poder. Si desde ahí se escribe la historia, se hacen versiones y se modifica el pasado, cosa que siempre se ha hecho, es porque esa actividad supondrá su fortalecimiento. No

hay otra razón. No se puede confiar en la versión de quien tiene el poder, y menos aún en la del que aspira a él.

Contamos historias no para conocer el pasado; la primera inquietud siempre ha sido comprender el presente, mejor aún, explicarlo, justificarlo, darle significado y buscarle trascendencia. Necesitamos explicaciones por encima de la verdad, lo cual es una maravilla considerando su naturaleza elusiva… y una tristeza considerando que la estrategia de los populistas siempre ha sido cambiarte la verdad por explicaciones.

Si asumiéramos, con toda la responsabilidad que ello implica, que absolutamente todo lo que ocurre en el mundo es una infinita cadena de causas y efectos, nos bastaría estudiar a conciencia el pasado, sin juicio moral y sin impronta ideológica, para comprender los efectos que se manifiestan en tiempo presente, y así, además, causar con conciencia los efectos positivos que quisiéramos experimentar en el futuro. No es lo que hacemos. Eso ni siquiera nos interesa.

Contamos historias porque nos gusta, porque tenemos una mente abstracta y simbólica, porque tenemos conciencia de estar y existir. Sabemos que existimos y que dejaremos de hacerlo, lo cual es la base del problema existencial: la pulsión a hacer algo con nuestras vidas, a encontrar un significado… y, dado que el mundo y la vida *per se* no lo tienen, depositamos dichos significados en las historias que nos contamos. La historia es una aliada muy poderosa en la búsqueda del sentido, lo cual es, desde luego, un arma de doble filo.

Nos contamos historias desde que hay lenguaje, hace cientos de miles de años. Comenzamos a contar historias antes incluso de la era de la palabra. Lo hacíamos escuetamente con gestos, gruñidos y señales, no para dejar constancia de que existió el pasado, sino para dejar prueba de que existía-

mos en ese instante presente. No nos damos cuenta de que lo que nos interesa es el presente, y así es fácil vivir en la prisión del pasado.

Nos reuníamos en torno a fogatas y alguien contaba historias, al igual que en las cuevas donde muchos de nuestros ancestros pintaron en las paredes. Ellas tienen siempre un significado, y durante la era de la oralidad, mucho más larga que la era de la escritura, lo importante nunca fue la literalidad, sino el significado profundo. A nadie en un colectivo humano le importaba que una historia se repitiera con exactitud, sino que transmitiera sus significados y moviera emociones.

¿La historia es una ciencia? No puede serlo dado que estudia algo que no existe: el pasado. No se puede hacer ciencia con abstracciones que no sean matemáticas, mucho menos cuando dependen de narrativas. El pasado sólo existe en la memoria, y la memoria colectiva no existe, no por lo menos de manera natural. Los individuos tienen memoria y, por lo general, muy mala, pero es imposible que los pueblos la tengan. La memoria colectiva es necesariamente construida, y eso sólo puede hacerse desde el poder y con una intención política.

Se pretende que hay ciencia histórica porque se supone que se busca la objetividad, por imposible que resulte que el sujeto sea objetivo. El sujeto estudia hechos objetivos y construye con ellos narrativas subjetivas, incluso sin saberlo. Lo más importante es que, en el momento de interpretar, algo ineludible en el proceso de hacer historia se hace desde el único punto de vista correcto: el propio. Ese sesgo lo tiene cada individuo humano y es la manera que tiene de mentirte el ideólogo o el *coach*: decirte que tu punto de vista corresponde a la verdad. ¡Quién no quiere escuchar eso!

Tú no recuerdas tu historia, sino que has armado una narrativa con los pedazos que mantienes de realidad en tu memoria. Esos pedazos difícilmente tienen que ver con hechos, dado que son recuerdos, y estos siempre están atados a emociones. Así pues, recuerdas mucho más las emociones que los hechos. Y aunque los hechos se quedan en el pasado, las emociones no están sujetas al tiempo.

Así se ha contado por ejemplo la historia de México: con retazos atados a emociones que forman una narrativa victimista en la que el mundo es culpable de nuestras tragedias. Dado que eso piensa cada humano a nivel individual, no es difícil hacer una versión histórica sobre la misma base. Toda la historia mexicana se ha reducido a tres momentos: Conquista, Independencia y Revolución, cada uno de ellos mal contado y a medias, pero cada uno narrado con furia, dolor y frustración. Explican el presente a nivel emotivo, pero nunca a nivel racional, uno del que los mexicanos en general buscan escapar.

Un dolor del pasado, cuando es recordado, duele en el presente. Y cuando algo duele en el presente buscamos la causa en el pasado hasta llegar a preferir explicaciones por encima de la verdad o la solución. Nada en la sociedad y en el individuo se puede sustraer de las emociones. La vida humana es ante todo emotiva, mucho antes de ser racional. Eso lo comprenden los demagogos mejor que los demócratas y por eso ganan la partida.

Nos contaron desde niños que la historia se trata de estudiar el pasado para comprender el presente y no repetir errores en el futuro. También nos hablaron del ratón de los dientes. Todas las llamadas *ciencias sociales*, que no son ciencias precisamente por ser sociales, giran en torno al método científico, de manera muy específica a herramientas como la es-

tadística, porque lo que se busca es predecir, moldear, encauzar.

El objetivo de las ciencias sociales es el control social, lo fue desde su nacimiento. Ése ha sido el objetivo de la narrativa histórica. No se te cuenta la historia para que conozcas el pasado, se te cuenta para manejar tu mente en el presente, para establecer tus narrativas, tus arquetipos, tus simbolismos, y con ello tu forma de entender el mundo, para que sientas fervor nacionalista o indignación patriótica cuando ésta sea necesaria.

No se trata de evitar los errores del pasado, ya que el error fundamental es la guerra, y ésa es la única constante de nuestra historia, como individuos y como especie. La guerra nunca ha sido deseable, pero siempre ha sido necesaria. Al final se hace la misma guerra con narrativas distintas. Siempre habrá guerra y una narrativa que nos explique cómo, a pesar de ser mala en su esencia, ésa específica que estamos peleando, es justa y necesaria.

No se busca predecir, sino causar, por lo menos desde tiempos de Marx, quien dejó claro que ése debía ser el objetivo del filósofo revolucionario: moldear, modificar a través del conocimiento. Controlar. Pero la verdad es que la fuerza de la historia es demasiado poderosa como para que un individuo, grupo de individuos o conspiración *judeomasonicanazibolchevique* puedan encauzarla, menos aún controlarla. Sobre todo, si consideramos que aquellos que intentan controlar a los demás tienden a ser individuos que no han logrado controlarse a sí mismos.

Todo lo anterior no tiene solución o escapatoria. Es decir, no puedes cambiar la historia de la humanidad, no puedes salvar al mundo, no puedes terminar con la injusticia inherente a lo que somos. Puedes, desde luego, cambiar tu histo-

ria, salvar tu mundo y terminar con las injusticias que perpetras contra ti mismo y contra los demás. Es casi imposible, pero es la única tarea importante que tienes en la vida.

No la llevas a cabo porque vives perdido en el pasado, en las identidades, en las estructuras, en las historias, en la veneración de ídolos que te sacan de tu ser y depositan tu fuerza en el exterior; y esto es así porque de eso se trata la creación de narrativas de poder, de que tú no estés en tu centro, de que le pertenezcas a algo más grande que tú, a cuyo servicio debes estar, desde Dios hasta "la causa". Que cada individuo humano viva fuera de sí es la verdadera y única razón de todas las guerras y conflictos, y el conflicto ha sido la base de la política desde que existe civilización.

Tu mente está formateada por símbolos y narrativas. Ser de una u otra nacionalidad, probablemente mexicana, seguir cierta religión (o su negación), seguramente algún tipo de cristianismo, y vivir en el entorno urbano de la civilización occidental, probablemente en América, ha determinado prácticamente todo lo que crees que eres a través de sus narrativas. Tu entorno más inmediato, padres, familia, escuela, maestros, medios y amistades, ha determinado todo lo demás a través de las suyas. Tú eres la historia que te cuentas de ti mismo, pero esa historia está excesivamente contaminada y fragmentada. Si todo está bien en el presente, el pasado y su análisis carecen de sentido. Si algo está mal, si no hay riqueza, felicidad, prosperidad y abundancia, si hay dolor y sufrimiento, si estás estancado, entonces algo está mal en el pasado y habrá que cambiarlo.

El problema del pasado es que, por su naturaleza misma, pareciera inamovible. Ya fue lo que es y eso no puede ser modificado de manera alguna. ¿O sí? Estudiar el pasado es tratar de comprender las causas de los efectos que hoy expe-

rimentamos; aprender del pasado significaría dedicarnos a causar en el presente los efectos positivos que queremos experimentar en el futuro. Esto último pareciera más viable, pero lo maravilloso de la mente humana y su funcionamiento es que sí permiten cambiar el pasado.

Lo que te determina, como individuo o como pueblo, no son los hechos sino sus interpretaciones. No eres los acontecimientos del pasado, sino tu reacción a ellos. Los hechos pertenecen al pasado, pero las interpretaciones y las emociones que suscitan son cosa del presente. No puedes cambiar los hechos, pero sí las emociones que has depositado en ellos.

Si vas a terapia y descubres los acontecimientos del pasado que te hacen tener un trauma y un dolor determinado el día de hoy, de nada te serviría descubrir las causas si no fueses capaz de cambiar la forma como las interpretas. Puedes ver el divorcio terrible de tus padres, o la muerte temprana de un ser querido, o cualquier otro acontecimiento malhadado como el origen de todas tus desgracias, como puedes ver la Conquista de México tras la caída de Tenochtitlan como el origen de las desgracias del país, pero en ambos casos lo que determina el presente nunca es el hecho, sino la reacción, la interpretación y la emoción.

Es curioso, el mexicano del año 2022 está más enojado con los españoles y la Conquista que el mexicano del siglo XX. Se supone que la Conquista es un hecho, así como sus nefastas consecuencias que aún cinco siglos después nos mantienen en el subdesarrollo, y entonces hacemos una narrativa donde la culpa recae sobre España —todos los niños hacen eso—. Claro que está la versión en la que, como los independientes que nos consideramos, nosotros somos culpables de nuestro subdesarrollo.

Si hoy estamos más enojados por la Conquista que hace tres décadas, no es porque hoy tengamos más conciencia histórica, recuerdos más lúcidos de los terribles acontecimientos o que las injustas consecuencias se hayan hecho más graves hasta generar un "Ya basta" colectivo. Es sólo que, desde el poder, hoy se te recuerda que debes estar encabronado; eso ya ocurría, entonces se procede a encauzar tu furia a donde no sirve para nada: al pasado.

Podemos contar la historia en la que odiamos a nuestro padre porque llegó del otro lado del océano a violar a nuestra madre; podemos odiar a nuestra madre porque se entregó impunemente a un maldito conquistador que sólo quería saquearnos. Podemos no saber nada de nuestra raíz hispana porque es tan oscura y vergonzosa que no vale la pena, mientras estamos orgullosos de la raíz amerindia de la que no sabemos nada porque los malditos españoles destruyeron nuestra cultura.

También podemos contarnos la historia en la que la gran civilización que heredó y resguardó la herencia grecorromana atravesó el océano, en la más grande hazaña hasta ese momento de la historia, para llegar a mezclarse con los grandes y sabios pueblos toltecas que, desafortunadamente, llevaban 100 años bajo el dominio de un pueblo destructor y saqueador, pero que tras aliarse con los extraños llegados de allende el mar vencieron a sus opresores y gestaron la unión de la que nació México.

Puedes viajar al pasado, maravillosa facultad de la mente humana, dado que el pasado se encuentra ahí y sólo ahí. Puedes descubrir las razones de tus problemas y regodearte en señalar culpables, como hacen los pacientes irresponsables o los políticos populistas; o bien puedes optar por cambiar el significado que has depositado en los eventos. Es el

significado que tú mismo has otorgado a las cosas lo que determina absolutamente todo; y dado que tú eres el único dador de significados en tu propia vida, resulta que tienes todo absolutamente bajo control. Eres libre.

INCENDIAR EL MUNDO

VENGANZAS HISTÓRICAS Y PRETEXTOS PARA DECLARAR LA GUERRA

En una noche seca y abrasadora del verano del año 64, un grupo de ebrios tuvo un pleito al salir de una taberna de Roma, en un barrio donde se vendían lámparas de aceite. Nadie sabe bien a bien cómo empezó la catástrofe, pues lo inflamable y los borrachos no son una buena mancuerna, pero de pronto toda la zona alrededor del Circus Maximus de la gran capital imperial estaba siendo devorada por una tormenta de fuego que no tardó en extenderse a toda la ciudad. Diez de los catorce barrios fueron arrasados por las llamas, miles de edificios se desplomaron, la gente corría despavorida de un lado a otro, comenzaron los saqueos y, en medio de la desolación que abrumaba a la Ciudad Eterna, el gran Nerón Claudio César Augusto Germánico vestía túnicas blancas y tocaba armoniosamente su lira mientras recitaba el poema épico del incendio de Troya. ¡Qué gran espectáculo dio el emperador a su pueblo!

Bien sabido es que Nerón incendió Roma, aunque menos claros son sus motivos, que oscilan entre la mera perversidad de querer destruir la ciudad, pasando por el sacrificio en nombre del arte, para que el mayor artista de todos los tiempos (así se consideraba Nerón a sí mismo) pudiese representar un poema incendiario en medio de un incendio, hasta la

acusación de haber quemado el Circus para levantar su nuevo palacio. Muchas acusaciones caen sobre él y, sin embargo, es muy improbable que haya sido autor del incendio, y su participación durante el siniestro no fue dar el mayor espectáculo del mundo, sino trabajar arduamente en socorrer a los pobladores.

El único dato certero es que el incendio comenzó la noche del 18 de julio del año 64, y que éste se prolongó durante seis días. A partir de ahí hablamos de atentados de los cristianos, conspiraciones de los opositores del César, maquinación del propio Nerón para especular en bienes raíces, un Nerón que canta y baila, y otro que pone dinero de su bolsa para atender a los menesterosos y desamparados.

Esa ciudad sobrepoblada y mal trazada, de calles estrechas y casas encima unas de las otras, con hogueras y lámparas de aceite en todas las construcciones, no necesitaba de un atentado para quemarse, y un tirano como Nerón no necesitaba incendiar el Circus para robarse el terreno. El emperador tenía muchos enemigos que hicieron correr muchos rumores que nunca dejaron de crecer y la mayor parte de las crónicas sobre el incendio son de muchos años después, cuando los protagonistas han muerto y los rumores han crecido hasta la hipérbole, además de que por *vox populi* se han convertido en verdad.

El historiador Tácito escribió sobre el incendio 30 años después de ocurrido, lo cual no fue derivado de sus propios recuerdos de niño de siete años que sale de la ciudad, sino de la investigación posterior. Plinio *el Viejo*, una de las mentes más lúcidas de su tiempo, ya un hombre maduro en la época del siniestro, lo menciona de manera muy superficial y sin detalles, como uno más de los múltiples incendios que padecía la capital imperial.

El célebre filósofo Séneca, pensador fundamental del estoicismo, senador del Imperio y tutor de Nerón, se quitó la vida en el año 65, apenas meses después del incendio. Desde años antes vivía retirado de la vida pública, viajando con su esposa y en realidad alejándose del tirano. Él ya no menciona nada del suceso, se quitó la vida, tal y como se esperaba de él como patricio, cuando se le comunicó su condena a muerte, acusado por el emperador de estar implicado en un complot para asesinarlo. Séneca se abrió las venas de brazos y piernas; al ver que no moría, bebió cicuta, que tampoco lo mató y, finalmente, se sumergió en una bañera caliente.

El célebre Flavio Josefo no menciona el gran incendio, tampoco lo hace el historiador imperial Dion Crisóstomo; no escribe sobre él Plutarco ni Epicteto. En sus diferentes géneros e intereses, todos sustentan gran parte de su obra en los hechos de Nerón. Quizás en su momento el evento no fue tan importante, tal vez, en efecto, fue uno más de los muchos fuegos que asolaban la ciudad. Siempre será posible que se exageren los hechos en momentos posteriores por diversas razones, principalmente relacionadas con la política.

En todas las épocas de la historia, en todos los reinos, imperios y Estados, en todas las culturas, ha habido acontecimientos que en la posterioridad son usados, alterados, distorsionados, enriquecidos y en general adaptados a necesidades políticas, sociales e ideológicas. Es como cambiarles el nombre a una noche y a un árbol para que dejen de ser tristes y pasen a ser victoriosos.

Caso similar es el de tomar personajes del pasado para transformarlos en garantes y fuentes de legitimidad de movimientos actuales que, dudosamente, habrían sido apoyados por los personajes en cuestión. Es por lo que puede pasar el tiempo y sigue habiendo franquistas, neonazis, trotskistas,

leninistas, estalinistas, maoístas, de todos los ismos que nacen de las izquierdas —con el marxismo como gran semillero de ideas— que justifiquen y promuevan revoluciones. Hay villistas, zapatistas, cardenistas y juaristas; hay peronistas, chavistas, sandinistas, y sí, en Francia hay incluso bonapartistas. Qué perdidos estamos.

Suetonio, célebre historiador y biógrafo romano, con una extensa obra en latín y en griego, escribió *La vida de los doce Césares*, en la que está incluido el reinado de Nerón. Fue precisamente Cayo Suetonio quien legó a la posteridad la imagen del tirano danzando, envuelto en túnicas blancas de seda, tocando la lira mientras recitaba versos épicos de la legendaria Troya. "¡Qué gran artista muere conmigo!", dicen que fueron las últimas palabras del emperador, cuando se quitó la vida en el año 68.

La situación es que Suetonio nació unos seis años después del incendio y habrá escrito su obra en torno al año 110, mucho tiempo después de los sucesos, trabajando al amparo de una dinastía imperial distinta, y la escena del tirano trágico habría llegado hasta él como parte de esta cadena de la voz del pueblo construyendo la verdad. En el mismo libro se habla de la muerte de Julio César y es gracias al propio Suetonio que conocemos aquellas célebres últimas palabras que inspiraron incluso a Shakespeare: ¡Bruto, tú también, hijo mío!

El historiador del siglo II, Dion Casio, también escribió sobre el incendio y describió la escena histriónica del último de los Julios. Escribió 100 años después de los hechos y en realidad consultó a Suetonio, quien evidentemente escribía de forma poética y dramática, con la licencia que eso implica. Si alguien más cita a Dion Casio y a Suetonio para hablar del emperador y su acto lírico ya estamos construyendo una ver-

dad incluso con parámetros académicos sobre algo que quizá nunca ocurrió.

Incluso Tácito menciona en sus *Anales*, que escribió alrededor del año 115, mezclando sus recuerdos y su investigación, que Nerón se encontraba en la villa de Antium, a unos 60 kilómetros de Roma, cuando supo del incendio, y se encaminó de inmediato a la ciudad a organizar los trabajos. Según esta versión, el emperador mandó tropas a cavar zanjas y a derribar edificios para detener el fuego, y abrió los jardines de su palacio para montar un campamento para los damnificados.

Después de eso mandó hacer una reforma legal urbana que precisaba la distancia que debía guardarse entre un edificio y otro, construcción obligatoria con ladrillo, y una ley sobre fachadas. También dispuso de los terrenos que quedaron desolados para crear infraestructura, incluyendo de paso su nuevo palacio imperial, ahora que gracias a los dioses había más espacio en la ciudad.

De eso acusaron los cristianos a Nerón con el paso del tiempo, de haber sido el autor intelectual del incendio para obtener el terreno necesario para construir su palacio. Nerón a su vez acusó formalmente a los cristianos de haber sido los autores, como un atentado contra Roma, y comenzó la era de las persecuciones.

No hay duda histórica, eso es importante decirlo, de que Nerón fue un tirano execrable, por todo lo que sí hizo, como matar a su madre, a dos esposas, ordenar la muerte de Séneca y mandar a los prisioneros, en este caso cristianos, a ser devorados por leones. También hay que decir que no hizo nada que no hicieran otros emperadores que no gozan hoy de tan mala fama. Lo curioso es que pasa a la historia como

tirano por lo que no hizo: incendiar Roma y danzar mientras el fuego consumía la ciudad.

Algo similar le pasó a Antonio López de Santa Anna, que hizo muchas cosas terribles, algunas por malicia, algunas por audacia, otras tantas por astucia y muchas más por incapacidad, pero nunca vendió Texas, California y Nuevo México a los estadounidenses. Sin embargo, alguien tiene que pagar por todas las culpas del pueblo, por lo menos en México, donde no aceptamos la responsabilidad personal en la historia, y un villano consumado es un candidato perfecto.

Nerón acusó a los cristianos porque necesitaba un chivo expiatorio, y el elemento distinto a los demás es el chivo expiatorio por excelencia. La multitud enloquece, el gobernante se tambalea, no hay forma de dar resultados, entonces es fundamental darle a la turbamulta algunos culpables: los cristianos, los musulmanes, los herejes, los españoles, los rusos, los comunistas, los conservadores. Siempre es posible señalar e incluso construir al otro.

Los cristianos fueron perseguidos desde los tiempos de Nerón hasta los de Constantino, quien en el año 313 les dio oficialmente libertad de culto y terminó con las persecuciones (con ésas, porque de inmediato los cristianos empoderados comenzaron las suyas). Es importante acotar que no fueron años de perseguir cristianos, sino un periodo de tres siglos en los que algunos emperadores los persiguieron. No era una política de Estado.

Los cristianos fueron perseguidos mucho tiempo por los paganos, sufrieron lo que es ser humillado y discriminado mientras fueron una minoría sensible, después se apoderaron del sistema y se dedicaron a perseguir paganos, herejes, otros cristianos distintos y judíos. No es verdad que estudiamos historia para no repetir los errores del pasado.

Los judíos fueron perseguidos durante todo el Medioevo con pretextos absurdos, desde beber sangre hasta matar a Dios, y cuando parecía que esa locura había terminado con la Ilustración, llegaron los nazis a revivir leyendas; y cuando parecía que los nazis eran cosa del pasado, surgen neonazis, y cuando parecía que los muros caían, como pasó en Berlín, otros más se levantaron en Palestina. La narrativa hace que ciertos muros y holocaustos sean más importantes que otros.

Los cristianos perseguidos se tornaron perseguidores, como los musulmanes, acosados por ser minoría, comenzaron a acosar minorías, como los esclavos negros liberados en Estados Unidos en el siglo XIX, enviados por la fuerza a África, donde crearon su país, Liberia, y discriminaron y sometieron a los negros de ahí, como los negros contra los blancos en Sudáfrica, los chiítas contra los sunitas en Irak. Reacción y venganza. Nunca hemos aprendido las lecciones.

Entonces Nerón acusó a los cristianos por necesidades políticas; con el tiempo los cristianos se vengaron contra Nerón donde más le duele a un humano con ínfulas de inmortalidad: en la posteridad, pues nadie mejor que ellos promovió en el imaginario colectivo la escena de Nerón cantando versos entre los escombros de Roma. Cuando el Imperio se cristianizó en el siglo IV, esa versión se convirtió en verdad.

Benito Juárez se vengó de Santa Anna, y de Iturbide, y de Maximiliano. Era vengativo don Benito. Cosas terribles hay de Santa Anna, pero es en las narrativas históricas de los liberales del siglo XIX donde se construye la leyenda del vendepatrias. Esos mismos liberales convirtieron a Hidalgo en padre y al libertador en traidor. Iturbide era un símbolo perfecto del pasado que había que superar, máxime si tu régimen ha tenido que luchar contra otro emperador y otro imperio.

Iturbide representaba el pasado, la monarquía, el imperio, lo conservador, lo aristócrata, lo europeo. Juárez promovía el futuro, la república, lo liberal, lo popular y lo norteamericano. La justicia histórica nunca ha sido más importante que la ideología. Díaz creó el culto a Juárez para luego encumbrarse como su sucesión y evolución, por eso veneramos a Juárez; le salieron mal las cosas a don Porfirio y tras la Revolución se construyó una narrativa que mantuvo el culto a Juárez, pero estableció como uno de sus ejes la tiranía porfiriana.

La historia siempre permite la venganza de los poderosos, porque ellos determinan el contenido de la posteridad, son los que presentan las pruebas ante el inexistente tribunal de la historia y arrojan a los traidores al basurero de la misma, que tampoco existe. Carlos V se quiso vengar de Cortés en la dimensión de la eternidad y mandó quemar todas sus obras y cartas, y prohibió su compra, venta, posesión y lectura. Stalin mandó borrar a Trotsky de las fotos con Lenin en eventos fundamentales de la Revolución; los progresistas quieren cambiar nombres a plazas, calles y edificios en todo el mundo.

Incendiar el mundo es un deseo muy profundo en la psique humana. Quemarlo todo, a veces para destruir por puro deseo de venganza a causa del sufrimiento, otras tantas para edificar algo nuevo. Lo único que debemos quemar por completo para construir algo verdaderamente nuevo, libre de las cadenas del sufrimiento, es nuestro ego; pero como nuestra mente proyecta todo hacia el mundo, el revolucionario quema la sociedad para comenzar de nuevo, y la nueva realidad resulta idéntica a la anterior.

Nerón no quemó Roma, pero alguien prendió fuego a la biblioteca de Alejandría y, si bien el juicio de la historia ha

señalado como culpable a Omar, tercer califa del islam, lo cierto es que hay otros sospechosos que quizá fueron injustamente exonerados, o sobre los que la narrativa es más benévola al no ser los enemigos históricos más importantes de la civilización occidental. Pero ahí están Julio César y los cristianos en el banquillo de los acusados, como si la biblioteca no hubiese podido arder en tres ocasiones.

El propio Alejandro, aclamado en Egipto como libertador e hijo de Dios, habría trazado la ciudad sobre el terreno según la propia leyenda, que seguramente es falsa; lo que sí hizo fue fundar la ciudad en el año 331 antes de nuestra era. Fundar no necesariamente es construir; significa decretar, hablar, crear a través de la palabra.

Como nadie nos libera de los libertadores, las tropas de Alejandro echaron a los persas y se quedaron ellos; el decadente Imperio egipcio, con muchas colonias helenas de tiempo atrás, pasó a estar dominado por una dinastía griega: los Ptolomeos, con quince emperadores que reinaron con ese nombre hasta llegar a Cleopatra la famosa, la séptima con ese nombre en gobernar aquel Egipto griego, y que se quitó la vida en brazos de Marco Antonio, según Shakespeare.

El primer Ptolomeo, conocido como Soter, fue el que ideó el gran proyecto para honrar el sueño de Alejandro sobre una humanidad universal: una biblioteca que abrigara todas las obras escritas de la historia y donde se resguardara el conocimiento de todas las culturas. La biblioteca de Alejandría es la primera enciclopedia y Ptolomeo sería entonces el primer ilustrado; y la gran ciudad del Egipto griego es quizá la primera de la que puede decirse que en su momento fue la capital del mundo.

Un millón de volúmenes escritos a mano sobre pergamino egipcio en forma de rollos y guardados en vasijas es lo que

llegó a tener la biblioteca en sus momentos de gloria. Pero ese santuario de sabiduría fue destruido por la ignorancia y el fanatismo de los salvajes conquistadores; según a quien le pregunta uno, la biblioteca fue quemada por Julio César, por una turba de cristianos o por un ejército musulmán al mando de Omar.

La realidad parece ser que el templo alejandrino de los libros subsistió en buena forma mientras estuvo bajo dominio de los griegos y comienza su debacle con la conquista romana, desde las guerras de César en las que se incendió, pasando por una serie de emperadores que prefirieron saquear su acervo en vez de mantenerlo, y le fueron quitando el apoyo económico necesario para que un proyecto cultural de esa magnitud sobreviviera.

En Roma convivían todos los dioses y sus cultos, hasta que el cristianismo se impuso y comenzó la persecución contra todo aquel que no siguiera el culto imperial y compartiera sus dogmas. Lo de los dogmas es un tema complejo: una verdad inamovible, que no debe por ninguna razón ser cuestionada, es algo que peligra en un universo de libros, dado que éstos permiten, precisamente, cuestionar la verdad. Así, una turba de cristianos fanáticos prendió fuego a los libros herejes de la biblioteca y, ya entrada en gastos, asesinó a la principal maestra de la escuela neoplatónica: Hipatia de Alejandría.

Eso ocurrió en el año 415, dos siglos después llegó la invasión árabe musulmana comandada por Omar, quien al parecer habría ordenado la última y definitiva quema del edificio y todos los libros que aún se conservaran, bajo el argumento de que sólo había dos tipos de libros: los que estaban de acuerdo con el Corán y los que lo contradecían. Los primeros no eran ya necesarios y los otros no deberían existir. Fuego.

Nerón usó el incendio de Roma para perseguir cristianos enemigos del Imperio; los cristianos usaron el incendio de Alejandría para perseguir paganos, y Hitler utilizó el incendio del Reichstag para perseguir comunistas. George Bush usó la caída de las Torres Gemelas para perseguir musulmanes, invadir países y construir oleoductos. *Remember El Alamo.* Nadie sabe cómo comenzó el incendio de Roma; del incendio del Reichstag se dio una versión oficial que inculpaba a los comunistas, y del 11 de septiembre se dio una verdad absoluta que inculpaba al país donde Estados Unidos necesitaba construir un oleoducto.

Muchos emperadores romanos culparon a los cristianos de cualquier tropelía y los mandaron a morir al circo cuando era necesario un golpe político o una distracción; hoy los llaman *cortinas de humo.* Muchos monseñores y reyes cristianos culparon a los judíos de pestes y sequías cuando era necesario cancelar las deudas. Muchos dictadores culparon a los contrarrevolucionarios cuando sus pésimas gestiones generaban crisis.

Estados Unidos también inventó un atentado con bomba en el acorazado Maine, que flotaba al norte de La Habana, para declarar la guerra a España en 1898 y arrebatarle Cuba, Puerto Rico y Filipinas después de acusarlos de terroristas. Tiempo después repitieron la estrategia de modo idéntico cuando el buque Maddox explotó en el golfo de Tonkin y permitió a los estadounidenses declarar la guerra a Vietnam. Un serbio mató en Bosnia al archiduque de Austria y, aunque todos querían la paz, no tuvieron más opción que declararse la guerra. Comenzó el incendio de Europa.

Cuando la bomba atómica de los estadounidenses estuvo lista llegó el momento de probarla. Antes de eso había que considerar toda la información científica sobre los resultados

que se esperaban; finalmente, se trataba de bombardear núcleos atómicos para comenzar una reacción en cadena en medio de la atmósfera. Había un riesgo: que se incendiaran los átomos de hidrógeno en el ambiente, la reacción en cadena no tuviera fin y se extendiera hasta calcinar el planeta.

Se hicieron cálculos para saber cuáles eran las probabilidades de dicha catástrofe y se estableció también un límite, arbitrario como todos los límites humanos: si las posibilidades eran mayores de tres en un millón no habría detonación. Fueron de 2.8. Dos detonaciones nucleares devastaron Hiroshima y Nagasaki, y hasta la fecha nos cuentan la falsedad de que fue un mal necesario, pero en el fondo lo mejor para la humanidad. Los poderosos siempre están dispuestos a incendiar el mundo.

Hoy hay una guerra de Occidente contra Rusia que se pelea en Ucrania. Ésa es una mucho mejor definición que la de la narrativa occidental en los medios. Todo estaba bien en el mundo, hasta que un día el supervillano Vladímir Putin, el nuevo Hitler, despertó con ánimo de invadir un país inocente. Es impresionante a qué nivel la gente de este lado del mundo está dispuesta a creer esa absurda narrativa. Una vez más los gringos son inocentes, como cada vez que nos han mentido, y una vez más elegimos creerles, a pesar de dos siglos de evidencia histórica que nos dicen que no lo hagamos.

CON ESTE SIGNO VENCERÁS

LOS ENGAÑOS FUNDAMENTALES DE LA GUERRA SANTA

El emperador soñó con Dios. Gloriosos los reyes y emperadores que tienen la dicha de escuchar las palabras del Todopoderoso para guiar su vida y sus batallas. Constantino I soñó con una cruz en el cielo acompañada de la frase en latín *In hoc signo vinces*: Con este signo vencerás.

El dios cristiano en persona se manifestaba del lado del hombre que dominaba el rincón más occidental de un fragmentado y decadente Imperio romano que aspiraba a conquistar la Capital Eterna para unificarlo en su persona. No bastaba con la manifestación divina a Constantino, era menester que lo supiera su ejército, casualmente formado por cristianos, y así todos llevaran el fervor religioso al campo de batalla en el que deberían morir para que él pudiera pasar a la historia como El Grande.

Flavio Valerio Constantino nació en el año 272, hijo de Constancio, un general romano de origen ilirio, uno de tantos pueblos anexados por el Imperio, y de Helena, una mujer de origen griego. Es decir, que no es en modo alguno romano. Cuenta la leyenda que fue su madre quien llevó a Constantino por el sendero del cristianismo, a grado tal que el propio emperador terminó por convertirlo en culto oficial de Roma después de convencerse y convertirse él mismo.

Las cosas desde luego no fueron así. Volvemos al tema de los vencedores, en este caso los cristianos, contando la historia. Para una fe que se asume, no sólo como verdadera, sino como la única posible, con una religión y una Iglesia fundadas por el mismísimo hijo de Dios, es perfecta la versión de la historia en la que el hombre más poderoso de un imperio pagano e idólatra, imperio hundido en los peores vicios de la historia, y que fue además el que condenó a Jesús a morir en la cruz, rechace todo ese pasado pecaminoso y conduzca a todo su pueblo a través del camino de la fe y la virtud cristianas.

Constantino nació en medio de la crisis con la que estaba iniciando la decadencia del Imperio. Gobernaba Valeriano, un noble de familia senatorial, en medio de un caos donde los militares eran ya los que controlaban el poder, que dependía de conspiraciones y golpes de Estado. Ya había pasado la época de las dinastías, que siempre suponen estabilidad política, y la Corona imperial no dependía de ningún tipo de institucionalidad, sino de la violencia.

Valerio murió prisionero de los persas, su hijo Galeno cayó asesinado por sus propias tropas, Claudio II tomó el poder por dos años y murió de peste, su hermano Quintilo logró mantener el poder 30 días hasta que se lo arrebató el general Aureliano, quien logró vivir cinco años más hasta ser asesinado en una conspiración militar. Luego hubo una cadena de gobernantes que duraron de muy pocos años a muy pocos días. Ésa fue la sombra del imperio en la que nació y creció Constantino.

La estabilidad regresó hasta el 284, con Diocleciano, quien no sólo logro mantenerse en un poder estable hasta el 305, y traer algo de tranquilidad económica, política y social, sino que supo leer el espíritu de los tiempos y comprender que el

Imperio no podía seguir existiendo con las estructuras del pasado. Hizo una serie de reformas al Estado, estableció una nueva división política y administrativa del Imperio, instituyó la tetrarquía como forma de gobierno después de su mandato y abdicó pacíficamente para ver que lo anterior ocurriera.

Pero una golondrina no hace verano y una mente lúcida no detiene la podredumbre. La división en cuatro regiones que Diocleciano estableció se transformó en cuatro generales luchando por apropiarse de todo el Imperio. Esa era la situación cuando murió Constancio. Él era augusto occidental y ejercía el poder sobre las Galias y Britania, isla en la que estaba en el momento de morir. En su lecho de muerte, en York, pidió a sus tropas que apoyaran a su hijo como emperador. Lo proclamaron ahí mismo, el 25 de julio del año 306.

A partir de ese momento, Constantino orientó toda su carrera política y militar a reunificar al Imperio romano en su persona, para lo cual, desde luego, debía de conquistarlo, arrebatarle sus territorios a Severo, que gobernaba la península itálica, la ibérica y el norte de África; a Galerio, que dominaba la zona de los Balcanes, y a Maximino, que detentaba el poder en Anatolia y Egipto.

Constantino supo interpretar muy bien los signos de la época. Ya no existía la legitimidad en el poder, ya no eran los nobles los que estaban al mando y nadie era descendiente de César, no existían más las dinastías. Todo era poder militar y apoyo del pueblo. Se preparó para obtener las dos cosas.

En aquel Imperio romano había unos 50 millones de habitantes y alrededor de la cuarta parte de ellos eran cristianos. Una religión perseguida que hablaba a la plebe era, junto al mitraísmo de los nobles y los guerreros, la más extendida del Imperio. Constantino era el Sumo Pontífice del mitraísmo,

conocía sus signos y rituales, y fue penetrando poco a poco en el cristianismo para conocerlo. No era una búsqueda espiritual, sino un sondeo político. Luego los fue mezclando.

Como emperador de un rincón del Imperio, y aspirante a gobernarlo todo, tenía algo muy valioso que ofrecer a los cristianos a cambio de su apoyo: legitimación y legalidad, fin de las persecuciones, libertad. Lo apoyaron hasta el final y lo convirtieron en santo. Todo indica que su madre, Santa Helena, es la que conoció el cristianismo por su hijo, y no al revés.

Constantino formó legiones y ejércitos, y conquistó Hispania, desde ahí se preparó para tomar la Capital Eterna del Imperio y apoderarse de toda la península itálica, para concluir así una primera etapa: ser emperador de todo el Occidente. Fue ahí cuando tuvo la fortuna de soñar con Dios.

El 28 de octubre del año 312, los ejércitos de Constantino debieron enfrentarse a los de Majencio, quien defendía Roma en el puente Milvio. Tras esa victoria, las tropas de Constantino entraron gloriosas en Roma: un ejército de cristianos, tanto tiempo perseguidos por el Imperio, estaba tomando su capital. Lo coronaron emperador de inmediato.

La tradición cristiana cuenta que la noche anterior Constantino soñó que veía un crismón en el cielo, con la consabida frase *In hoc signo vinces*. Algo así como asegurarle que, si tomaba como estandarte de batalla el símbolo de los cristianos, su dios le obsequiaría la victoria. Quizá Constantino les contó a sus tropas sobre ese supuesto sueño para animarlas; o tal vez eso ni siquiera pasó y fue la posteridad la que construyó esa versión. Lo que parece un hecho es que el emperador no tuvo ese sueño, y el hecho contundente es que no se convirtió al cristianismo católico.

Lo que sí hizo fue cumplir su palabra con los cristianos, a los que además seguiría necesitando, pues aún faltaba medio Imperio por conquistar. Tomaron Roma el 28 de octubre del 312, en junio del siguiente año promulgó el Edicto de Milán, donde se establecía tolerancia religiosa para todos los cultos del Imperio, cristianismo incluido. Logró que el emperador de Oriente, para ese momento Lucino, lo hiciera válido también en sus dominios. Todos los cristianos del Imperio estaban a salvo.

Con cristianos apoyándolo de forma incondicional en ambos extremos del Imperio, Constantino tenía todo lo necesario para tomar el poder total, lo cual hizo en el 325, tras derrotar de manera definitiva a Licino en la batalla de Crisópolis. Constantino I el grande reunificó en su persona al Imperio romano.

El apoyo a los cristianos había sido total desde el año 313 en que se les dio libertad religiosa. El gobierno les dio edificios para establecer templos y apoyo para promover su fe, además de organizar un clero en la nómina del Estado. En el año 314 se prohibió el culto a la diosa madre Artemisa, para sustituirlo por el culto mariano; al año siguiente comenzó la persecución y asesinato de paganos mientras el poder imperial miraba para otro lado. Más adelante se prohibió construir imágenes de esos dioses. Todas las religiones estaban aprobadas por el Edicto de Milán, pero de pronto no era cómodo ni sensato practicarlas.

El mismo año de su victoria definitiva, el emperador convocó al Concilio de Nicea, con todos los líderes y teólogos del cristianismo, para unificar versiones, establecer una sola narrativa, dictaminar un canon de libros revelados y, por encima de todo, instituir los dogmas. A partir de ese momento, Imperio e Iglesia se sostenían el uno en el otro.

En el año 330, el emperador fundó una nueva capital, la Nueva Roma de Constantino, sobre la ciudad griega de Bizancio. Constantinopla fue bendecida por sacerdotes de todos los cultos del Imperio y se ofrecieron sacrificios a todos los dioses. Siete años después, en su lecho de muerte, decidió que era sensato bautizarse ante el dios de los cristianos, pero no lo hizo por el ritual católico aprobado en Nicea, sino por una de las versiones consideradas heréticas: el arrianismo.

Constantino *el Grande* no estableció el cristianismo como culto oficial del Imperio romano, pero estableció todas las bases y promulgó todas las reformas sin las cuales el emperador Teodosio no hubiera podido dar ese paso en el año 380, al promulgar el Edicto de Tesalónica. A partir de ese momento todos los romanos eran oficialmente católicos; no fue un acto de fe, fue la sujeción a una ley.

"¡Dios lo quiere!", gritó Urbano II a los nobles franceses reunidos en el Concilio de Clermont, en el año del Señor de 1095. Dios quiere formar un gran ejército de la cristiandad, unida en torno a su pastor el papa, y no al sacro emperador germánico que también pretendía de manera blasfema representar al Señor. Dios quiere que la cristiandad unida vaya a luchar contra los infieles para liberar el santo sepulcro, el lugar donde fue depositado el cuerpo de Jesús, y donde según el propio dogma cristiano ya no está, puesto que el Cristo sube en cuerpo y alma al cielo.

Los musulmanes creen en el mismo Dios que los cristianos, que también guiaba a los patriarcas de los turcos selyúcidas cuando estas tribus de pastores del Asia Central convertidos al islam comenzaron a avanzar, primero sobre el Imperio persa y de ahí al resto del mundo islámico, para después penetrar en las tierras de la cristiandad oriental: el Imperio bizantino. Los selyúcidas tomaron Jerusalén en el año

1070, pero se la arrebataron a otros musulmanes, ya que los cristianos habían perdido la ciudad ante el islam en el año 637.

Dios guio a los selyúcidas hasta Jerusalén y era evidente que su destino sagrado era la eterna Constantinopla. El santo sepulcro estaba en manos de los infieles, y también los puertos del Mediterráneo oriental que servían de acceso a las rutas de la seda, así como para poder asediar la capital imperial. Toda esa historia geopolítica era muy compleja como para explicársela a los grandes señores de aquella Europa feudal, bastaba con decirles "¡Dios lo quiere!".

Es difícil saber con certeza de lado de quién estuvo Dios, o asumir que dentro de Sus inescrutables designios está la estrategia de darles un día a unos y de quitarles al día siguiente para darles a los otros. Los árabes musulmanes tomaron Jerusalén del Imperio romano de Oriente —ése al que le decimos Bizantino, pero que nunca se llamó así en el año 637—; los turcos selyúcidas, ya convertidos al islam, la conquistaron a esos árabes en el 1070. Entonces Dios envía a sus seguidores en Europa a enfrentarse a sus seguidores en Asia. Así comenzaron las cruzadas en el año 1095.

Jerusalén cambió de unas manos a otras durante 200 años de cruzadas, pero finalmente la cristiandad fue derrotada y echada de forma definitiva del Medio Oriente. La situación es que, para ese momento, otros jinetes nómadas, primos de los turcos, creaban un imperio mientras conquistaban todo el continente asiático. Los mongoles tomaron Bagdad en 1258 y la mayor parte de los que se instalaron en esas tierras se convirtieron al islam.

Después de repeler a los cristianos por 200 años, los selyúcidas terminaron por agotar sus fuerzas luchando para expulsar a los mongoles. Ante la fragmentación que se generó

en ese mundo islámico, otra tribu turca, los hijos de Otmán, los otomanos, fueron lentamente conquistando territorio y creando un nuevo imperio.

Esos turcos otomanos fueron el punto final en la historia del Imperio bizantino cuando en 1453 tomaron Constantinopla. Nació el Imperio otomano, la Sublime Puerta, la Sombra de Dios en la Tierra. Un imperio por designio divino que nace guiado por el Señor, conquistando al último imperio cristiano que vivía la más profunda de sus decadencias —que habían sido varias—, seguramente por designio del mismo Señor. La Constantinopla de Mehmet II *el Conquistador* cayó en 1918 ante la cultura que había matado a Dios: Occidente.

El sultán Mehmet tuvo que mantener sitiada a Constantinopla durante dos meses. Estaba al mando de unos 150,000 guerreros, su ejército tenía más elementos que la capital imperial habitantes. En sus últimos días, la ciudad de Constantino, la Segunda Roma que llegó a tener medio millón de habitantes, no contaba más de 35,000.

Once mil guerreros cristianos resistieron heroicamente durante casi 60 días; aunque la caída de la ciudad parecería inevitable, el coste de mantener el ejército de Mehmet hacía que el proyecto del sultán se desmoronara frente a él. Entonces Mehmet tuvo un sueño: vio al arcángel Gabriel diciendo al profeta Muhammad que algún musulmán un día tomaría Constantinopla.

La caída de la última capital imperial de la cristiandad estaba escrita en el cielo. Mehmet tuvo claro que él sería el musulmán profetizado, un segundo Muhammad. No bastaba que él lo supiera, tenía que decírselo a los soldados para que fueran a matarse con ese fervor como combustible, que les ardiera el alma al saber que hacían la obra de Dios. Hubo un eclipse de luna, y cuentan que en el interior de la ciudad lo

tomaron como terrible augurio de la derrota; sacaron una procesión de la virgen y la imagen cayó al suelo. Dios había dado su veredicto.

Los musulmanes consideran profeta a Jesús, nacido de la virgen Miriam, quien tiene una sura completa del Corán dedicada a ella. La madre de Dios señaló que Constantinopla debía cambiar de manos y pasar de la cristiandad al islam. Curioso que la misma madre del mismo Dios se decantó por los cristianos en el extremo contrario del Mare Nostrum.

Al otro lado del Mediterráneo, en la península ibérica dominada por musulmanes desde el 711, la virgen se apareció en el siglo XIII en la sierra de Guadalupe, en Extremadura, Reino de Castilla, pisando la media luna, símbolo del islam. Ése fue el augurio que llevó a los cristianos al último impulso de la reconquista, la gran cruzada para expulsar a los musulmanes de Iberia, la Hispania romana. Siglos atrás, cuando hacían falta cristianos para poblar el norte de la península arrebatado a los infieles, el que se apareció fue el apóstol Santiago, primer líder celestial de la llamada *Reconquista*..., que fue llamada "reconquista" hasta el siglo XIX como parte de una narrativa.

En 1521, antes de lanzarse al asedio definitivo sobre Tenochtitlan, Hernán Cortés vio al apóstol Santiago en el cielo. Santiago Matamoros le decían, porque había sido el que guiara a los asturianos a repeler a los guerreros árabes en su intento de dominar el norte ibérico. El apóstol guía de la cristiandad sólo podía aparecerse para señalar una victoria en el nombre de Dios. Cortés tenía que decírselo a sus hombres, para que esa flama se hinchara en sus corazones al lanzarse a la batalla, que a partir de ahora era una guerra santa. Por estas mismas razones el cura Hidalgo tomó un estandarte de la Guadalupana.

Antes de todo esto, el mismo Dios de los cristianos, que no es otro más que el de los hebreos, ya había guiado a Su pueblo para tomar Jericó y Jerusalén, ya les había ofrecido una tierra como heredad. Había comenzado el reparto del mundo.

Con Dios como pastor, los hebreos crearon el reino de Israel, Constantino unificó un imperio, los cristianos expulsaron a los árabes y crearon España, Mehmet tomó Constantinopla y forjó un imperio que perduró medio milenio, mientras que Hernán Cortés tomó la ciudad de los mexicas y creó el reino que llegó a ser la joya de la Corona española. Es muy importante soñar con Dios.

Con este signo vencerás. Eso fue lo que le escribió Dios a Constantino en el cielo, dentro de un sueño. El signo es el centro donde se unen todas estas historias. Nada significa nada, pero el ser humano es el gran inventor de símbolos; tanto los signos como los significados. El ser humano crea tanto la idea como la palabra a la que la asocia, concibe el concepto *dios*, así como todas las formas de manifestarlo, todas las imágenes con todos sus significados más profundos, todos los mandalas, los mantras, las oraciones y meditaciones.

El ser humano crea la idea de identidad y crea las identidades y luego se adscribe a ellas, pues con ese truco mental se siente un poco más seguro en el mundo. Ahora pertenece a algo, a un colectivo donde en complicidad con los cofrades es parte de algo más grande, algo superior que lo trasciende: la familia, el clan, la tribu, la patria, la nación, el pueblo, la religión, la filosofía, la secta, la ideología, y así hasta llegar a los equipos deportivos.

Cada uno de estos grupos de pertenencia existe sólo en la mente, es una construcción, una idea, una abstracción. Es la forma que tiene la mente humana para habitar en el mundo.

Cada una de dichas identidades, para constituir en realidad una identidad, una perdurable que pueda luchar para sobrevivir contra la entropía y el tiempo, debe tener una narrativa, es decir, un relato que explique y exponga lo que cada una quiera exponer y explicar; debe tener rituales, de esos que al hacerse en comunidad van generando pertenencia, y debe tener un signo.

Nada de lo anterior sirve sin un signo. Una imagen que simbolice la totalidad del colectivo del que estemos hablando. Su cosmovisión, sus ideas, su mensaje, su dogma y su destino. Todo en un solo impacto visual que mueva las emociones de los seguidores.

Ese es el signo con el que vencerás, aquel con el que logres que todo un colectivo te siga, con el que consigas que sea una multitud la que luche tus batallas. La imagen que haría que alguien diera la vida por ti, pensando que eso es una causa. Signo es la cruz, la estrella de David y la media luna; signo es cada bandera nacional, la esvástica y el martillo con la hoz. Símbolo son también el fasces o el puño izquierdo muy en alto. Cuidado, "con este signo vencerás" implica su contraparte: con este signo serás vencido por aquel que te haga renunciar a ti para seguir la causa de alguien más.

Símbolo tiene cada partido político, cada secta y cada movimiento ideológico, porque sin signo no hay seguidores, pues no hay poder sobre la mente. Por eso tienen un símbolo las empresas y los grandes corporativos, para generar lealtad del trabajador y del cliente; símbolo tienen las marcas para que puedas preferirlas sobre otras. Símbolo es tótem. Símbolo es unidad, control y poder.

UN MUNDO OSCURO DONDE LA TIERRA ES PLANA

UNA CONSPIRACIÓN DE LOS RENACENTISTAS CONTRA EL MEDIOEVO

En la Edad Media no pasó nada. Fin de la historia. Oscuridad, religión, ignorancia y fanatismo. Nada más. Mil años de pasmo en el devenir del tiempo por culpa de la tiranía de la Iglesia católica, presta a quemar a los herejes que osaran contradecir sus designios, todo giraba en torno a Dios y había templos donde sonaban cantos gregorianos. La gente vivía en peregrinaciones religiosas y tenía miedo del fin del mundo en el año 1000.

En México estamos familiarizados con la Edad Media porque tenemos un episodio idéntico en nuestra narrativa: el Virreinato, que al igual que el Medioevo, no es oscuro en sus hechos, sino en nuestra mente, es un vacío en nuestra narrativa porque simplemente lo pasamos por alto, lo omitimos, no lo estudiamos; y no lo hacemos porque no vale la pena, y no vale la pena porque no pasó nada, y pensamos que no pasó nada porque no lo estudiamos. Es en esa actitud donde reside el oscurantismo medieval y no en los hechos.

La Edad Media fue resultado de las condiciones de su tiempo. Fue causada por el pasado y fue causa de lo que vino después. No puede ser de otra forma. Pero los europeos se contaron y se cuentan una narrativa en la que es posible

brincar 1,000 años en el tiempo y retomar las cosas justo donde las habían dejado. Es plantear que hubo un mundo grecorromano culto, próspero, estético y sabio que desapareció de pronto con la caída de Roma, luego hubo 1,000 años de oscurantismo católico y, de pronto, el pasado renació. Nosotros, los modernos del siglo XVI, hemos hecho renacer las glorias del pasado.

Pero la cadena de la causalidad no se detiene nunca, por más que lo pretendan las narrativas de los modernos. Causa y efecto se persiguen y se retroalimentan desde el principio del mundo y lo harán hasta el final de los tiempos. La historia es esa poderosísima fuerza impulsada por la inercia de miles y miles de años de causalidad. Todo en el pasado influyó para que Roma cayera y sucediera la Edad Media; pero también a lo largo de estos tiempos medievales se siguieron presentando efectos y provocando causas. Es decir, la prosperidad y riqueza que en todos los sentidos tuvo el siglo XVI y el Renacimiento, la filosofía humanista y la ciencia, el arte y la literatura necesariamente tienen su causa en el Medioevo.

El Medioevo de Mesoamérica entonces no sería en definitiva el Virreinato, sino el devenir de sucesos tras la caída de Teotihuacan, ese espacio histórico que los historiadores llaman *Posclásico*. Teotihuacan fue Roma, la síntesis de todo el pasado, la cúspide de un mundo antiguo, el orden prevaleciente y dominante durante siglos, el sostén del mundo y los cimientos del cielo. Tras la caída de una ciudad de dichas magnitudes, todo se sumerge en la oscuridad. Todo es caos.

Roma, como imperio, terminó reuniendo el conocimiento de las culturas más importantes de la Antigüedad: tomó de griegos, egipcios, hebreos y persas, que a su vez habían tomado cultura y conocimiento de otros. El mundo del que Roma llegó a ser capital era inmenso, euroasiático y de encuen-

tro de pueblos y culturas; el mundo del que fue eje Teotihuacan era más pequeño, pero el más importante que se había desarrollado hasta ese momento en ese rincón del mundo que había quedado aislado de todo lo demás.

Tras la caída de Teotihuacan, centro de ese mundo dominado por culturas otomangues, en torno al año 600, Mesoamérica se sumerge en el caos y sobreviene la oscuridad. No podía ser de otra forma. Fue el fin del mundo, eso es lo que ocurre cuando colapsa la metrópoli que ha significado el orden establecido por medio milenio.

Unos 300 años de Medioevo provocaron el derrumbe del mundo teotihuacano; pero los pueblos nahuas que habían comenzado a llegar por el norte desde el año 500, y que seguirían llegando hasta la aparición de los mexicas, aztlantecas igual que todos los demás, en torno al año 1100, tomaron la cultura teotihuacana, la entendieron en su lengua y la interpretaron según sus propias visiones. Poco a poco fue naciendo la toltecáyotl.

Esa toltequidad es la serie de mitos y leyendas, revelaciones e inspiraciones, historias y narrativas, búsquedas y respuestas de la cultura que los nahuas hacen con las cenizas otomangueas, y que gira en torno al dios Quetzalcóatl, versión mesoamericana del Lucero del Alba.

Quetzalcóatl, el rey, sería en torno al año 900 el Carlomagno de estas tierras, y la toltequidad la cristiandad, con una similitud de significados pasmosa. Con una nueva versión del pasado, los seres humanos de ambos continentes terminaron por recuperarse de su fin del mundo y florecieron por un tiempo. Mesoamérica vio nuevos días de gloria entre los años 900 y 1200. Entonces de un lado del océano llegaron los mongoles y del otro llegaron los mexicas; los primeros favorecieron la epidemia de peste negra, los segundos conquista-

ron y sometieron todo a su paso y destruyeron la toltequidad.

Entonces los turcos tomaron Constantinopla en 1453 y precipitaron una migración de eruditos, artistas e intelectuales, con sus conocimientos y sus fortunas, que fueron causa directa e inmediata del Renacimiento. El dominio musulmán del Mediterráneo provocó que los cristianos salieran a buscar otras rutas para llegar a Oriente y los castellanos optaron por una ruta alrededor del mundo que los llevó hasta Tenochtitlan.

Fue así como el Renacimiento llegó también hasta acá, y también terminó nuestra Edad Media, que habría empezado en realidad con la debacle teotihuacana y se habría prolongado hasta la era de los mexicas, bastante oscura, por cierto. Lo interesante de esta versión, que no es desde luego más que otra versión posible de los hechos, es que los mexicas pasan de ser nuestro pasado glorioso a nuestra oscuridad medieval, y el Virreinato no es entonces sino nuestra versión del Renacimiento.

No estamos listos para esta versión, porque no estudiamos el Virreinato y nos privamos de todas las joyas culturales, artísticas y hasta científicas que se desarrollaron en esta etapa tan importante de nuestra historia, en la que se determinó básicamente todo lo que somos. Mucho más luminosa fue la Nueva España que el Imperio azteca. Tampoco estamos listos para eso. Nos enseñaron a ver oscuridad medieval donde en realidad está nuestra luminosa gestación.

Tras el fin del orden romano llegó la oscuridad que llamamos *medieval*. Trescientos años le llevó a Europa comenzar a levantarse de la hecatombe romana. Carlomagno es el salir de un nuevo sol, el de la cristiandad, que más allá de leyendas oscuras, fue la espiritualidad que guio los inicios de la ci-

vilización occidental y que inspiró su arte, su cultura y su conocimiento: su música, formas musicales e instrumentos; su filosofía especulativa y metafísica; su pintura, escultura y arquitectura; sus letras, sus leyendas y mitologías; sus ciclos épicos y heroicos, su reinvención de lo antiguo y, ante todo, su fusión y sincretismo de lo grecorromano y judeocristiano como cimiento de una nueva civilización.

Esa cristiandad del año 800 es un nuevo inicio, es el primer amanecer tras las tinieblas de la debacle romana. Tres siglos de caos e invasiones encuentran su primer remanso de estabilidad en el Imperio carolingio, mientras lo germano, el elemento que invadió, se va fusionando con lo romano, el elemento invadido. Fue la cristiandad la que permitió, encausó y moldeó la integración cultural.

El románico oscuro y austero de tiempos carolingios fue ornamentándose y transformándose hasta llegar a un luminoso gótico, con su ligereza, sus estructuras sutiles, su refinamiento y, desde luego, su sincretismo. Todo ello como causa inmediata del Renacimiento, donde la creatividad de la burguesía dio un impulso revolucionario a la cultura, uno que la Iglesia, como líder anquilosado de esa cristiandad, no tenía cómo dar.

El maravilloso refinamiento del Quattrocento, un siglo antes del Renacimiento de los humanistas, era ya la gloriosa culminación de un proceso que comienza con la destrucción de Roma y atraviesa por una reconstrucción absoluta de cosmovisión, pensamiento, religión, política y forma de vida, en medio de oleadas de invasiones a lo largo de siglos, que generaron que el pequeño territorio europeo fuera hogar de una inmensa diversidad de pueblos distintos y diversos, de orígenes distantes y heterogéneos, que sólo lograron unirse y construir los cimientos de una nueva civilización gracias a

la cristiandad. Esa realidad aristotélica no depende de que uno sea creyente o ateo.

La peste negra fue la nueva invasión de los bárbaros, el nuevo fin del mundo, incluso peor que el romano, con la muerte de la mitad de la población europea. Pero al igual que con aquellas invasiones germanas, la peste llevada por mongoles y genoveses generó un renacer después de la destrucción.

La llegada de la peste, causada por el auge de las rutas de la seda, provocado por el orden que impuso el Imperio mongol, derivado de las guerras de Gengis Kan, que a su vez tienen que ver con conflictos en el Imperio chino, provocó el Renacimiento de Europa.

Todo muere y renace. El mito de los modernos fue atribuirse por completo ese renacer, difundir que hubo 1,000 años de oscuridad y culpar de la muerte anterior a la Iglesia. Pero ¿quiénes son esos modernos de los que hablamos? ¿Todos los hombres y mujeres europeos del siglo XVI? No, estamos presenciando la aparición en escena de la clase social que revolucionará la historia de Europa, a grado tal que la historia europea revolucionará la de toda la humanidad. La burguesía aparece para contar sus versiones de la historia.

En las prósperas ciudades y repúblicas de mercaderes de la península itálica comienza el desarrollo económico que hará que los grandes comerciantes lleguen a ser más ricos y poderosos que los nobles de rancio abolengo. Eso cambiará toda la historia, no en los hechos, sino en las interpretaciones.

La Edad Media fue oscura y también estuvo pletórica de detalles luminosos. Como todas las eras de la historia. También es un tema de narrativas englobar bajo un solo nombre un periodo de 1,000 años, insinúa la idea de que todo ese milenio fue básicamente idéntico. Eso, desde luego, comprueba

la teoría de que no pasó nada. También es importante tener claro que el Medioevo es una dinámica económica, religiosa, política y social relacionada tan sólo con Europa Occidental. El espacio dejado por Roma.

La Edad Media fue oscura por la caída de Roma, que llevaba siete siglos siendo el orden establecido y dominante de la cuenca del Mediterráneo. Se desmoronó el Imperio que venía imponiendo el orden los últimos 700 años. Roma construyó caminos, puentes, puertos y ciudades, hizo florecer el comercio y la agricultura, trajo la paz que traen todas las potencias, que es por medio de la violencia, y permitió un maravilloso sincretismo cultural de todo el mundo anterior a ellos: persas, judíos, griegos, árabes, egipcios.

Roma es el primer ejemplo de una gran civilización de pretensiones globales que se impone por la espada. Roma se impone porque *puede*, nunca necesitó pretextos. Es el Imperio más honesto de la historia. Se expanden y llevan su civilización, la imponen como superior, expanden sus ideas y su comercio, dan y quitan. Pero devastan. Roma es insaciable. Roma saquea. El Imperio no se da abasto y entra en una espiral de expansión y militarización que lo hace comenzar a colapsar desde dentro. Pero Roma no recurre a pretextos, no inventa atentados, no esgrime ideologías. Roma toma porque puede y lo declara con orgullo, no como todos los Imperios que le seguirán.

Roma cayó. No pudo defenderse de todos los embates que llegaron de fuera, como una estampida en forma de jinetes nómadas euroasiáticos. Los hunos llegaron al espacio europeo huyendo dentro de una cadena de migraciones y persecuciones que se venían dando desde China. Crearon un efecto dominó al empujar a los pueblos de la Germania Magna

que a su vez se precipitaron sobre Roma. El Imperio tenía los días contados.

Los hunos llegaron en el año 375 y devastaron el espacio europeo, tanto la Germania como Roma, por espacio de 80 años. Para el año 455, tras la muerte de Atila, ya se habían retirado; pero todos los pueblos que fueron desplazados durante ese periodo, los que migraron o los que fueron expulsados, los que se asentaron en territorio imperial y los que seguían buscando hacerlo, todos esos pueblos siguieron invadiendo el espacio romano, destruyendo caminos y acueductos, conquistando ciudades, tomando el poder. Cuando el último emperador huyó en el año 476 nadie preguntó por él.

Sin orden ni ley, pero también sin caminos ni puentes, sin ciudades a donde llegar porque fueron abandonadas, sin comercio porque no había condiciones, sin veredas ni productores ni clientes, hubo también tribus que siguieron moviéndose a lo largo del espacio europeo, luchando entre sí.

Ahí está el origen de la oscuridad medieval. En medio de este caos, una institución romana sobrevivió a la caída del Imperio y fue poco a poco convirtiéndose en su sucesora: la Iglesia creada por Constantino. La Iglesia entonces era débil. Gobernaba los territorios centrales de la península itálica y disponía de esas rentas para vivir. Fue una cadena de sucesores de san Pedro bastante eficiente, con papas muy estrategas, en unos casos muy terribles y en otros muy piadosos, lo que hizo que la institución sobreviviera los primeros 350 años tras el colapso de Roma.

Las migraciones no cesaron. Por la misma llanura danubiana por donde entraron los hunos, llegaron entre los siglos V y VIII los lombardos, los búlgaros y los eslavos. Por aquella época, por todas las costas y ríos de Europa comenzaron a

invadir y a establecerse los vikingos. Es alrededor del año 1000 cuando terminó la gran migración de los pueblos.

En la Navidad del año 800, el papa León III coronó a Carlomagno, rey de los francos y de los lombardos, como Carlos César Augusto, *imperator romanorum*. Tuvieron que transcurrir 350 años desde la caída de Roma para que en medio de ese caos surgiera un hombre con el poder de restablecer el Imperio y el orden. Elevar a Carlomagno al rango de emperador implica la idea de la restauración del Imperio, y es en gran medida el papado el que está detrás de todo este movimiento ideológico. La Iglesia busca restablecer el Imperio para que el Imperio proteja a la Iglesia. Así será por un tiempo.

Esos primeros cuatro siglos después de Roma son oscuros y caóticos, son hambre, guerra, peste y muerte, son un fin del mundo. La cultura grecorromana simplemente se dejó de transmitir. Hay una muerte. Pero la Iglesia la resguardó en libros y en monasterios, con el tiempo, desde luego, la controló.

El restablecimiento imperial en la testa coronada de Carlomagno representa una nueva era completamente distinta. Es la luz tras la oscuridad. Es el nuevo orden y la nueva paz. Es restablecer comercio y contacto. El sagrado emperador mantiene el orden en todos sus dominios que se extienden desde la Marca Hispánica hasta la danesa, y de ahí hasta Hungría, la frontera con el caos.

Hay un renacimiento con Carlomagno, pero no uno como el del siglo XVI, que fue recuperar lo grecolatino. El carolingio fue mucho más original; nace de una nueva cultura fusionada, originada en el violento choque entre romanos y germánicos, causado por la invasión de los hunos. De las cenizas de Roma nació la civilización de la que ahora era emperador Carlomagno: la cristiandad. Un mundo romano germánico

unido por una visión judeocristiana que incluye una gran dosis de neoplatonismo griego.

El Imperio duró poco. Carlomagno fue coronado en el año 800 y su hijo Ludovico Pío, único que mantuvo su imperio unido, murió en el 840. Comenzó la fragmentación que conocemos como feudalismo. Una Europa muy encerrada en sí misma, pero con más contacto y comercio interior; redes de peregrinos y de mercaderes, castillos, catedrales y universidades. La cristiandad está floreciendo. La evolución artística que podemos ver en Europa entre los siglos IX y XIV no es propia de una sociedad oscura y triste.

Pero llegó la peste. En la segunda mitad del siglo XIV murió la mitad de la población europea y todo se hundió nuevamente en el caos, en uno mucho más breve. Para el siglo XV una nueva Europa está renaciendo de las cenizas de la peste; es en esa Europa donde veremos el gran auge de los comerciantes del Mediterráneo, de esa primera burguesía que comenzará a revolucionar todo el orden social. Junto con los mercaderes, y siempre en relación con ellos, en la Europa después de la peste veremos la aparición de las grandes dinastías y sus poderosos monarcas.

La prosperidad económica, derivada de la actividad comercial, fue la que patrocinó el arte del Renacimiento, con una característica fundamental: los artistas ya no dependían del apoyo de la Iglesia, hay grandes señores ricos dispuestos a patrocinarlos. Es la era de los mecenas. Este cambio en el patrocinador significó también una gran revolución en los temas.

El burgués y el aristócrata de los siglos XV y XVI se vieron a sí mismos viviendo en un mundo esplendoroso. Fue una época de gran optimismo tras haber sobrevivido al fin del mun-

do. Haber encontrado un continente y darle la vuelta al planeta fue interpretado por la gente de aquel tiempo como una prueba más de la edad dorada que estaba comenzando.

Entonces esa gente hizo sus versiones históricas, sus narrativas. Ellos mismos denominaron su época como *Renacimiento*, asumiendo que volvía a la vida el maravilloso mundo antiguo, y ellos mismos asumieron que los 1,000 años transcurridos entre la caída de Roma y su glorioso presente fue simplemente lo de en medio, lo oscuro, lo irrelevante.

Los hombres del Renacimiento hicieron —quizás inventaron— la trampa narrativa que han hecho todos los revolucionarios de la historia. Tiene sentido una vez que comprendemos que la burguesía es la clase revolucionaria por excelencia, y por lo tanto, el mundo creado por ellos está sustentado en la revolución. La trampa es contarte una historia donde exageras el pasado y el presente en direcciones contrarias.

Antes de nosotros todo estaba mal, muy mal, incompresible e irracionalmente mal. Todo era terrible, un panorama desolador que justifica cualquier violencia revolucionaria, dado que las cosas eran inconcebibles e insoportables. Hoy todo está mejor. Mañana todo será perfecto. Hoy es muy largo y mañana nunca llega porque el pasado siempre amenaza con volver, es la segunda parte de la trampa.

Los renacentistas burgueses tienen una versión de la historia. La versión en la que termina el dominio de la Iglesia, del ritual y del dogma, y comienza el mundo que construirán ellos, con nuevas ideas, que no son nuevas porque son retomadas del pasado grecorromano. Evidentemente, esta narrativa tendrá que exagerar mucho lo oscuro de los tiempos que acaban de ser bautizados como medievales, así como lo áureo y glorioso del mundo antiguo que ellos están haciendo renacer.

No es que no hubiera una crisis en el Imperio ruso de 1917, la mayor parte de dicha crisis causada por una guerra a la que el zar nunca debió entrar. Pero antes de eso Rusia era la tercera potencia mundial y la que tenía mayor índice de crecimiento industrial. Muchas cosas debían de ser corregidas y adaptadas a los nuevos tiempos, pero la retórica que hicieron los bolcheviques una vez en el poder, presenta la época del zarismo como la medievalidad rusa o algo peor.

Así ocurrió con los revolucionarios ilustrados a partir de 1789. Están cavando la tumba de la monarquía con la idea de establecer nuevos y mejores regímenes basados en nuevas y mejores ideas. Hay que hablar de la monarquía mucho peor de lo que fue. En el momento de querer romper políticamente con un pasado es necesario oscurecerlo un poco. Empantanarlo de ser preciso.

El Virreinato de la Nueva España no era el jardín del Edén, pero estaba lejos de ser el infierno y, desde luego, no era un reino oscuro donde un montón de españoles extraían oro y plata flagelando a sus esclavos americanos. Pero eso hay que decir si nos queremos independizar de ellos. Es lo mismo que en la democracia, si voy a contender en elecciones contra el otro, tengo que decir muchas cosas malas de él. La verdad no tiene nada que ver en eso. Los cristianos secaron el pozo, los judíos secaron el pozo, los comunistas secaron el pozo. La verdad es que el pozo ya estaba seco.

No deja de resultar interesante el paralelismo entre el Virreinato y el Medioevo. En ambos casos se habla del periodo como una edad oscura y en ambos casos esa oscuridad es un mito. Pero las dos narrativas son creadas por una elite aristocrática burguesa que pretende construir algo nuevo tras romper con el pasado. Desde un tiempo presente se asume ese momento como un renacer, una liberación, como un salir

de una etapa oscura para llegar a la luz, con un mítico pasado glorioso y superior como guía.

Yo, renacentista, establezco esta modernidad como un nuevo mundo, que se libera de la oscuridad medieval para buscar el futuro con los conocimientos del antiguo mundo griego. Yo, ilustrado francés, defino este momento como una nueva era de libertad, igualdad y fraternidad, que se libera de la oscuridad monárquica para establecer una utopía basada en Roma.

Yo, bolchevique, decreto mi revolución como gloriosa por liberar al pueblo del medievalismo oscuro del zar para guiarlo al futuro de un partido que, con Marx como pretexto, monopolizará hasta el conocimiento. Yo, progresista mexicano, presento mi propio presente al mundo como el despertar de un pueblo que rompe las cadenas del colonialismo virreinal español para entrar a una nueva era dorada guiada por la sabiduría de nuestros ancestros mesoamericanos.

CHOQUE DE CIVILIZACIONES

HEREJES, TERRORISTAS Y OTRAS ESTRATEGIAS PARA CONSTRUIR AL ENEMIGO

Roma cayó ante la fuerza de la historia, representada por hunos y germanos, y el último emperador huyó en el año 476. Dejó de existir el Imperio romano de Occidente, pero derivado de la fragmentación anterior, tenemos un Imperio romano de Oriente, con capital en Constantinopla, que aún tendrá un breve periodo de gloria antes de enfrentar su lenta y dolorosa decadencia, hasta llegar a su anunciado final en 1453. Toda su debacle estuvo relacionada con el nacimiento de una nueva potencia donde nadie lo hubiera esperado: en el desierto de los árabes.

A la muerte de Constantino *el Grande*, en el año 337, el imperio que había logrado unificar se dividió entre sus hijos, Constantino, Constancio y Constante. El próximo en lograr reunificar el Imperio fue Teodosio, el hombre que en el 380 estableció el cristianismo como culto oficial y único permitido. Al morir, en el año 395, lo dividió entre sus hijos. Honorio se quedó con el Imperio de Occidente y Arcadio con el de Oriente.

El Imperio de Oriente se defendió mejor en la era de la gran migración de los pueblos, gracias a que la geografía hacía más defendible un imperio cuyas fronteras a cuidar eran un mar (el Negro), una cadena montañosa (el Cáucaso) y un

río caudaloso (el Danubio). El Imperio con sede en Constantinopla, y al que llamamos coloquialmente *bizantino*, tuvo un breve auge a partir del año 457, bajo el reinado de León I, que se extendió hasta el reinado de Justiniano, entre el 527 y el 565, y se prolongó hasta el gobierno de Heraclio, proclamado emperador en el 610.

Ese mismo año, durante el mes de Ramadán, en el desierto de los árabes, el arcángel Gabriel se manifestaba ante el profeta Muhammad. No había forma de que nadie en el Imperio lo supiera, pero acababa de nacer la civilización que lo haría caer. Heraclio fue emperador hasta el 641 y, bajo su mandato, comenzó a ocurrir lo nunca antes pensado: los árabes salían de su desierto y atacaban tierras del Imperio en la provincia de Siria.

Constante II, emperador de Oriente del 641 al 668, tuvo el dudoso privilegio de ver el inicio del fin de una era. Las tribus árabes, unidas y organizadas por una nueva fe que no existía una generación atrás, tomaron Damasco, Jerusalén, Antioquía, Alejandría, y pusieron bajo asedio naval a Constantinopla en el año 655. Luchaban en nombre de Dios, pero su dios era el mismo.

La capital no cayó, pero terminaron los días de gloria de Constantinopla y su Imperio; el asedio del islam duraría por el resto de su historia. Los árabes conquistaron Siria y Egipto y llegaron por el norte de África hasta la Hispania romana tomada por los visigodos. Por el este conquistaron el Imperio persa y llegaron hasta la zona de los jinetes turcomanos del Asia Central; el imperio soñado por Alejandro se hacía realidad en los hijos de Ismael.

El asedio naval fue conocido como la batalla de los Mástiles, pues en ellos clavaron ambas flotas sus símbolos religiosos. La media luna del islam se enfrentaba a la cruz de los

cristianos, y el mismo Dios detrás. El ser humano siempre persiguiendo símbolos y otorgando un valor a esos símbolos, colocando incluso a Dios en ellos. Los árabes volvieron en el 667, 668 y 669, siempre con barcos que habían confiscado a los griegos en Alejandría.

Constantinopla dependía para su defensa de sus legendarias murallas, construidas en tiempos de Constantino, reforzadas por Justiniano y fundamentales para Constante. La ciudad se refugiaba tras ellas y atacaba con catapultas de fuego griego, una mezcla de petróleo, azufre, brea y cal. En el año 715 una flota de casi 2,000 barcos árabes comenzó una amenaza y asedio que se extendió en una serie de ataques a lo largo de tres años. Los musulmanes fueron derrotados el 15 de agosto del 718. La victoria se le atribuyó a la madre de Dios, por darse en el día de la Dormición.

Después de ese gran asedio, las inquietudes de los árabes se concentraron más tierra adentro, y la ciudad pudo descansar por un tiempo. El Imperio, de cualquier forma, era una sombra de su pasado, y la gran ciudad de Constantino, de medio millón de habitantes en tiempos de Justiniano, tenía menos de 200,000 pasando el año 1000. Entonces comenzaron a llegar a los turcos.

En el año 990, Selyuk ibn Duqaq, líder de una tribu turcomana del Asia Central, se convirtió al islam y junto con él todo su pueblo. La tribu, ahora de musulmanes, comenzó a penetrar en el gran Imperio islámico que se extendía desde Samarcanda hasta Tripolitania, y que era gobernado por la familia árabe de los Abasidas. El avance de los turcos no se detendría hasta llegar a Constantinopla.

Derivado de la impresionante fuerza de la historia, y de la infinita interrelación de causas y efectos, el avance de esos pastores nómadas del Turkestán hacia la zona persa del Im-

perio islámico está generando algunas de las causas del otro gran choque de civilizaciones que se dará del otro lado del mundo: la derrota de los mexicas en manos de los castellanos y sus aliados indígenas.

En el año 1055, Tugrul, hijo de Selyuk, tomó Bagdad, y el propio sultán abasida declaró a los selyúcidas como guardianes del Imperio. En el 1070, Arslan, hijo de Tugrul, tomó Jerusalén. Al año siguiente comenzó a conquistar territorio del exánime Imperio bizantino. Todo lo que dio origen a las cruzadas comenzó a moverse: instigados por el papa, en el año 1095 comenzaron a llegar tropas de guerreros cristianos que venían a liberar el santo sepulcro de manos de los infieles.

Doscientos años pelearon cristianos y musulmanes a partir de ese momento por el dominio de Jerusalén y tierras aledañas. Mientras todo eso pasaba, los mongoles que venían desde el norte de China tomaron Bagdad en 1258. Los musulmanes, con tropas comandadas por los selyúcidas, tuvieron una guerra en dos frentes.

Los cristianos terminaron de ser expulsados a fines de ese mismo siglo y los mongoles a mediados del siguiente. Ante el caos que tanta guerra dejó en el mundo del islam, una tribu establecida en Anatolia comenzó a ampliar su poder y sus dominios: los otomanos. En algún momento comenzaron a soñar en grande y se imaginaron tomando Constantinopla. Uno de ellos lo logró.

¿Cuándo comenzó este choque de civilizaciones que muchos se empeñan en ver como guerra santa? ¿Fue un choque de civilizaciones, una guerra santa o un choque de imperios que usaron la religión como pretexto? Desde luego, lo más importante es saber si comenzó ese choque con el mismísimo nacimiento del islam, y continúa hasta nuestros tiempos; o si es una narrativa que se puede usar hoy en día gracias a

que el islam como enemigo está arraigado muy profundo en el imaginario occidental.

El hecho de que la cristiandad, pilar de Occidente, haya tenido un choque de imperios legendario contra el islam sirve para instigar una narrativa bastante falaz y tristemente útil: el choque de civilizaciones. La idea de que dos colectivos humanos con ideas y visiones distintas están destinados a la guerra.

El musulmán como terrorista del que hay que defender al mundo libre es particularmente útil cuando los energéticos resultan estar en territorios musulmanes. Si todo lo estratégicamente necesario para Occidente estuviese casualmente en países budistas, Estados Unidos ya nos habría convencido con narrativas de que son satánicos y que meditar es su forma de comunicarse con el diablo. Por cierto, algunos fanáticos cristianos lo creen justo así. Los símbolos y las narrativas, clave de la inteligencia humana, nos pueden hacer también muy estúpidos.

Muhammad predicó la religión de Abraham, de la que eran herederos por vía de su primogénito Ismael, lo cual, desde luego, es una narrativa; habló de Isaac, de Jacob y de las doce tribus hebreas. Los musulmanes reconocen toda la cadena profética desde Adán, respetan religiosamente a Moisés y a Jesús, su libro sagrado cuenta la misma historia de la caída y el camino a la salvación, reconocen a judíos y cristianos como hermanos de fe, y Gente del Libro, es decir, con escrituras reveladas. Diferentes formas culturales para creer en el mismo Dios.

Si el musulmán cree en Dios como el cristiano, pero además cree en la misma historia, en los mandamientos de Moisés y en las enseñanzas de Jesús, en la Torá y en el Evangelio, igual que los cristianos; si creen en lo mismo, ¿qué los

hace distintos? Su narrativa. La forma en que interpretan y se cuentan la misma historia. Sus símbolos son diferentes. Con eso se mueven multitudes.

El cristianismo era la religión oficial del Imperio romano de Oriente que comienza a ser asediado por los árabes musulmanes. Son hermanos de fe, revelación y escritura. Pero no de territorio y recursos. El cristianismo griego llevaba seis siglos desarrollándose en el oriente del Mediterráneo, siempre fue de carácter más místico que el romano, con una gran carga de platonismo, además del inevitable sincretismo con cultos mistéricos del pasado, como el culto a Isis y a Mitra.

El Imperio de Oriente llevaba tres siglos siendo cristiano y se consideraba baluarte de la fe, que era, sin lugar a dudas, una de las principales preocupaciones también de todos los súbditos. El islam nació como religión que construyó sobre la marcha un imperio y lo legitimó en la religión que los impulsó a crearlo. Era la voluntad de Alá.

Constantinopla y su Imperio eran una civilización distinta a la cristiandad de Europa occidental, en ese lado del Mediterráneo se había fusionado una civilización mística pagana que luego se fue mezclando con el cristianismo que a su vez estaba impregnado de neoplatonismo, estoicismo y la veneración del *logos*, la divinidad primigenia de Heráclito que llegó hasta la cultura cristiana para ser fundamento de su escritura: en el principio era el *logos*.

La civilización constantinopolitana descansaba en la cultura griega y en la religión cristiana con una estructura romana; y esos pilares eran también la legitimidad del imperio. Los árabes no tenían civilización ni imperio. Se dieron una religión tomada de una tradición existente en su desierto desde 2,000 años atrás, y con ella como narrativa y como símbolo conquistaron el mundo y de pronto eran imperio.

Entonces comenzaron a construir civilización y tomaron de lo hindú, de lo cristiano, de lo griego y de lo persa.

Y tomaron territorio, porque no hay civilización sin recursos, y en el desierto no había casi nada. A la muerte de Muhammad en el 632, los árabes, ahora musulmanes, comenzaron su expansión. Lo primero que conquistaron fue la Mesopotamia que romanos y persas se venían disputando desde dos siglos atrás, después penetraron en el Imperio persa, que quedó completamente dominado para el año 657. Los persas, mazdeístas y mitraístas abrazaron el islam, y por ello esa conquista imperial no implicó choque, sino fusión de civilizaciones.

Del lado bizantino, los árabes arrebataron territorio, como Siria y Egipto, pero no conquistaron de momento la totalidad del Imperio, donde evidentemente no hubo una conversión masiva. Los grecorromanos se aferraron a su cristiandad y ése fue su grito de batalla contra los musulmanes. Ambos bandos se enfrentaron, con Dios como pretexto y bandera, durante 700 años. El conflicto siempre fue por territorio.

¿Cuándo comenzó la guerra entre cristianos y musulmanes? A finales del siglo XI llegaron hordas de cristianos occidentales a un Medio Oriente que llevaba cuatro siglos de época dorada en poder de los musulmanes. Conquistaron una porción de costa entre Jerusalén y Antioquía, y se aferraron a eso durante 200 años de cruzadas. Tras dos siglos de aventura fueron expulsados por los musulmanes.

Aquella era una Europa feudal cerrada en sí misma, muy lejos aún de su era del expansionismo. Ningún interés territorial o geopolítico de los señores de la cristiandad llegaba hasta Tierra Santa, como no fuera la legitimidad de proclamarse reyes de Jerusalén, y los musulmanes y los europeos no representaban una amenaza el uno para el otro. Sin em-

bargo, una serie de ejércitos de franceses y alemanes llegaron a atacar los dominios del islam.

¿Comenzó la agresión en las cruzadas, Europa contra el islam? A partir del siglo VII los árabes comenzaron una serie de asedios a Constantinopla, ¿contra quién se metían esos árabes?, ¿contra los griegos, contra los romanos orientales, contra los cristianos? ¿Quién se defendió: la cristiandad, Europa o el Imperio bizantino? Siempre está presente el tema de las identidades, y nada es más importante para la construcción de ese ego colectivo que la existencia del Otro.

Es importante recordar que toda identidad es ficticia, una estructura sociopolítica y cultural, una idea compartida. No es fácil construir identidades, no es fácil que personas distintas y distantes las unas de las otras se sientan parte de un mismo todo, para eso sirven las mitologías, las creencias, los rituales y los símbolos; pero la identidad termina de asentarse cuando descubro que compartimos ciertas ideas y valores fundamentales, y descubro eso hasta que dichos valores se ven amenazados por la presencia del Otro.

El de la otra religión, la otra tradición, la otra cultura, la otra raza, el otro pueblo, la otra familia, la otra escuela, la otra cuadra. Ante el miedo existencial buscamos desesperadamente grupos de pertenencia, pero nada motivado por el miedo sale bien y la única forma de construir una pertenencia es haciendo muchas exclusiones. Soy parte de eso y no soy parte de todo lo demás; por miedo me agrupo con éstos y juntos nos defendemos de los que por miedo se agruparon separados de nosotros.

Cuando los árabes asediaron Constantinopla en el 655, lo hicieron porque finalmente las tribus estaban unidas, y lo estaban gracias al islam; esa narrativa religiosa es lo que les daba identidad. Pero difícilmente pusieron bajo asalto la ca-

pital imperial por una motivación religiosa, mucho menos por una guerra santa. Es poco probable que vieran en los cristianos de Constantinopla otro religioso al cual imponerse. Los musulmanes sabían que eran hermanos de Libro con los cristianos.

Los habitantes de la ciudad definitivamente se identificaban como cristianos griegos —esa mezcla de cultura y fe sustentaba su identidad—, pero no se enfrentaron en guerra santa a las huestes atacantes. Para los constantinopolitanos eran árabes, no musulmanes, y los motivaba el saqueo y no Dios. Con más poder y recursos que antes, los árabes hacían lo que habían hecho desde tiempos inmemoriales: saquear. Antes estaban divididos en varias tribus que se despojaban entre sí, pero ahora eran una sola tribu.

Conforme las noticias de la existencia y contenido del islam llegaban a Constantinopla, los eruditos no podían estar más de acuerdo: no se enfrentaban a otra religión, sino a una herejía del cristianismo que había cundido entre los árabes. Ésa era la visión. En los primeros años de invasiones, de hecho, muchos cristianos unitarios, de una serie de sectas místicas que no creían en la trinidad, así como otros grupos herejes que no reconocían la divinidad de Jesús, se convirtieron al islam. Era mucho más sencillo ver las similitudes que las diferencias.

Para los poderosos las diferencias son fundamentales, son la materia prima de la otredad y la argamasa de la identidad. Lo dijo casi un milenio después, pero también refiriéndose a los musulmanes, el politólogo Samuel Huntington: "sabemos quiénes somos cuando sabemos quiénes no somos y contra quién estamos". También dijo que el momento de oro de la identidad norteamericana fue después del 11 de septiembre.

Un Otro fuerte y poderoso presentado como un monstruo crea el Nosotros perfecto, lleno de miedo y, por lo tanto, de la irracionalidad que los líderes están necesitando. Dominado por el miedo, el individuo pierde sus capacidades críticas y se entrega a la multitud, que se entrega al líder, quien en general se entrega a sus vicios y debilidades.

Durante la primera era de asedios árabes, la población de Constantinopla vio simplemente los ataques de los bárbaros. Conforme esa nueva religión va creciendo, se va asentando, creando y expandiendo un Imperio que rodea cada vez más la cristiandad; se hace menester conocer más sobre ellos. El detalle es que los humanos nos acercamos al conocimiento de lo ajeno de muy mala manera: sometiéndolo a juicio al compararlo con lo que nosotros ya sabemos: la verdad.

Voy a tratar de conocer el islam viendo si ellos creen exactamente lo mismo que yo, si se cuentan del mismo modo la misma historia, si construyen igual los templos y llevan a cabo en ellos los mismos rituales. El veredicto no puede ser más sencillo: los musulmanes están equivocados de lado a lado. Son, por lo tanto, herejes o blasfemos, demonios o anticristos, o sabrá Dios qué cosa hay peor. El Otro siempre está equivocado. ¿Cómo podría yo estar mal?

El primer encuentro entre huestes de las dos religiones que puede ser considerado como una guerra santa es efectivamente la cruzada. Con Dios como pretexto fueron convocados los guerreros, el santo sepulcro como objetivo, acabar con el infiel como aliciente, la promesa del cielo como premio, quedarse con el producto del saqueo como verdadera recompensa. Pero por Dios fueron convocadas y sagradas, así que se esgrimió su motivación. Dios iba en cada uno de los cruzados, en sus esperanzas, en sus oraciones, en sus escudos. Del otro lado no había una guerra santa: los musul-

manes se defendían de una horda de invasores que les querían quitar sus tierras. Ya con la señal de la cruz clavada en las costas del islam, los musulmanes comprendieron también lo sagrado de la guerra.

Dos guerras santas en los dos extremos del mundo del islam crearon dos grandes imperios, sustentados cada uno en su propia versión del mismo Dios. Cristianos, musulmanes y mongoles pelearon en Asia, y todo eso fue eslabonando una serie de causas y efectos que desembocaron en el Imperio otomano. Cristianos y musulmanes pelearon en la Hispania romana, y el incontenible fervor de los guerreros cristianos hizo desembocar todo eso en el Imperio español.

En la actual narrativa española se habla de que los árabes conquistaron España y se mantuvieron en ella durante 700 años, hasta que finalmente fueron expulsados por los castellanos, andaluces y aragoneses que reconquistaron el reino. Es una versión muy parecida a la de los mexicanos, donde España conquistó México y se mantuvo en él durante tres siglos hasta que fueron echados por los mexicanos. Ambas versiones son simplistas y falsas.

Cuando cayó el Imperio, la Hispania era una de sus más prósperas provincias, con presencia de romanos desde hacía 700 años. Roma dejó en la península su estructura legal, sus ciudades y acueductos, su lengua y, ya en los últimos años, su religión. Esa religión, arraigada cuando un grupo con otra religión conquistó el territorio, creó al otro perfecto que terminó por definir a España: si no somos lo musulmán, somos lo cristiano.

Complicado lo tiene el mexicano que comenzó su vida independiente separándose de España y, por lo tanto, estableciendo como el Otro al español. En esa trampa narrativa cayó toda la América hispana. Yo no soy el español, aunque lo

pienso en español, desde países barrocos, neoclásicos y católicos rebosantes de hispanidad.

Si yo no soy el español sólo puedo ser el indio, sólo que no lo soy, pero me digo que sí, y me cuento que fue aniquilado por el español, y me cuento ese cuento en español, y en el fondo sé que soy el español que mató al indio. Pero también soy el indio matado por el español. Un *laberinto de soledad* lleno de *mariposas amarillas.*

Tras muchas invasiones de pueblos germánicos, fueron los visigodos los que para el año 500 tenían control del territorio. Los reyes visigodos se convirtieron a la religión de la población. Ese reino cristiano visigodo, que no era España, no aún, no del todo, fue invadido por 11,000 jinetes árabes y bereberes llegados del norte de África que lograron imponerse y unir política, cultural y religiosamente el territorio al mundo musulmán.

No hay una reconquista de España porque el país no existía, así como no hay siete centurias de guerra santa. Hay incontables batallas entre una multiplicidad de reinos y feudos, unos cristianos y otros musulmanes, que se arrebataban territorio unos a otros, a veces ni siquiera con Dios como pretexto. Un entorno de señores de la guerra.

Pero a partir del siglo XII, el reino de Castilla fue despuntando entre los otros reinos cristianos y comandó una alianza con León, Portugal y Aragón para atacar juntos a los musulmanes en el año 1212. Esa fue una guerra santa. Dios fue la motivación, el símbolo y la narrativa en ambos frentes de la batalla de la Navas de Tolosa. Había que crear un reino y nada como tener que luchar contra el Otro para lograrlo. Se transforma entonces en una cruzada personal y en una extensión de la batalla metafísica del bien contra el mal.

Del lado oriental del Mediterráneo los turcos otomanos fueron conquistando los despojos del Imperio romano de Oriente a partir del año 1300. Para 1453, Mehmet II entró triunfante a una desolada y prácticamente deshabitada Constantinopla, defendida tan sólo por 11,000 guerreros. Nació el Imperio otomano, por gloria y voluntad de Alá, y existió hasta que cayó en la Primera Guerra Mundial contra los cristianos, que para aquel entonces ya renegaban de su cristiandad.

Del lado occidental del Mediterráneo, Castilla y Aragón se expandieron hasta el sur de la península y la presencia del islam se vio reducida a un pequeño reducto en torno a la ciudad de Granada. En 1492 el reino nazarí de Granada no pudo más y se entregó a los Reyes Católicos. Por la gracia de nuestro señor Jesucristo había nacido España, que por vicisitudes de la historia, 30 años después ya era un imperio global.

Alá guio a los otomanos en la narrativa de los turcos, y el Otro al que derrotaron era el cristiano, cuyo Imperio decadente representaba una fe que había nacido como verdadera, pero se enfrentaba también a la decadencia. Era una guerra santa. El islam era la última revelación de Alá, y era Su voluntad que se extendiera por el mundo.

Dios guio a los cristianos en la narrativa castellana, y el Otro al que derrotaron era el musulmán, cuya falsedad en la fe se hacía evidente en su pérdida de poder. Era una guerra santa. El cristianismo católico era la única verdad, y Dios y el apóstol Santiago, la virgen y Jesucristo hacían nacer a España para extender la verdad por todo el globo. Con Dios como idea principal, y la idea de la expansión de la fe, se argumentaron y justificaron conquistas.

Hablando de otros y de narrativas, en 1517 Lutero escribió 95 tesis contra la venta de indulgencias y comienza la Reforma protestante, cuatro años después ha partido Europa a la

mitad. La Conquista de Tenochtitlan será presentada como el plan de Dios, con almas nuevas en el nuevo mundo para restituir las que se perdían por el hereje de Lutero.

Con Dios como argumento central salieron unos 250 peregrinos puritanos de Inglaterra y Países Bajos para crear una nueva sociedad en el Nuevo Mundo, lejos de la decadencia del viejo. Afortunadamente, Dios había guiado a los avariciosos españoles a las tierras que tenían oro, y así preservó para los calvinistas puritanos la verdadera fe, el norte del continente para que fuera su nueva tierra prometida. Dios siempre está con uno, nunca con el otro.

Los calvinistas anglosajones que se establecieron en el norte desarrollaron un fuerte sentido de identidad, principalmente religiosa. Como toda identidad necesita una otredad, no tardaron en encontrarla. Los indígenas norteamericanos eran una buena opción: los salvajes incivilizados y paganos que impiden la expansión puritana determinada por Dios; pero otro enemigo fue el que ocupó el lugar de honor: los españoles católicos que conquistaron el resto del continente: los papistas.

Los estadounidenses se convirtieron en los máximos expertos de la otredad: los indios que usurpaban su paraíso, los españoles que promovían una fe falsa, los ingleses que los oprimían, los mexicanos que eran los herederos de la corrupción española, los españoles que oprimían la Cuba que los gringos estaban llamados a liberar, los alemanes que querían conquistar el mundo, los alemanes nazis que buscaban revancha, los soviéticos que también querían conquistar el mundo, los comunistas enemigos de la propiedad privada, los musulmanes que odian la libertad.

Vamos nuevamente en la más actualizada versión de los rusos: Putin como el nuevo Hitler en los prolegómenos de la

conquista de Europa. La agresión inesperada del nuevo zar de todas las Rusias, en tiempos de absoluta paz y colaboración, obligó a Estados Unidos a desplegar su maquinaria de guerra, una vez más, para defenderse a sí mismos, o a los inocentes y oprimidos, del yugo del mal. Como en cada guerra.

Desde 1803, Estados Unidos comenzó la construcción, aún en marcha, de un imperio que en aquel tiempo se creía panamericano, pero que, con el paso del tiempo y el desarrollo de la tecnología y la comunicación, adquirió una vocación planetaria. Desde esa fecha, entre compras, negociaciones y guerras, han consolidado su dominio sobre el mundo. Siempre usaron narrativas, símbolos, y siempre construyeron al Otro.

La construcción del Otro comenzó con el nacimiento mismo del país. En 1783, Inglaterra reconoció la independencia de sus colonias, unidas en un solo país cuyo territorio llegaba hasta el lado este del Mississippi. Del otro lado era la Luisiana, y para ese momento histórico era territorio español, como el resto de la América a partir de ese punto.

Además, estaba el nativo americano, que habitaba precisamente al otro lado del río, porque ya había sido previamente empujado hasta allá por los colonos anglosajones. Esos nativos fueron el primer Otro del estadounidense; el primero en el que se trabajó para ser inculcado en la mente de la población como el ajeno, el peligroso, el que representa lo contrario a lo que somos.

Trece colonias habían formado un solo país. Antes de eso, cada una de ellas tenía más contacto comercial con Inglaterra que éstas entre sí. Cada comunidad surgió en diversos momentos históricos entre 1609 y 1750, con distintas ideas y valores, diferentes vicisitudes que las llevaron al otro lado

del océano a comenzar de nuevo, y de diversos orígenes: ingleses, escoceses, irlandeses, neerlandeses, alemanes y franceses. Había luteranos, calvinistas, puritanos, cuáqueros, evangelistas, episcopalianos, anglicanos, judíos y hasta católicos. Con ese rompecabezas, la invención del Otro era una necesidad fundamental para construir la identidad.

Si todos le temen al indio, todos asumen intrínsecamente que algo los hace iguales entre ellos, y a todos juntos distintos del Otro. Ese algo también debe ser construido. Pero el indio sólo amenazaba las fronteras lejanas y en ningún sentido podía ser una oposición al proyecto divino de la nueva nación. Ese proyecto divino también fue construido: la idea de ser un nuevo pueblo elegido de blancos anglosajones y protestantes, con un nuevo pacto con Dios: civilizar al mundo, y con una nueva tierra prometida para llevar a cabo la misión divina: América. Se le llamó *destino manifiesto*.

El pueblo elegido tenía una misión sagrada y para cumplirla tenía que tomar posesión de su tierra prometida: América. Pero Dios siempre pone retos y había un demonio que derrotar: los españoles. A partir de Luisiana eran católicos, papistas, como les decían todos los cristianos de la Reforma, los de la iglesia impura que corrompió la enseñanza de Jesús. Además, eran hispanos y no anglosajones.

Contra el blanco, anglosajón y protestante, pueblo elegido de Dios, se presentaba el hispano, mestizo, católico, inferior en raza y errado en fe, símbolo de todas las vilezas. Era parte del destino manifiesto de este nuevo pueblo de Dios erradicar al demonio español, ir poco a poco echándolo de la tierra prometida hasta tomar posesión de ella. Nuestra confederación debe ser vista como el nido desde el cual se va a poblar toda la América, la del norte y la del sur. Así resumió Jefferson el destino y la tierra prometida de Su nuevo pueblo.

Todo lo anterior está en los cimientos del pensamiento y doctrina fundacional de los padres de la patria estadounidenses es parte de la ideología en la que se sustenta la existencia misma del país. Esa esencia sagrada, mancillada, es lo que reclaman muchos grupos ultraconservadores de hoy. La narrativa imperial es sustento de Estados Unidos.

Cuando de la disgregación de Nueva España emergió México, los mexicanos ocuparon el lugar de los españoles en la misma narrativa, con carga extra de racismo, ya que no se hablaba de latinos, sino de mestizos. Ese pensamiento estuvo detrás de la guerra contra los Estados Unidos, a la que entraron, por cierto, fingiendo un ataque; y esa guerra es el origen de su Imperio.

El nativo, el español y el mexicano. He ahí a los primeros Otros construidos por los estadounidenses en el imaginario colectivo. Aquí comienza para ellos el choque de civilizaciones, porque en dicha narrativa queda muy claro cuál es el destino que está manifiesto. Hay una tierra prometida, que es la totalidad del nuevo mundo. Toda la América como mundo resguardado por Dios desde el inicio de la historia, para que pudiera ser tomada en algún momento por su legítimo pueblo elegido: los blancos, anglosajones y protestantes.

La tierra prometida estaba lista para recibir a su pueblo elegido, pero se adelantaron los españoles, que llegaron primero y conquistaron América, pero sin justo merecimiento, tanto por ser papistas, como por su origen hispano, y el hecho de que se precipitaron sobre el Nuevo Mundo tan sólo por voracidad, por su codicia de oro que los llevó incluso a mezclarse con la población originaria y contaminar más su ya de por sí decadente estirpe.

Por eso los españoles podían y debían ser expulsados de América, y sus descendientes en suelo americano, sometidos. La narrativa fundacional de Estados Unidos fue hacer de la conquista de toda América un imperativo, ético, moral y religioso. Una misión sagrada.

Por supuesto, lo más terrible de toda la anterior versión de los hechos, con mucha intolerancia y absoluto racismo, es que hasta la fecha es uno de los pilares de esa narrativa que algunos han denominado "leyenda negra": una narrativa construida por ingleses a lo largo de los siglos XVIII y XIX contra España, el Imperio contra el que lucharon 300 años hasta destruirlo por completo.

Esa narrativa antiespañola, creada por ingleses por motivos de choque de imperios, fue heredada por estadounidenses contra hispanoamericanos; y esa narrativa, esa leyenda negra, está metida muy profundo en la mentalidad de los propios países de la América Hispana hasta hoy. Esa América, que es hispana y no latina, ha construido con ese argumento muchas narrativas en contra de sí misma del siglo XIX en adelante.

En el amanecer del siglo XX Estados Unidos ha decidido entrar al juego de las potencias y sus intereses están directamente relacionados con los de Inglaterra y, a través de ésta, con los de Europa. En el momento de elegir bando, la postura de los estadounidenses fue muy clara: con el poder dominante de Inglaterra y contra el poder emergente de Alemania. Así fue la primera mitad del siglo XX.

El alemán es el primer Otro del estadounidense que aparece en un cómic cuando el Capitán América surge en la industria cultural dando un puñetazo a Hitler en la portada del ejemplar número uno. A partir de ahí todos aparecerán, por-

que esa industria de entretenimiento resultará ser la mejor forma de construir las otredades. El nazi, el soviético, el chino, el terrorista musulmán; todos desfilan por libros, películas, series, caricaturas.

El Otro debe representar lo que yo no represento, así es que el alemán representó el rol de la tiranía, lo cual permite al Yo que estamos afianzando presentarse como la *libertad* (otra palabra muy abstracta que terminará englobando e incluyendo *democracia*, *capitalismo* y *liberalismo*).

Al emerger como potencia victoriosa tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos comenzaba la era de su expansión global; pero como con el español y América, el mundo también tenía un enemigo indeseable: el comunista soviético, la etiqueta que en ese tiempo tuvo el ruso. El ruso, el soviético, el villano que quería conquistar el mundo por maldad, fue el protagonista principal de las historias y las narrativas durante 50 años.

Cuando la Unión Soviética cayó y Estados Unidos surgió glorioso de esa Guerra Fría, para ahora sí imponer su civilización en todo el mundo, y cumplir al fin el designio divino y el destino manifiesto, hacía falta mucha energía, mucho combustible que, a la vez que construye y empodera civilizaciones, genera mucho dinero…, y éste se encontraba en países del islam… justo cuando hacía falta un enemigo que sustituyera al soviético derrotado.

El imperio estadounidense no ha dejado de invadir o someter, de alguna u otra forma, a todos los países del islam que ha necesitado, y la narrativa es que fueron los terroristas musulmanes a lo largo y ancho del globo. Así fue hasta que los intereses imperiales se depositaron en Ucrania, y la nueva narrativa nos regresa con un viejo conocido que haría temblar a cualquiera: los rusos.

Es muy fácil construir al Otro en el imaginario colectivo, y es fácil porque toda su construcción se sustenta en el miedo. El Otro se convierte en un símbolo de lo malo, un símbolo que mueve emociones negativas, uno que puede llevarse hasta la irracionalidad. El Otro puede fortalecer una identidad y también someter a una multitud.

Hay unos 1,800 millones de musulmanes en el mundo hoy en día. La religión más grande, la que más crece, por reproducción y por conversión, la que no tarda en ser la religión que abarque al 35% de la humanidad. El 99.99% de esos musulmanes, quizás un poco más, no son terroristas, pero el concepto del musulmán como alguien por lo menos sospechoso está presente en todo el mundo occidental.

Fue fácil para Estados Unidos dejar establecida como verdad una narrativa en contra del islam. Son muchos y crecen, se acercan a nosotros, son diferentes, creen en otras cosas, tienen costumbres distintas, no piensan que Jesús es el hijo de Dios, rezan demasiado, se postran. Es decir, todo lo que para ese inmenso colectivo es lo normal precisamente es con lo que a uno, que vive de este lado del mundo, le provoca miedo; con la normalidad del Otro.

El Otro es el fundamento del yo, nos ha determinado siempre, nos ha marcado, ha simbolizado los antivalores y, por lo tanto, la lucha, mis valores y mi causa, en qué creo y en qué no. Qué me define y qué no. ¿Quién soy yo? El Otro es un componente esencial de la estructura psicológica de cada individuo.

Es fácil inculcar el miedo al Otro en todo un colectivo, porque cada uno de los individuos que lo componen fueron educados y formateados con base en la construcción de ese Otro para definir al yo. Nos agrupamos y dividimos para todo, creamos grupos de identidad y pertenencia a los que nos

adscribimos, y procuramos que nuestros hijos se adscriban a esas mismas identidades, finalmente las correctas.

La etiqueta del otro resguarda nuestros valores en un recoveco imaginario de nuestra mente. Yo soy parte de la batalla entre el bien y el mal, y es siempre el Otro el que está en el lado oscuro de la fuerza. El Otro nos da sentido, por eso es tan sencillo manipular a los individuos con la estrategia de la construcción de Otros.

Hoy en día vivimos en la industria del Otro. Día con día nacen unos y otros movimientos, con tales y cuales causas, promotores de esta o aquella revolución, detractores de una o de otra felonía, acusadores de una nueva injusticia, real o imaginada, descubridores de un nuevo género, real o imaginado también. Todos construyen otredades, todos están siempre en pie de lucha, y sólo hay lucha si existe el Otro, y sólo hay causa si tenemos lucha. *Hágase el Otro.*

Y así nos construimos oposiciones ante todo, incluso ante la realidad. Construimos al Otro en lo religioso, como desde siempre, no soy lo uno porque soy lo otro; en lo nacional, no soy de esta tribu porque soy de esta otra; en lo social, estoy en esta clase y tú en otra; en lo sexual y de ahí al infinito.

También construimos al Otro en nuestra narrativa personal. Es tan ficticio como el terrorista, el apóstata y el hereje. Es importante encontrar al Otro o los Otros que hayamos construido, y les hayamos dado por añadidura parte del poder de definirnos, y verlos de frente. Mirarlos de una manera diferente; si buscas la humanidad en el Otro, terminas por encontrarla en ti mismo y el Otro desaparece para siempre.

EL MOMENTO MÁS TERRIBLE DE LA HISTORIA

NARRATIVAS PARA JUSTIFICAR LA MEDIOCRIDAD

El 13 de agosto de 1521, un ejército y una turba terminaron de vencer las defensas de una ciudad y penetraron en ella. Dos años antes, en sus días de gloria, aquella capital tendría unos 100,000 habitantes, y otro tanto en su entorno cercano. Dominaba una cuenca lacustre con una docena de ciudades pequeñas y medianas, todo eso en un valle elevado en un macizo montañoso, al centro de un espacio de civilización que había vivido aislado del resto del mundo hasta ese momento en la historia.

Visto desde lo alto, con un panorama global y esférico, nadie hubiese concedido demasiada importancia a que una horda de guerreros tomara por asalto la ciudad de sus opresores, en una civilización de Edad de Piedra que no tenía contacto con ninguna otra civilización. Pero en medio de los 100,000 guerreros que tomaron la ciudad de los mexicas, había unos mil que venían del otro lado del mar. Ese detalle hizo de la caída de Tenochtitlan el evento más importante de la historia hasta ese momento y, por lo menos, por 500 años más.

Hablando de narrativas falaces con el objetivo de despertar oscuras pasiones, hemos llamado a ese evento la *Conquista de México*. Como si la caída de una ciudad hubiera significado la toma de todo un país, como si aquello conquistado

hubiera sido un país, como si México hubiera existido en aquel entonces, como si España ya hubiera nacido para poder "conquistarnos"..., pero ese discurso de odio contra nosotros mismos anida en el corazón de los pueblos de toda la América hispana; y eso, en definitiva, no es casual ni mucho menos inocente.

Sin la presencia de los castellanos nada ahí habría sido trascendente en el devenir de la historia humana. Si los tlaxcaltecas, los texcocanos, los cholultecas, los huexotzincas y los cempoaltecas hubiesen tenido las condiciones adecuadas para tener el contacto suficiente que les permitiese urdir un plan para derribar de su poder a los mexicas, y lo hubiesen logrado, y el 13 de agosto de 1521, o cualquier otro día, hubieran tomado Tenochtitlan sin la presencia de los extranjeros, nada hubiera cambiado.

Era imposible que se hubieran dado las condiciones para que todos esos pueblos se unieran, y si hubiera ocurrido sin la presencia europea ahí, hubiera sido otra caída de una ciudad gobernante, una más. Irrelevante. Europa comenzaba su conquista del mundo. Por eso las versiones comunes de la historia son eurocéntricas. Puede resultar chocante para muchos, pero es una visión fundamental para comprender el mundo moderno y la era global. Un mundo construido y diseñado por Europa, con lo bueno y lo malo.

La caída de Tenochtitlan, y el fin de la tiranía mexica sobre los valles centrales de Mesoamérica, ocurrió como cualquier otro fenómeno y acontecimiento: porque se reunieron todas las condiciones para que pudiera ocurrir. Uno de esos elementos fue la presencia de Hernán Cortés y sus hombres, que a su vez ocurrió por toda una serie de causas y efectos en el pasado hasta un momento que nunca se puede determinar. Están ocurriendo todos los efectos que han sido causa-

dos; esa inercia del pasado, esa fuerza de la historia, es incontenible.

Sin castellanos no hubiera caído Tenochtitlan, y sin ellos esa caída hubiera sido irrelevante. Pero esos conquistadores son la fuerza de avanzada de la historia. No es que ellos decidieran estar ahí, es que ese papel les tocó protagonizar en el teatro casi infinito de la historia. Están ahí porque hasta las islas del Caribe llegó Castilla, con el impulso de una guerra santa que arrastraba 700 años de inercia de luchar contra los musulmanes, y que fue imposible extinguir con la caída de Granada en 1492.

Cayó Granada y se acabó la Reconquista. Esa gran gloria de Isabel, y vamos a decir que de Fernando, se puede convertir también en su más terrible problema y desafío, como la caída de la URSS para los estadounidenses. Nunca es fácil perder al enemigo. En enero de 1492 Castilla había llegado hasta el final de la península que le pertenecía por derecho, según la narrativa de Castilla, pero el impulso de grandeza vibraba, era incontenible y podía llegar a ser incontrolable. Antes de que ese mismo año terminara llegaron al Nuevo Mundo, que evidentemente, era nuevo sólo para ellos.

El impulso y el fervor fueron encauzados hasta el otro lado del océano, y mientras Castilla se expandía hacia otro continente, iba naciendo lentamente España, una que en su momento llegó hasta el puerto de Acapulco para extenderse de ahí hasta las Filipinas. Ese impulso comenzó en Asturias en el año 718, cuando los guerreros cristianos pusieron alto a la expansión de los musulmanes, que apenas siete años atrás habían cruzado desde África.

Siete siglos se disputaron la península los cristianos y los musulmanes, y mientras del lado oriental del Mediterráneo nació por voluntad de Alá un gran imperio musulmán que

abarcaba tres continentes, del otro lado del mismo mar nació por voluntad de Dios un gran imperio católico que atravesaba un océano. Así más o menos terminó el reparto divino del mundo que significó, según todas las narrativas actuales, el fin de la Edad Media.

El impulso que lleva a los cristianos de la antigua Hispania romana a cruzar el océano y colonizar todo un continente viene entonces de 700 años de guerra santa, y trae el impulso de los guerreros cristianos visogodos y de los imbatibles jinetes árabes. Los visigodos traen toda la fuerza de la gran migración de los pueblos que están dando a Roma el estoque de muerte, mientras los árabes traen el impulso de una civilización naciente que ha encontrado combustible en su visión de Dios.

Y la gran migración de los pueblos, que culminó en la caída de Roma, se dio porque mucho tiempo atrás los chinos salieron a perseguir a tribus turcomanas del Asia Central que causaron un efecto dominó. Y el islam nació porque Dios mandó al arcángel Gabriel, o porque el Imperio persa estaba comenzando la invasión de la península de los árabes, a los que era necesario unir, lo cual se logró gracias a la prédica del islam, con base en las tradiciones judías y cristianas que por otras razones de la historia eran muy conocidas en aquel desierto.

Es decir que todo está relacionado con todo a unos niveles prácticamente infinitos. Esa intricada red de causas y efectos, de acontecimientos y sus consecuencias, hace que cada acontecimiento sea prácticamente igual de importante que el otro como causa de cualquier momento histórico.

Es decir, ¿sin los mexicas no habría existido México? En efecto, pero tampoco sin el Descubrimiento de América y la Conquista; no sin Cuauhtémoc pero tampoco sin Cortés;

tampoco sin la existencia de Muhammad o las invasiones de Gengis Kan, no sin Carlomagno y sin Atila y, desde luego, no sin la caída de Constantinopla. Que se conozcan los 1,024 ancestros que hay diez generaciones arriba de mí es igual de importante que el encuentro de mis padres para el hecho de que yo exista. No puedes quitar nada del pasado.

La trampa del hubiera es una prisión que puede conducir a un individuo, o a todo un colectivo, a vivir sumergido en la melancolía, en su *laberinto de soledad*, en su tristeza, la depresión de saber que, estando destinados a la mayor de las glorias, todo nuestro futuro y nuestro destino nos fue arrebatado por el acontecimiento más terrible de la historia, cuando un puñado de miserables e ignorantes buscadores de tesoros, guiados por un barbaján deforme, jorobado y sifilítico, llegaron a saquearnos… cosa que lograron gracias a una maldita casta de traidores asentados en Tlaxcala.

Lo terrible de esta versión de la historia es que tanto el puñado de miserables como la casta de traidores son nuestros ancestros. Así de profundo nos odiamos. Por el otro lado, honramos, a unos niveles de fanatismo psiquiátrico, a un pueblo que hacía sacrificios humanos, canibalismo ritual, que conquistó y saqueó Mesoamérica y que mantenía en la más terrible opresión a todos los pueblos. Los que extraían 30,000 corazones al año son los buenos de la historia.

El *hubiera* te arrebata todo tu poder, porque el mensaje intrínseco que te das a ti mismo es un razonamiento infantil: las cosas están mal, eso es culpa de las cosas, del mundo. Las cosas van a seguir mal porque el mundo sigue en mi contra y parece que así seguirá. Yo no voy a cambiar porque yo estoy bien así como estoy. Las cosas serían diferentes, y yo sería muy feliz, si algo que ocurrió hace 500 años no hubiera ocurrido. Dato importante, más ahora que conocemos la red de

la historia: sin el evento de hace cinco siglos, el quejoso que está ahí para quejarse no estaría ahí.

El *hubiera* te condena, porque con esa trampa narrativa te haces pensar que no tienes poder sobre tu vida y tu existencia, porque lo que te condena es un evento terrible del pasado contra el que no puedes hacer nada. Puedes señalarlo, culparlo puedes incluirlo a la historia que te cuentas de ti mismo como la fuente de todas tus derrotas, pero lo que no podrás hacer es trascenderlo. Estás condenado a la esclavitud. Es como ir al psicoanalista sólo para dejar caer la culpa sobre tus padres, pero no hacer nada para superar los traumas y complejos relacionados con ellos.

Si es un acontecimiento del pasado lo que te ha marcado, no hay nada que hacer, dado que es imposible viajar en el tiempo, y en definitiva no existe la posibilidad de cambiar los acontecimientos una vez que han ocurrido. Lo pasado ya pasó. *Consummatum est.* Los estoicos llevan diciéndolo unos 2,000 años. Afortunadamente, lo que marca y determina a individuos y a pueblos no son los hechos del pasado, sino las interpretaciones emocionales que uno ha depositado en los hechos. Y eso sí que se puede cambiar.

Es muy común usar la historia para justificar el presente, no necesariamente para entenderlo. Yo soy como soy y no voy a cambiar. Y soy como soy por mi historia personal. Mi historia personal tampoco puedo cambiarla, y por eso soy el que soy. Puede cambiar el mundo si quiere, puede cambiar la realidad para adaptarse a mi visión, pero yo estoy bien. Con diferentes matices, ése es el comportamiento fundamental de todos los egos.

Soy el que soy significa, en realidad, soy el que he construido; es decir, soy la historia que me he contado. Pero como la inmensa mayoría de los humanos vive bastante sumer-

gida en la inconsciencia, los individuos no se dan cuenta de que la historia que se cuentan tiene muy poca relación con la realidad; y que es dicha historia la que constituye nuestra construida realidad y nos marca. Todos tenemos un mito de nosotros mismos. Si somos absolutamente plenos, ese mito es perfecto; si no es así, hay que escribir otro.

Construir una narrativa para exponer, explicar y hasta justificar lo que somos está bien, a nivel individual y en el colectivo, es un mecanismo psicológico natural. Pero la narrativa que me permite habitar el momento presente debería estar diseñada para servir de ayuda en el difícil arte de trascender el pasado y tener un mejor futuro. En México, la narrativa con la que exponemos el presente culpa de todo al pasado, deposita el origen de todas las desgracias en un pecado original inexpiable, nos arrebata cualquier control sobre el presente, y condena nuestro futuro. Ese es el poder destructor del hubiera.

El hubiera te dice que tu sufrimiento y tus penas, tus traumas, complejos y limitaciones, tus incapacidades y, de una vez, tu indisciplina, y ya entrados en gastos todos tus defectos de carácter, son culpa del mundo y de las circunstancias. Eres así porque las cosas fueron como fueron y son como son. La absoluta responsabilidad y todo el poder recae en "las cosas".

Si "las cosas", así de poderosas como son, hubieran sido distintas, entonces yo sería diferente. La mejor versión de mí es la que hubiera existido si las cosas hubieran sido diferentes. Con las cosas como fueron, esto fue lo que salió. Pinches cosas. No es mi culpa. Yo no soy el responsable de mi vida…, ay, si todo hubiera sido distinto.

Y si se hiciera la magia y de pronto todo fuera distinto, al quejoso en cuestión le seguiría yendo muy mal, y sería así

porque con las cosas distintas, él, donde resida el problema, seguiría siendo él mismo. La trampa del hubiera te exime de toda responsabilidad, pero te imposibilita por completo, te convierte, como el pueblo mexicano, en un discapacitado existencial.

Si todo fuera distinto yo sería feliz. Ésa es la mentira que más te puede condenar a una vida sin sentido ni significado. Si todo hubiera ocurrido de la otra forma, no con la tragedia que marcó tu vida para siempre, sino de cualquiera de las otras mejores formas que puedas imaginar, serías infeliz y también culparías al mundo y sus circunstancias, pensando que todo hubiera sido mejor si hubiera sido diferente. Ésa es la trampa narrativa en la que cayó México.

No ayuda, desde luego, la narrativa de la leyenda negra; pero lo verdaderamente incomprensible es que un pueblo, y hablamos de toda la América Hispana, compre y prefiera la versión de los hechos en la que aquellos son los malos, el ladrón descendiente de ladrones, el producto de aquel malhadado acto de bandidaje que perpetraron los españoles motivados por su ambición. Hemos tomado como buena la peor versión; esa que sólo puede generar odio contra nosotros mismos…, esa que contaron los anglosajones.

EL MITO DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Y LA TRAICIÓN ESENCIAL DE TODAS LAS REVOLUCIONES

Era la mañana del martes 14 de julio de 1789 y nadie en París hubiese podido saber que era el primer día de una nueva era. No lo fue en realidad. El día comenzó con bullicio a causa de los rumores; el rey estaba preparando un ejército para atacar a su propio pueblo, por el delito de tener hambre y salir a exigir pan. La humillación final había venido de parte de la reina María Antonieta, cuya burlona frase ya corría de boca en boca por las calles de la capital: "Si no tienen pan, que coman pasteles".

El hambre, la indignación y el miedo se juntaron, hasta que el pueblo, como un solo ser —mentira que nos cuentan de cada revolución de la historia— se lanzó desbocado hacia uno de los más temibles símbolos del poder real: la prisión de La Bastilla, una fortaleza medieval donde estaban encerrados todos los enemigos políticos del régimen, y cuyos cañones en sus altas torres apuntaban a los barrios obreros de París, listos para masacrar a la población. Había llegado el momento de poner fin a la monarquía.

La multitud se lanzó enardecida al grito de libertad, igualdad y fraternidad, hasta que finalmente, alrededor de las cinco de la tarde, el gobernador de la Bastilla entregó la plaza al

pueblo victorioso. El poder del monarca había sucumbido ante el pueblo. Había comenzado la Revolución.

Por supuesto que nada ocurrió de esa manera, y si bien la toma de La Bastilla fue colocada en la narrativa como el inicio de la revolución que terminó con las monarquías, lo cierto es que la revolución ya había comenzado, la revuelta popular en la cárcel real no tuvo relación con ella, los cañones no estaban apuntando al pueblo, dado que no fueron usados cuando el pueblo atacó el edificio, los soldados que se murmuraba que estaban listos para masacrar a la población nunca aparecieron, y María Antonieta no dijo aquello del pan y los pasteles. Otro dato importante: la monarquía iba a ser derrocada de cualquier forma por la fuerza de la historia.

Pero no se puede llevar a cabo una revolución sin un pueblo frustrado que esté presto a dar la vida para que sean otras personas las que se conviertan en sus nuevos opresores. El pueblo es la mentira de cada revolución, ha sido el arma de cada revolucionario y de la gran masa traicionada después de cada revuelta victoriosa. El pueblo, evidentemente, aún no lo descubre.

No era sencilla la situación de Francia en 1789. Había crisis, hambre y malas cosechas, y la Revolución que ocurre en 1792, cuando finalmente es abolida la monarquía, no arregló nada de eso y terminó por lanzar al pueblo de Francia, y de toda Europa, a más de 20 años de guerra, en los que evidentemente hubo crisis, hambre y malas cosechas, y el campesino en realidad estuvo obligado a ir a campos de batalla para librar una guerra que en nada le iba a beneficiar sin importar su resultado.

Para 1815 nuevamente había rey y el pueblo tenía más hambre que el día de la toma de La Bastilla. La revolución por la democracia fue en 1789, las primeras elecciones serias

se llevaron a cabo en 1870. Un poco como en México, que tuvimos un apóstol de la democracia en 1910, y dictadura en el siglo XX. En 2000 salimos a celebrar el triunfo de la democracia…, y en 2018… y seguimos sin democracia en realidad.

El 14 de julio de 1789 la incertidumbre se respiraba en el ambiente de París. El rey se había reunido con los Estados Generales, el Parlamento francés, desde el mes de mayo, para buscar una solución a los problemas nacionales. La situación de entonces y hoy es que a cada individuo le importan los problemas nacionales cuando se reflejan en su propia situación, y esta no fue la excepción. La propuesta del rey y de su ministro, Necker, era establecer impuestos al clero, los nobles y la burguesía, y cada estamento estaba muy convencido, con buenas razones, de que eran los otros los que debían pagar.

No había sido fácil el reinado de Luis XVI. Tomó el trono tras la repentina muerte por viruela de Luis XV, y se sentía joven e inexperto, probablemente en la peor situación que hubiese atravesado Francia a causa de haber perdido su imperio colonial. Hizo lo que pudo: despidió a ministros odiados por el pueblo, estableció el Parlamento de París, permitió el regreso de exiliados políticos, fundó la escuela de medicina, ordenó la construcción de cuatro hospitales, liberó presos políticos, ordenó reformar el código penal, abolió la tortura, y lo más importante de todo: intentó llevar a cabo reformas económicas y fiscales convocando a los Estados Generales.

Cada propuesta del rey y sus ministros se enfrentaba a la oposición de algún grupo privilegiado. Fiel al espíritu de la Ilustración, el rey se negaba a usar su facultad de poder absoluto para imponer algo; no obstante, para eso se había establecido el poder absoluto de los reyes: para sortear crisis imposibles de negociar. Fue por eso que, en 1789, tras más de

una década de fallidas negociaciones, convocó a los Estados Generales.

Las sesiones, presididas por el mismísimo monarca Luis XVI —lo cual les quita todo el carácter revolucionario a los hechos—, comenzaron en mayo de 1789. En el mes de junio murió el hijo del rey y heredero al trono, con sólo ocho años de edad, por lo que Su Majestad ordenó posponer las sesiones un mes en señal de duelo. Resulta que Su Majestad es humano. En ese mes se gestó la Revolución. No se gestó porque había hambre, se gestó porque había revolucionarios.

Es fundamental conocer cómo era esa sociedad francesa para comprender mejor cómo fue la Revolución. Monarquía absoluta, una estructura que venía desde el siglo XV que se impuso, como señala Marx, por ser la mejor opción. Siempre se establece la mejor opción como forma de gobierno y administración; claro, la mejor para el momento y según sus circunstancias; luego en torno al nuevo modelo se establecen los nuevos privilegios, y cuando el modelo deja de funcionar, porque el mundo cambió, los poderosos, conservadores en su esencia, se aferran a las estructuras que ya conocen y que ya les otorgan prebendas.

El esclavismo de la antigua Roma, que no era considerado negativo ni inmoral en su momento, fue dando paso al sistema feudal, donde los esclavos se convirtieron en siervos, seguían atados a la tierra, pero eran hipotéticamente libres, y una Europa sumergida en el caos se agrupó en miles de comunidades de autoconsumo que, evidentemente, se establecieron porque eran la mejor opción en dichas circunstancias.

Con el tiempo, el sistema feudal sacó sus conflictos y contradicciones. Sólo concebía a señores nobles y campesinos plebeyos, pero no tenía espacio para el comerciante libre; y su economía de autoconsumo, y muchas veces true-

que, no permitía ningún tipo de crecimiento. Fueron los comerciantes, los que no tenían espacio en dicho sistema, los que fueron construyendo lentamente el modelo que mucho tiempo después se llamaría *capitalista*.

Los comerciantes eran hombres libres que comenzaron a agruparse en ciudades, la antítesis del feudo, que se convirtieron en polos de desarrollo económico a causa de la actividad comercial. Poco a poco los reyes fueron descubriendo las virtudes económicas y políticas de las ciudades; en lo económico, generaban ingresos y eran una gran fuente de impuestos; en lo político, el comerciante, enemigo natural del señor feudal, resultaba el aliado perfecto del monarca, quien eventualmente también debería enfrentarse a los señores feudales si quería centralizar el poder en su persona y hacer nacer eventualmente la monarquía absoluta, germen del Estado.

Es decir, comerciantes y reyes fueron aliados y construyeron juntos la monarquía absoluta a partir del siglo XV; con el rey como soberano y jefe de Estado, señalado por Dios según todos los cánones de la época, rodeado, por tanto, de símbolos de poder de carácter religioso y con el impulso económico de los comerciantes que, al vivir en ciudades o burgos, comenzaban a ser llamados *burgueses*..., o *ciudadanos*. La burguesía del siglo XVIII es la causa de que tú seas un ciudadano libre y no un súbdito.

El sistema feudal se da sólo en el campo; es decir que había una nobleza particularmente campirana y un 90% de campesinos cuyas vidas no eran muy diferentes al estilo de siglos atrás. Pero en las ciudades se construían los nuevos estados. El 10% que vivía en las ciudades daba vida y dinamismo al reino, era el sector más productivo y contribuyente, y el más interesado en que los nobles y la Iglesia, o los campesinos, pagasen impuestos, pero no ellos.

Volviendo a París, después de un mes de tensas sesiones en el Parlamento, el rey se retiró el 4 de junio a llorar la muerte de su hijo; las presiones de los nobles hicieron renunciar al ministro de Hacienda Jacques Necker y se comenzó a decir que el rey echaría por tierra todas las reformas propuestas por el pueblo y sus representantes.

Un rumor comenzó a recorrer la capital francesa desde primera hora de la mañana del 14 de julio: había 30,000 fusiles en el Hospital de los Inválidos, y Su Majestad estaba listo para usarlos contra la multitud en caso de rebelión. La multitud estaba enfurecida a causa de los escritos subversivos de Camille Desmoulins, un escritor aspirante a político, que no había logrado ser electo a la asamblea que se reunía con el rey y comenzó entonces a escribir contra ambos. La situación, decía el revolucionario, era insostenible, y no quedaba más remedio que tomar las armas.

El estado de las cosas en aquella Francia no era del todo bueno, pero desde luego estaba muy lejos de ser insostenible. Desde el final de la Guerra de los Treinta Años, en 1648, la Francia monárquica liderada por Luis XIV y Richelieu se había posicionado como la gran potencia de aquella Europa, que hasta ese momento había estado liderada por España y los Habsburgo; fue alrededor de esa época cuando aquella Francia comenzó a hacerse de un imperio colonial en América, África y la India.

Pero en 1763 Francia perdió una guerra de siete años contra la que a partir de entonces comenzaría su encumbramiento como potencia: Inglaterra. En el tratado de paz que puso fin a dicha contienda, Francia entregó casi la totalidad de su imperio colonial a los ingleses; lo que habían estado robando pacientemente durante poco más de 100 años les fue arrebatado en un solo robo legal y nació así el Imperio britá-

nico. Por razones evidentes, aquella Francia entró en la peor crisis económica de su historia.

El poder es esencialmente conservador por muchas razones. La más burda es quizá que se quiere conservar el poder, pero más allá de eso, el poder es una estructura que nunca deja de construirse y actualizarse, y que por su propia naturaleza está atada a la tradición mucho más que a la innovación. Desde el interior de la estructura siempre se vislumbra primero la posibilidad de reformarla que de destruirla desde los cimientos. El rey —eso fue cierto— se atrevía a muy poco.

El revolucionario es liberal en su esencia, básicamente porque no tiene el poder; es progresista porque esa bandera, ese mito y esa ilusión deben vender a los seguidores que lo auparán al poder y, una vez con él, tardará poco en hacerse conservador. Le pasó a Robespierre, a Juárez, a Díaz, a Madero, a Lenin, a Castro, a Chávez, a Evo, a don Andrés y a cada falso libertador de pueblos. El revolucionario puede proponer destruir desde la base, pero creada la nueva estructura, o empoderado en la que había, se aferrará a ella como el monarca a la Corona y el mexicano a su desgracia.

La revolución estaba puesta ahí por la fuerza de la historia. No dependía de que un líder enardeciera los ánimos o de que un grupo la planeara; la historia misma de Europa, a partir del siglo XVI, estaba preparando la revolución justo porque comenzó a ocurrir algo históricamente revolucionario: una clase social que había sido tradicionalmente plebeya desde el origen de la civilización, los comerciantes, se estaba empoderando en la nueva sociedad.

Una vez que los comerciantes, ciudadanos o burgueses, tuvieron el poder económico fue cosa de tiempo porque pugnaran por el poder político, en gran medida para establecer nuevas reglas que les permitiesen tener más poder económi-

co. Es decir, la Revolución francesa no la llevó a cabo un pueblo muerto de hambre cansado de la opresión, sino la burguesía que aspiraba al poder político y aprovechó el hambre de ciertos sectores del pueblo para comenzar una lucha armada.

No hay revoluciones porque haya malas circunstancias económicas, que siempre hay; las hay porque hay revolucionarios. Es evidente que en cada revolución ha existido un estado previo de desigualdad e injusticia que permite al rebelde encender los ánimos e incendiar la sociedad; pero los rebeldes en cuestión siempre han salido de clases acomodadas y han estado lejos de padecer las injusticias que usan como argumento.

Hidalgo era un próspero hacendado y Madero pertenecía a una de las diez familias más ricas del México al que prendió fuego. Lenin era un intelectual que escribía cartas y jugaba ajedrez en Suiza cuando estalló la Revolución rusa; hijo de un funcionario imperial, nunca tuvo que hacer un solo trabajo manual en su vida para pretender representar a los trabajadores. Gran heredero de Marx, Lenin pudo vivir cómodamente toda su existencia, con puro trabajo intelectual, gracias a ser sostenido por el capitalismo que quería derribar. Como los progres globalifóbicos y anticapitalistas que lanzan su descontento al mundo desde su teléfono de la manzana.

De esos revolucionarios hay muchos en la actualidad. Cuentan mentiras a diario en redes sociales, hacen discursos diseñados exprofeso para alterar y manejar tus emociones, alientan la revolución mundial contra el capitalismo desde celulares inteligentes de mil dólares, siempre ornamentados de los mejores *gadgets* de la civilización occidental, argumentando para los demás y para sí mismos que se aprovechan del capitalismo mientras dura, pero que están listos pa-

ra la renuncia que el socialismo exigirá de ellos. Mienten aunque no lo sepan. Es decir, son iguales a todos los revolucionarios.

El revolucionario es el héroe del mundo moderno, el Robin Hood de la era industrial que, guiado por ideales superiores y movido por la rabia que le provocan la injusticia y la desigualdad, toma las armas en un arrebato de desprendimiento, se entrega al pueblo y a la causa, se olvida de sí mismo (ya no me pertenezco, yo soy el pueblo) y toma el poder en medio del desinterés por sí mismo. El revolucionario es abnegado y altruista, nada lo hace por él mismo, ni siquiera ostentar el poder por cinco décadas. Todo es un acto de entrega.

El revolucionario está rodeado de un halo de idealismo y moralidad, vestido con la causa, que siempre parece impoluta; y luego la gran trampa es que nunca es juzgado por sus actos y resultados, sino por la causa impoluta que dice defender. Por eso los revolucionarios de la historia pueden tener, como tienen, millones de muertos en su haber y salir exonerados. Ningún rey, ni la Inquisición, ni tirano alguno que haya sido derrocado en una revolución, tienen en su historial tantos asesinatos como el más pequeño de los revolucionarios.

Todo régimen emanado de una revolución cuenta una historia que glorifica dicha revolución, no puede ser de otra manera. Por eso en México se estableció el 20 de noviembre, como en Estados Unidos el 4 de julio y, desde luego, en la URSS se conmemoraba la Revolución de Octubre.

Todo el mundo moderno occidental, comenzando quizá por la América española —lo menos moderno de la modernidad—, surgió de un largo proceso revolucionario que comenzó en Francia en 1789 y llegó a su sangrienta culminación con la guerra mundial de 1914. En todos los sistemas educa-

tivos de ese mundo se ensalza esa gran revolución. No deja de ser el momento histórico en que caen las monarquías y la burguesía toma el poder.

La Revolución francesa no la inició el pueblo con hambre, sino los ilustrados que aspiraban al poder. Los ilustrados que se reunían en grandes mansiones por la tarde a tomar café o té y debatir las ideas de Voltaire evidentemente no estaban viviendo apuros económicos. Tienen el marco teórico de un nuevo régimen, la ambición de poder y las circunstancias que les permiten arrebatarlo.

Esa es la historia de cada revolución. Los de en medio convencen a los de abajo de matarse contra los de arriba; los de en medio suben, los de abajo se quedan abajo con nuevas promesas y frustraciones. Todo queda igual y listo para una nueva revolución. Destruidas las narrativas de lo sacro, el mundo moderno, sin mito alguno de legitimidad que resulte funcional, sólo puede estar sustentado en la revolución.

El poder es de quien lo arrebata. Así comenzó el mundo moderno, arrebatando el poder. Luego construyeron una narrativa donde los que arrebatan representan al pueblo, legítimo depositario de la soberanía, lo que convierte su golpe en un acto de justicia social, ya que aquel al que le fue arrebatado lo ostentaba con la mentira del derecho divino y sustentado en mitos que mantenían engañado y sometido al pueblo.

Pero aquí hay un factor fundamental: para que exista una revolución tiene que existir a su vez una clase revolucionaria; y precisamente la existencia de dicho sector hace evidente que las condiciones no eran tan terribles como se nos cuenta. Una clase revolucionaria tiene dos cosas básicas: recursos económicos que le permiten llevar a cabo un levantamiento contra el orden establecido y recursos intelectuales

para poder desde criticar al antiguo régimen hasta proponer teórica e intelectualmente uno nuevo.

Una clase social con capacidad de generar, por su cuenta y de manera independiente, un gobierno, conocimiento y riqueza, nos habla precisamente de una sociedad que permitió el nacimiento de dicha clase y que, por lo tanto, no es una sociedad hundida en el atraso. La burguesía representaba la vanguardia económica y social de aquella Europa desde el siglo XV, y llevaba tres siglos generando riqueza, ciencia, filosofía, arte, cultura y conocimiento cuando finalmente estalló la revolución, en una Francia en la que ellos estaban lejos de ser víctimas de la injusticia.

Hidalgo no era víctima de la injusticia como tampoco lo fue Madero, sino que estaban más bien en la parte de arriba en la ecuación de la desigualdad. No lo fueron Washington o Jefferson, Robespierre, Napoleón o más atrás Oliver Cromwell. No fue víctima de la injusticia el camarada Lenin ni León Trotsky, no lo fue Marx, y la única injusticia en la vida de Engels fue tener que mantener a Marx. No lo fueron Carranza y Obregón ni de forma alguna Simón Bolívar. El revolucionario usa el malestar de la injusticia a su favor. Vive de la injusticia y la narrativa.

Otra situación importante de ver y de señalar es que todo el gran desarrollo económico, político, artístico, cultural e intelectual que se generó en Europa en manos de la burguesía, fue ampliamente apoyado y motivado por los monarcas; no se hubiera dado de no ser así. Esto nos enfrenta al hecho de que eran sociedades con mucho menos censura de la que podremos encontrar en cualquier sociedad comunista que se haya desarrollado a partir de 1917, que en términos generales giraron en torno a la dictadura, la opresión y el pensamiento único.

Hay una razón para lo anterior, y esta es que los revolucionarios comunistas no eran tontos. Los camaradas del siglo XX comprendían perfectamente los procesos revolucionarios, sabían que habían llegado al poder con una revolución y que, en consecuencia, podrían ser removidos con otra. Por lo tanto, era imprescindible arrancarle a la sociedad su potencial revolucionario, para lo cual era necesario desarrollar una estructura que no permitiese el desarrollo de una clase social así; esto fue: impedir la existencia de sectores que tuvieran la capacidad de generar riqueza y conocimiento por su cuenta. Todo socialismo revolucionario ha girado en torno a eliminar las capacidades productivas y críticas de su sociedad.

La principal bandera de la burguesía revolucionaria de los siglos XVIII y XIX fue la libertad, particularmente la económica —ahí está el origen del liberalismo—, libertad política —donde está el origen de la democracia— e intelectual —es decir, libertad de credo, de pensamiento y de expresión—. Estas tres son prohibidas en los regímenes totalitarios, porque el pensamiento crítico es el mayor peligro para los que aspiran a aferrarse al poder. Tu pensamiento crítico es una facultad a la que debes aferrarte por encima de líderes, ideologías, causas o religiones, es el espacio donde se ejerce tu libertad.

El problema de la libertad es que es inestable y un tanto caótica si no sabe gestionarse bien, que es de hecho el principal reto de un gobierno verdadera y plenamente democrático; reto al que los dictadores populistas prefieren renunciar simplemente aboliendo la libertad, sin la que ellos mismos no hubiesen podido ser revolucionarios.

Vamos a asumir que antes de 1789 aquel mundo era menos libre. Es cierto que no había libertad económica, pues el rey tenía dentro de sus facultades absolutas el poder económico; y aunque para aquel entonces la Inquisición existía só-

lo en España, donde prácticamente había dejado de funcionar, asumiremos que había censura intelectual y, desde luego, religiosa. En aquella época se creía que lo normal era que todos en un mismo país pensaran básicamente igual. Justo como los socialistas bolivarianos del siglo XXI, o los soviéticos del siglo XX, o los chinos..., parece que es un tema del comunismo.

Lo anterior es muy importante. Hoy decimos que valoramos la diversidad de opiniones, de creencias, posturas ideológicas y de inclinaciones sexuales, bastante dudoso dado el nivel de conflicto en que vivimos precisamente por no ser capaces de lidiar con la diversidad. Pero vamos a asumir que de verdad nos gusta la libertad de todo; eso es una novedad que se comenzó a desarrollar a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, y sólo en las democracias. Hasta ese momento prevalecía la idea de la uniformidad. Dos de las tres posturas políticas que se enfrentan en dicho conflicto, democracia, fascismo y comunismo, giran en torno al pensamiento unificado.

Mismo idioma, misma religión, misma lengua y misma raza —porque en esta época comenzó la mentira de las razas— sustentaron los nacionalismos que fueron sustituyendo a la religión. El fascismo no es sino la culminación de eso. Pero contra el fascismo de derecha (ya habrá que dedicar tiempo al timo de la izquierda y la derecha) surgieron los de izquierda. No hay diferencia alguna entre Hitler y Stalin, entre Mussolini y Tito, entre Franco y Fidel.

Al igual que en los fascismos, en el comunismo de Stalin, de Mao, de Pol Pot, de Castro, de Chávez, de China, todo es unificado también. Un solo pueblo, el que define el dictador, y una sola forma de ser parte de dicho pueblo, una sola ideología, una sola manera de pensar y ver el mundo, una sola

postura política, sea estalinismo, maoísmo o chavismo, en cuyos nombres vemos las pretensiones divinas de sus fundamentos.

La ideología soy yo. En esa pantomima, en ese remedo barato de religión terminó el mundo democrático, libre y laico, construido sobre los ideales ilustrados. Eso, desde luego, quizá significa que algo salió muy mal en el proyecto de la Ilustración. Quizás es algo mucho más profundo, y es que los grandes revolucionarios jamás se han dedicado a generar una verdadera revolución en su interior: siempre quieren cambiar a la sociedad, y dicho cambio implica que la nueva sociedad debe funcionar según las ideas del revolucionario. No hay acto más violento por más ornamento del que se le vista en el discurso ideológico.

La revolución es un impulso que viene desde abajo, porque no puede ser de otra forma; hay una fuerza de transformación cuyo motor sólo puede ser el descontento de los que no son beneficiados por la actual estructura. En el discurso buscan que los beneficios sean para todos; en la práctica los quieren para ellos, por más que se convenzan a sí mismos de lo contrario.

El de abajo no está en contra de la desigualdad, está inconforme con su lugar en la ecuación. Le parece evidente que la sociedad debe ser transformada, y tiene razón. Pero una vez que un nuevo individuo o grupo, con la misma mente egocéntrica de todos los humanos, tome el poder, se termina la revolución. El nuevo objetivo es conservar el poder. Así nacen los conservadores.

El comunismo y todas sus vertientes hacen un correcto diagnóstico de la injusticia en la que se sustenta la sociedad; eso es innegable. Pero no tienen la solución, porque la propuesta de transformación que hacen es que sean ahora ellos

los que detenten el poder. Claro, esa propuesta trae implícita una narrativa de cambio social, pero no lo pueden llevar a cabo porque la sociedad no existe.

Existen los individuos, y es en la mente de cada uno de ellos donde existe la abstracción llamada *sociedad*. Es la mentalidad de los individuos la que debe ser transformada. Es en el individuo donde debe gestarse una revolución de conciencia, en la que descubres a tu ego y a sus sutiles engaños, en la que comprendes la naturaleza egocéntrica de tu mente y, por añadidura, las motivaciones egoístas detrás de tus discursos y razonamientos.

El ser humano no es bueno o malo por naturaleza, pero es indudablemente egoísta porque así es como funciona la mente en su nivel más básico, pero más importante: su instinto de supervivencia. Es egoísta y temeroso. Le tenemos miedo a este mundo que se nos presenta tan hostil, y entonces actuamos a la defensiva, agrediendo al mundo que pensamos que nos agrede, y creamos con eso un mundo al que definitivamente hay que tenerle miedo.

El individuo es moldeado por la sociedad, pero la sociedad está conformada por individuos. En este pequeño círculo mortal está la gran trampa que impide las verdaderas transformaciones sociales: el individuo que es moldeado por la sociedad no tiene forma alguna de transformarla, porque es un resultado de ella. No hay forma de que el pretendido revolucionario escape a esta realidad.

Si tu mente ha sido moldeada por la sociedad, y no puede ser de otra forma, es una réplica en pequeño de aquello que quieres transformar. Si tu mente está absorbida por el pasado —y lo está, porque ésa es la naturaleza de la mente—, no tienes de dónde sacar algo nuevo. Eres el pasado contra el que te rebelas, y eso es una serpiente que se muerde la cola.

La única novedad que puede aportar un revolucionario es la reacción. Reacciona contra la estructura a la que se rebela y entonces propone la negación de dicha estructura. Sigue siendo esclavo de la sociedad y del pasado. La reacción, además, es violenta en su esencia, y de dicha raíz sólo podrá germinar algo violento. La revolución es una guerra sin fin. La revolución se alimenta de sí misma.

La mente humana es egocéntrica y el ser humano es egoísta. Así es por naturaleza y en automático. Pero en los niveles más profundos tenemos una facultad maravillosa que también es parte de nuestra naturaleza: la capacidad de transformar nuestra mente. Sólo esa transformación individual y consciente, al amor, la compasión y el altruismo, puede transformar a la sociedad. Ningún revolucionario ha llevado a cabo esa revolución.

LA REVOLUCIÓN POR LA JUSTICIA SOCIAL

Y OTRAS MENTIRAS DE LOS MARXISTAS

La historia de la civilización es la historia de la lucha de clases. Esa es la mentira más famosa de todo el siglo XIX y la narrativa sobre la que siguen construyéndose los sustentos ideológicos de la multiplicidad de izquierdas del siglo XXI. Lucha de clases y revolución. Dos fenómenos que son producto del mundo burgués capitalista moderno: antes de eso no hubo ni clases ni lucha, y antes de que hubiera burguesía, tampoco había revolución.

Conflicto como propuesta. Conflicto como combustible político. Por eso en las sociedades donde las distancias sociales se acercan y sus correspondientes complicaciones se dirimen, los ideólogos del conflicto buscan nuevos tipos de "clases", de grupos, de minorías, para buscar las diferencias y establecer narrativas de conflicto. Ese es el origen de los cientos de géneros y miles de ideologías.

Es arriesgado señalar la inexistencia de la lucha de clases, porque todo el materialismo histórico, la filosofía de la historia del marxismo, parten de esa idea establecida como dogma..., por eso, y porque un simple vistazo parecería dejar claro que la sociedad es injusta —eso es verdad— y que por eso lucha entre sí —esa parte no lo es—. Al igual que Aristóteles, Marx dijo muchas cosas que no son verdad.

La lucha de clases es una de ellas. Probablemente, Marx nunca mintió; es decir, creía absolutamente lo que dijo como resultado de sus concienzudos análisis. Y es buen momento para añadir que es una de las mentes más brillantes del siglo XIX, y que el materialismo histórico es hasta la fecha la corriente de estudio con la que mejor se comprende el movimiento de la historia. También es importante señalar que el comunismo es un aspecto minúsculo de todo lo que se desprende del marxismo. No son sinónimos.

También señala Marx, en este caso con una razón abrumadora que, desde el origen de la civilización, la sociedad está divida en explotadores y explotados. Eso es una verdad consumada y es la injusticia de la que hablamos. Gran parte del análisis marxista pretende explicar cómo se da esa situación y determina, *grosso modo*, que es por la propiedad privada de medios de producción. Es decir, que los recursos, y los medios necesarios para transformarlos y producir riqueza, son propiedad de unos cuantos que son, por lo tanto, los dueños de la riqueza producida, misma que acumulan. El que no posee sus medios de producción está obligado a ser explotado y trabajar para sólo sobrevivir.

Hay que decir entonces que la injusticia social no es efecto o culpa del capitalismo, que simplemente encontró nuevos medios y formas de aprovechar la injusticia en la que se sustenta la civilización misma. Hemos llegado a un recoveco muy profundo de la historia de la humanidad, al descubrir que la esencia de todo lo que somos, o de lo que hemos sido los últimos 15,000 años, está intrínsecamente sustentado en la desigualdad.

Cuando vemos las guerras y sus miserias derivadas, cuando observamos lo más profundo de la oscuridad humana, podemos consolarnos con la idea de que también somos gran-

des creadores de los aspectos más luminosos de la cultura: filosofías metafísicas, obras de arte majestuosas, sinfonías sublimes, templos, palacios, catedrales; renacimientos e ilustraciones..., pero no vemos que todo eso también está profundamente sustentado en la desigualdad social. Ninguna de las majestuosas manifestaciones culturales, de los grandes templos de pasado, de las esplendorosas maravillas del mundo, o de los grandes sistemas filosóficos, existiría sin la desigualdad que es intrínseca a la civilización.

Somos duales. Aspiramos a la paz, pero somos incapaces de soltar la guerra; construimos sólidos edificios morales, pero vulneramos a diario sus cimientos; creamos religiones basadas en un profundo amor que se usa como discurso para la violencia. Destruimos al crear y creamos al destruir, amamos con egoísmo, traicionamos a los leales, nos dejamos arrastrar por las pasiones que sabemos que terminarán con nosotros. Somos duales, y nada en nuestro ser, formado intrínsecamente por esa dualidad, es malo; sólo tenemos una fuerza creadora muy mal encauzada, principalmente porque no está encauzada por nosotros mismos.

Y para eso, para desencauzar tu fuerza, es que se falsifica la historia. Un individuo que encauza su energía nunca será seguidor de causas. Para eso se diseñan narrativas de odio y conflicto, de separación y división, de rencor y más odio; para eso se construyen desde el poder o desde el espacio donde se aspira a arrebatar ese poder. El que mueve tus emociones y cuenta tu historia es tu amo y señor. Sólo deberías serlo tú.

Hay que decir también que, a pesar de que la disparidad social está en el origen mismo de la civilización, como uno de sus cimientos, quizá, como su piedra angular, en la mayor parte de la historia no hubo luchas por abolir esa inequidad. Para que haya lucha de clases tiene que haber clases que lu-

chen, y esas llamadas *clases* son un producto social del siglo XIX. Antes de eso había estamentos, que son muy diferentes.

En el fondo ninguno existe, pues son como todo, construcciones sociales; pero la idea de estamento acompañó a las culturas humanas desde el origen mismo de la civilización y hasta el Siglo de las Luces, cuando se terminaron de establecer las clases. El estamento es tu estado de nacimiento, noble o plebeyo, paria o brahmán, guerrero o comerciante. Es irrenunciable e inamovible, está indisolublemente atado a tu esencia por algún tipo de voluntad divina. No depende de ganar más o menos dinero. Es la esencia de tu ser, algo así como tu estatus ontológico.

Esa idea mantuvo en orden a las sociedades preindustriales, que no eran inferiores ni menos desarrolladas, eran simplemente artesanales; las mantuvo en orden porque esas sociedades crecían poco y cambiaban muy, pero muy despacio, todo se sustentaba en la tradición, y la aportación y el rol social se aprendían de los ancestros y no se cuestionaban. En sociedades así, los de abajo nunca lucharán por el poder con los de arriba.

Es fundamental comprender con claridad que toda estructura social es una construcción, una narrativa de poder y legitimación, nunca una realidad como tal. Que el poder se sostenga y la sociedad se mantenga en orden depende fundamentalmente de que una inmensa mayoría siga compartiendo esas narrativas y creyendo en ellas. Los estamentos no luchan porque no tiene sentido, conocen el lugar que les corresponde, según el relato en el que creen, y saben que habrá algún tipo de recompensa por asumir estoicamente su lugar.

Reyes, gobernantes, guerreros y sacerdotes ocupan siempre el lugar de arriba, normalmente con privilegios, el principal de ellos, vivir de la riqueza generada más abajo por co-

merciantes, artesanos y campesinos, sostén de toda sociedad. Sin importar cuán rico pudiera ser el comerciante, su lugar en la sociedad fue claro durante milenios: es abajo. Los comerciantes de la Europa del siglo XVIII, la burguesía ilustrada, se rebelaron contra toda una estructura milenaria. Los mercaderes tomaron el poder. Su versión de la historia siempre será diferente.

Al rechazar el mito del derecho divino de los reyes, de Dios señalando gobernantes, se rechazó también la estructura tradicional de la sociedad y nacieron las clases sociales, entendidas como una estructura en la que es posible ascender. Pero mucho más importante es comprender que el sistema económico de ese nuevo mundo fue la verdadera revolución, un monstruo que, para crecer y mantenerse, y hacerse grande y poderoso hasta poder atrapar dentro de sí mismo a todos los individuos, necesita que todos y cada uno de dichos individuos lo alimenten con un nivel cada vez más irracional de producción y consumo.

Los mercaderes que toman el poder a lo largo del siglo XIX, simbólicamente a partir de la Revolución francesa, y sus herederos capitalistas del siglo XX, son los grandes inventores de las clases sociales, pues contrario al estamento, la clase social no viene determinada con el nacimiento, sino que la define uno con su capacidad de producción y consumo, en teoría, en un entorno de libre competencia e igualdad de oportunidades.

En la visión capitalista, las clases sociales y los individuos dentro de ellas compiten, que no es lo mismo que luchar. Compiten constantemente por subir a un arriba que no está destinado a ellos y ganar así una carrera que no existe. Pero esa competencia, esa eterna rueda de hámster, es el motor de todo el sistema. Somos una especie que sobrevivió gracias a

colaborar y supo encontrar la paz en el altruismo y la entrega, pero somos educados para competir y ser egoístas.

La visión capitalista y la comunista son igual de conflictivas. Por más que se hable de la sana competencia, el objetivo de competir es derrotar al otro para llegar a ese arriba que no existe y en el que caben muy pocos, pero que todos buscan y anhelan porque toda la estructura social te ha dicho que sólo tienes algún tipo de valor si logras llegar a esa cima imaginaria. Es una carrera que nunca termina y devasta la mente humana.

El capitalismo te arroja a luchar contra todos en un ambiente relativamente controlado y diseñado para esa competencia; el comunismo te lanza a luchar contra los explotadores, los de arriba, los burgueses y capitalistas, el otro que tiene lo que tú no. En ambos casos hay una gran maquinaria, en el primer caso económica, en el segundo político-ideológica, que necesita de esa batalla sin fin para poder funcionar. El capitalismo necesita del consumo constante para sobrevivir; el comunismo gira en torno a la revolución constante para no morir.

Todo es dual. Hay aspectos del capitalismo que funcionan muy bien: ningún sistema genera tanta riqueza; otros funcionan muy mal, como ese estrés implícito al que termina siendo imposible adaptarse, y desde luego que ningún sistema genera tanta desigualdad. Hay aspectos del comunismo que son correctos: la búsqueda de la equidad y la justicia social; y hay unos muy incorrectos: que no distribuye riqueza, sino miseria, que nunca se ha sustentado en un Estado de derecho que dé certezas y libertades a los individuos y que, por la opresión que siempre ha llevado implícita, no logra nunca la mentada justicia social.

Hay luchas de clases desde que hay clases que luchan, y eso es a partir de la Revolución Industrial. Esa es la gran mentira de Marx, hacer de esa lucha una injusticia de 5,000 años. Pero es así como un proletario frustrado por 30 años de inequidad puede sentir la rabia de una injusticia histórica que se ha cometido contra él desde el inicio de los tiempos. Dos hechos que confrontar contra la realidad ideológica: el primero es que la injusticia social no es inherente al capitalismo, sino a la civilización, y el segundo es que antes del siglo XIX no había lucha de clases, ni clases.

Las clases sociales y sus luchas nacieron de la mano, porque esa lucha, contra todo y contra todos, contra el sistema y la estructura, contra el de afuera, contra el de arriba, y esa competencia entre todos, es el motor económico y político de las sociedades del mundo moderno. Por eso luchamos, los poderosos nos echan a luchar.

La civilización nació de la mano con la agricultura y la sedentarización. Para vivir de la tierra hay que vivir en la tierra, poseerla, dominarla, explotarla y protegerla. Para vivir de la tierra es necesario dividir el trabajo social, esa división requiere estructura y mando y una administración de los recursos socialmente obtenidos. Unos deben sembrar y cosechar, otros administrar y regir, otros pelear y proteger; y otros tantos deben satisfacer las necesidades resultantes de habernos establecido: servicios, transporte, comercio. Civilizar es hacer ciudad.

La sociedad se fue haciendo más compleja desde su nacimiento, pero siempre en torno a la estructura, la cadena de mando y de especialización, la división de conocimientos, trabajo y responsabilidades, el orden, la autoridad, el gobierno. Una estructura vertical de poder a la que le llamamos *pirámide* sólo porque abajo somos mucho más que arriba.

Por eso parece pirámide, pero no lo es. Una pirámide puedes escalarla, una vertical de poder no.

La situación es que los humanos creamos estructuras y creamos complejidad. Es decir, construimos sistemas económicos, políticos, sociales, legales, éticos, morales, tecnológicos, siempre sobre lo anterior, sobre lo ya construido, haciéndolo más complejo. La sociedad de la era de la información vive en una estructura creada en el Neolítico que se ha ido haciendo compleja y rebuscada, con más símbolos y significados, pero que es básicamente la misma.

Ese orden al que hoy se llama *patriarcado* —aclarando que llamarle patriarcado al único orden social que ha conocido la civilización también es una narrativa, también es direccionada y no es inocente— es la estructura vertical de poder y mando que tenían, en efecto, los patriarcas hebreos, pero también los persas, los egipcios, griegos y romanos, mayas y mexicas, católicos y masones, clubes, sectas, logias, empresas. Hasta los anarquistas tienen organizaciones y estructuras dentro de ellas, y las feministas antipatriarcado también.

Es muy seductora una lucha ideológica que clame por la abolición o destrucción del patriarcado, el tema es que, como todo en el mundo y en la vida humana, el patriarcado también es dual; hoy nos enfrentamos a sus aspectos más impositivos y violentos, pero resulta que el patriarcado es también lo que hizo que la especie humana hiciera civilización y, dentro de ella, cultura. Es decir, el aspecto negativo del patriarcado es su poder destructor; su aspecto luminoso es su capacidad creadora. Somos duales.

Ya tenemos narrativas que claman por abolir esa dualidad inherente al mundo, es decir, por abolir la realidad. El mundo es dual, la mente humana es dual quizá porque el cerebro lo es. La realidad que hemos construido con ella también es

dual, pues la hemos construido con un lenguaje dual que nos hace pensar en dualidades y comprender de esa forma el mundo. No binarios, Jesús y el Buda, probablemente Heráclito y Pitágoras, quizá Krishnamurti y Nisargadatta Maharaj…, y no lograron su estado de no dualidad cambiando letras a las palabras, palabras a las frases y significados a todo. Lo lograron con toda una vida de meditación profunda.

Suena justo luchar contra el patriarcado, pero no te dicen que eso significa pelear contra 15,000 años de inercia en la historia de la civilización, y que perderás; no te lo dicen porque así, frustrado y enojado, es como te necesitan los que te usan como combustible político o de cualquier otro tipo. Enarbolar como bandera algo que es inalcanzable en su esencia es una de las argucias predilectas de los revolucionarios del siglo XXI, esos que fieles a su tradición quieren cambiarlo a todo y a todos, pero nunca a ellos mismos.

Parece justo dar batalla contra el monstruo, pero esa guerra es mentira si sólo te cuento partes de la historia. Suena sensato desmantelar el patriarcado —de hecho, urge hacerlo—, básicamente porque es una estructura que ya cumplió su cometido, y ahora es más su daño que su utilidad. Urge desmontarlo porque se ha volcado violentamente contra hombres y mujeres, a grados de una irracionalidad salvaje.

Es fundamental para la evolución humana desarticular una estructura tan violenta, pero todos los que dicen participar de esa noble causa lo hacen desde la violencia. La idea básica del revolucionario, la violencia como semilla de creación, la violencia como propuesta y solución, la violencia como camino a la tierra prometida que las religiones ofrecen con entrega. Violencia como camino a la paz.

Es absolutamente lógico entablar una batalla a muerte contra el patriarcado, porque los que la dirigen saben que no

lo aniquilarán, y no les interesa en lo más mínimo. Sólo quieren ser el patriarca. Por cierto, si una mujer o las mujeres llegan a la cima del poder y lo ejercen, eso sigue siendo patriarcado. El patriarcado no es que manden los hombres, sino esa vertical de poder en la que también hay mujeres.

Parece revolucionario y abnegado, justo y loable pelear contra el patriarcado y pretender derribarlo. La gran pregunta es: qué cosa van a establecer en su lugar y, dado que esa nueva estructura estaría asentada en la violencia revolucionaria destructora, qué hace pensar que no sería violenta. Somos duales, todo lo que hacemos puede ser creador o destructor. No depende de las estructuras sino de nosotros, de la violencia que anida en nuestra mente y de la que culpamos al mundo y a los demás.

Dado que somos creativos y además somos creadores de complejidad, hacemos sociedades cada vez más complejas en las que dicha complejidad se manifiesta de formas muy creativas. Como resultado tenemos una vida difícil, con mucho estrés y muchas frustraciones, con mucha energía a la que no sabemos guiar, con muchas emociones perturbadas que no hemos aprendido a nombrar, conocer y lidiar con ellas. Entonces la violencia, las adicciones, las compras, las causas y sus luchas parecen un remedio; aunque sólo son un sucedáneo barato de bienestar.

La estructura de la civilización ha ido cambiando de signos, sistemas, significados y narrativas y ha ido agregando una capa sobre otra, pero es la misma. Los revolucionarios prometen destruir eso. Es imposible. Quizá lo creen cuando lo dicen. De ser así, no son tan inteligentes y no deben tener el poder. O tal vez no lo creen, pues saben que es imposible. De ser así, jamás deberían alcanzar el poder. Pero las revoluciones tienen un defecto en el sistema: llega al poder el que

está dispuesto a lo que sea con tal de alcanzarlo. Esa persona es la última que debería ejercerlo.

La injusticia inherente a la sociedad es simple en su esencia: una inmensa masa trabaja y genera la riqueza, mientras una elite acumula, administra y disfruta esa riqueza. Además, trabajar no es suficiente para alcanzar una vida digna, y trabajar no es sinónimo de generar riqueza y bienestar para uno mismo.

Paradójicamente, el capitalismo liberal en el que vivimos, el de las más evidentes injusticas, es el sistema que más herramientas y posibilidades posee para poder erradicar de una vez y para siempre la injusticia social. Es por algo muy simple: es el sistema que más riqueza genera; lo demás es un tema de prioridades y administraciones. La idea de destruir y comenzar de cero, que tuvieron los franceses de 1789 y los bolcheviques de 1917, los jemeres camboyanos de los setenta, o los cubanos, los venezolanos y todos los engendros bolivarianos, nunca ha funcionado porque está basada en una fantasía.

Si la sociedad es injusta, y lo es, la lucha social parecería ser lo único que tiene sentido. Si el orden establecido en el que vivimos no me resulta favorable, yo puedo luchar contra él; puedo destruirlo si beneficia a otros, pero no a mí, y obtener así el máximo logro revolucionario: que el sistema me beneficie a mí y no a otros. Si la civilización está fundamentada en la vertical de poder, y esta vertical básicamente despoja a los de abajo, o construye un abajo para casi todos, tiene sentido luchar para destruir esa vertical.

Luchar. Pelear. La vida es injusta, el mundo y la sociedad lo son, el humano es malo por naturaleza, la sociedad es corrupta, el hombre es el lobo del hombre, si no lo hago yo lo hará el otro. La existencia se nos presenta como algo hostil, y

luchar no sólo parece tener sentido, parece de hecho lo único sensato. Tiene sentido convocar al pueblo a la lucha; tiene sentido escuchar el llamado; la lucha parece ser la única solución. Esa mentira es una de las más importantes que tu ego te cuenta todo el tiempo, por eso es fácil establecerla en tu mente.

Si no debemos destruir las estructuras existentes, porque se han ido tramando y urdiendo desde el origen mismo de la civilización, la alternativa que parecería evidente es tomar el poder en dichas estructuras, aprovechar todo lo bueno que tienen, que siempre lo hay, y transformar lo malo. Empoderarse en una estructura que de por sí no es buena ni mala, sino un medio, y hacerla funcionar correctamente y con justicia para todos.

Esto es lo que ha terminado pasando siempre. El revolucionario incendia el mundo en el discurso, destruye todo en sus narrativas, plantea un nuevo inicio con su ideología moralmente superior como nuevo sol que guíe a la humanidad. Ya en el poder, mantenerse en él es más importante que la ideología misma, y la estructura está ahí a su servicio.

Los revolucionarios se empoderan en la estructura en lugar de destruirla, pero no la hacen funcionar mejor y nunca llega la tan añorada, tan prometida y manoseada justicia social. No llega porque al revolucionario liberal, ahora poderoso conservador, no le interesa que llegue. El conflicto es la fuente de su poder y la injusticia permanente es el combustible para el conflicto.

La justicia no llegará nunca porque el que toma el poder es igual o peor que aquel que ha sido derrocado. La injusticia y la desigualdad social no cambiarán mientras no comencemos por luchar contra nosotros mismos, y derrotarnos. Entonces seremos victoriosos.

El tema es que Marx estableció el dogma de la lucha de clases en 1848, el año de las grandes revoluciones liberales y proletarias a lo largo y ancho de Europa. Pero no hubo una oleada revolucionaria porque hubiera malas condiciones sociales —que las había—, sino porque hubo discursos revolucionarios incendiando ánimos entre los obreros. La fuente de todo el discurso era el *Manifiesto del Partido Comunista*, en el que Marx, que nunca fue proletario, obrero o cosa similar, le explicó a los proletarios y obreros por qué debían comenzar una gran revolución comunista internacional en la que no tenían nada que perder como no fueran sus cadenas.

Los levantamientos de 1848 fracasaron porque eran jóvenes e inmaduros, y porque fueron repelidos con toda la fuerza de la burguesía y la monarquía unidas. Pero quedó sembrada la idea de la revolución mundial hasta llegar a la primera que triunfó, la bolchevique, de la que surgió la Unión Soviética, y que fue fuente de inspiración y financiamiento de la china y la cubana —en ninguno de esos lugares el proletario ha roto sus cadenas—. El primer país comunista basado en las ideas de Marx. Así lo definió Lenin en una época en la que Marx no vivía para poder refutar tal cosa y corroborar que el capitalismo de Estado que estableció Lenin no era lo que él había planteado. La explotación, punto medular de la ética social marxista, nunca terminó, sólo se cambió de explotador y las masas oprimidas anhelantes de libertad únicamente dejaron de ser oprimidas por la burguesía para ser oprimidas por el Estado.

Cuando el comunismo no funciona —y nunca lo hace—, siempre hay discurso e ideología que justifiquen el aparente fracaso: no ha terminado de desarrollarse, los enemigos externos buscan acabar con nuestro paraíso, el otro sigue amenazando, éste no fue el verdadero comunismo, sino una eta-

pa, no fue administrado por la persona correcta, no fueron favorables las circunstancias, hubo traidores, revisionistas y contrarrevolucionarios La solución es siempre la misma: más violencia, más ideología, más lucha, más evasión de la realidad.

Dijo Aristóteles que somos un animal racional, pero ya se dijo aquí que el filósofo, al igual que Marx, dijeron muchas cosas que no son ciertas. Somos un animal con capacidad racional, eso sí. Sólo que no la usamos, menos aún si nos dejamos convertir en masa. Si fuésemos racionales ya habríamos abandonado los proyectos comunistas de una buena vez y para siempre, y nos habríamos concentrado en superar las injusticias del sistema que sí genera riqueza en un entorno de certezas sociales.

Si fuéramos inteligentes y racionales, el *sapiens* que decimos ser, nos basaríamos en la realidad; pero a nuestra mente le encantan los discursos y las narrativas, y esos son los elementos con los que se fabrican las ideologías. Vivimos en discursos que no nos permiten ver la realidad, o entender por qué es ésta la que está equivocada. No está mal el mapa sino el camino. Como dicen que dijo Hegel: "si la realidad no se adapta a mi teoría, peor para la realidad".

Al final, es importante comprender que, duales como somos, siempre hemos buscado construir utopías en un mundo de inherente injusticia. La cristiandad feudal y hasta su prolongación en monarquía absoluta y divina eran finalmente una utopía; la idea de que habitar este mundo como Dios manda nos dará una recompensa eterna, idea que es fundamento de las sociedades islámicas hasta hoy, también. El capitalismo es una utopía que parte de la base de que si cada individuo busca de manera individual y egoísta su propio bienestar generará bienestar colectivo. El comunismo postula

que, si un partido centralizado lo administra todo, habrá finalmente un mundo de paz, equidad y justicia.

No hay verdad ni mentira: nobles e Iglesia vivieron muy bien en la Edad Media; los grandes empresarios siempre han vivido bien en el capitalismo, y a ningún camarada le ha faltado nada en el comunismo El problema es claro: el egoísmo humano. Siempre hay nuevos arribas, pero abajo es siempre lo mismo.

Cada sistema sería igualmente funcional si fuera conducido por seres humanos que hubieran logrado la verdadera transformación personal. A dichos individuos no suele interesarles la política, y cada político dentro de los esquemas anteriores se ha contado la historia de que él es el iluminado que la humanidad estaba necesitando. Nunca lo es.

Al final, tanto el nacionalismo como el comunismo son nuevas religiones del mundo moderno donde la religión fue eliminada teóricamente de la política. Primero la Iglesia era una con el Estado; la religión te daba pertenencia, todos somos cristianos; te otorgaba una guía dogmática para vivir sin pensar: el Libro Sagrado; te presentaba arquetipos de comportamiento a seguir: los santos y los mártires; te daba símbolos de identificación como la cruz, y para afianzar tu identidad te presentaba otro que fuera tu antítesis: el musulmán.

El nacionalismo hace lo mismo. Te da pertenencia a un pueblo eterno con el derecho sagrado a un territorio: todos somos alemanes; te otorga una guía dogmática que sustituye Biblia y catecismo: la historia nacional, siempre muy amañada; te presenta arquetipos: el héroe nacional; te da símbolos como estandartes y banderas, y para afianzar tu identidad te construye al Otro: el francés, el polaco, el ruso.

El comunismo te hace pertenecer a la única clase social intrínsecamente buena: el pueblo, todos somos proletarios; te

otorga una guía en la vida, sea el *Manifiesto comunista*, *El Capital*, *El libro rojo* de Mao o la *Cartilla moral* de don Andrés; te muestra arquetipos: el héroe revolucionario; te da hoces y martillos, estrellas amarillas, puños izquierdos muy en alto y, para afianzar tu identidad, te presenta al Otro: en la teoría, el capitalista, el explotador; en la práctica, cualquiera que tenga lo que tú no tienes.

En los tres casos se evita el pensamiento crítico, y en los tres se te presenta un Otro contra el cual pelear: el infiel, el de más allá de las fronteras, el de más arriba. Dentro de ti mismo la batalla es idéntica, y estás lleno de argumentos para dejarte claro a ti mismo que tienes la razón y que tu guerra en particular es justa. Nunca llegarás a la paz porque todos los sistemas de pertenencia a las estructuras políticas humanas dependen de tu lucha sin fin.

LA MUERTE DE DIOS

EL LADO OSCURO DE LA ILUSTRACIÓN

El 3 de enero de 1889, el hombre que sería injustamente acusado de matar a Dios perdió completamente la cabeza y se sumergió en la locura para no regresar más. Era una gélida mañana invernal en Turín, a donde gustaba viajar en los otoños por cuestiones de salud; Friedrich Nietzsche caminaba hacia el centro de la ciudad. Era un gran caminador y buena parte de su obra más poética y mística la escribió después de largas caminatas reflexivas entre los bosques de Basilea. Meditaba por las mañanas y escribía por las tardes.

Quizá para muchos resulte un tanto extraña la idea de un Nietzsche sereno, pacífico, reflexivo, que camina en silencio y medita, porque hablando de falsificación histórica, pocos la han padecido más que este alemán que despreciaba lo alemán y el nacionalismo, y se sabía absolutamente *humano, demasiado humano*. De pronto se le asocia con los nazis y su supremacismo, con ideologías radicales y totalitarias y se le tilda de machista y antisemita. Nada está más lejos de la verdad, pero quizás el primer error es tratar de comprender como filósofo a un poeta místico que coquetea con la iluminación.

Occidente no estaba listo para Nietzsche en el siglo XIX, y difícilmente tiene cómo comprenderlo en el XXI. Enemigo intelectual del cristianismo, gran admirador de Jesús y el Buda,

así como detractor de Sócrates, Platón y la tradición cristiana basada en ellos, crítico de esa Alemania que está naciendo cuando él vive, así como de todo Estado nacionalista y sus discursos de odio y separación. Un hombre que contempló la realidad más allá del dualismo y comprendió la naturaleza ilusoria del mundo, así como los engaños de la razón filosófica.

Herr Nietzsche caminaba despacio, reflexivo como siempre, cuando una escena lo sacó de sus cavilaciones. Frente a él, un cochero molía a palos a su caballo que, exhausto, se negaba a seguir avanzando. Se interpuso entre el hombre y el animal para detenerlo; entonces, se acercó al caballo, lo abrazó tiernamente del cuello y comenzó a llorar. Nunca sabremos qué ocurrió en ese momento en la mente del poeta. Ya no volvió a hablar nunca. Esa tarde escribió pocas líneas incomprensibles en cartas a dos amigos, delirios en palabras que ratificaron su locura.

Sus amigos fueron por él a Turín para llevarlo de regreso a Basilea, y su madre lo llevó a Alemania para cuidarlo. Pasó los siguientes 11 años de su vida perdido en la inconsciencia, o al menos en un mundo que no era èste, al que de cualquier forma nunca le tuvo mucho aprecio. Descubrió la otra orilla y optó por quedarse de aquel lado el resto de su vida. Perdió el habla y eventualmente la conciencia. El 25 de agosto de 1900 murió de neumonía, completamente desconectado de lo que sucedía a su alrededor.

Fue un cambio de centuria muy simbólico, interpretado por sus contemporáneos como el inicio de una nueva era dorada, el encumbramiento del proyecto ilustrado, el triunfo de la era de la razón. En el cambio de siglo muere Nietzsche, gran crítico de la modernidad, y Freud publica *La interpretación de los sueños*, con todas sus ideas sobre los monstruos

del inconsciente que se generan en dicha modernidad. No muchos saben que los fundamentos del padre del psicoanálisis están en gran medida basados en las ideas del pensador alemán. Nietzsche, como abuelo del psicoanálisis, es poco conocido.

El siglo XIX dejó una narrativa de total optimismo. La razón fue el faro que guio a la humanidad a una nueva era de progreso ilimitado para todos los ciudadanos y de paz entre todas las naciones. No volvería a haber guerra en Europa, y la paz de Europa era la paz del mundo. Entonces la razón nos llevó a la locura, quitamos la piedra que cierra la entrada del inframundo y nos entregamos a la absoluta destrucción. Cuando dos o más quieren lo mismo y ninguno está dispuesto a ceder, hay guerra. Había más de dos, y todos querían el mundo. Cada uno tenía la razón. Nadie cedió. Cayeron dos bombas nucleares.

La muerte de Dios de la que habla Nietzsche no es sino una metáfora, una crítica simbólica a ese mundo moderno, una diatriba contra esa civilización occidental que ha perdido completamente el rumbo y marcha a la deriva, guiada tan sólo por el sinsentido, el hedonismo y el nihilismo, hundida en un profundo letargo espiritual disfrazado de optimismo científico, y en palabras del pensador alemán, basada en una religión de odio disfrazado de amor.

Herr Nietzsche no mató a Dios, él simplemente se encontró el cadáver y llamó la atención al respecto. Gritó tratando de despertar a una Europa adormecida por el progreso material y el discurso científico:

> "¡Dios ha muerto y somos nosotros quienes le hemos dado muerte!". Cómo nos consolaremos ahora, asesinos entre los asesinos. Lo que el mun-

> do poseía de más sagrado y más poderoso ha perdido su sangre bajo nuestra daga. Cómo limpiaremos esa sangre, con qué agua podremos purificarnos.

Esos son sólo algunos de los pregones que arroja Nietzsche para señalar la pérdida absoluta de sentido de la civilización occidental a raíz de la Ilustración.

Ese terrible vacío fue denunciado por Nietzsche en muy mal momento, precisamente porque nadie lo veía. La *Bella Época*, le decía la burguesía europea al momento histórico que vivían. Era insensato hablar de decadencia en pleno apogeo. La confianza depositada en el pensamiento ilustrado y científico de los siglos pasados, y en el ejercicio de la razón y la lógica, había dado resultado. Buena idea había sido colocar a la burguesía en el poder, en lugar de la Iglesia y las Coronas; buena idea sustituir los mitos y las fábulas por las certezas de la ciencia.

Dominaba el ambiente una narrativa de absoluta confianza. Era una época de optimismo, de fe en un mejor futuro guiado por el sendero del progreso. Se generaban y amasaban grandes riquezas, había productos exóticos de todos los rincones del planeta, inventos y descubrimientos, ciudades espléndidas con barrios opulentos, maravillas tecnológicas inimaginables. ¡Qué bien vivía el 15% de la población europea!, y sólo tenían que cerrar los ojos o mirar hacia otro lado para no hundirse en el fango en que se sustentaba el progreso que tanto disfrutaban.

Los que ponían atención en rincones más profundos de la sociedad y la historia, como Vladimir Lenin, ya sabían desde entonces que habría una guerra de proporciones mundiales; los que escarbaban a mayor profundidad en los entresijos de

la mente humana, como Nietzsche o como Freud, tenían claro que detrás de tanta superficie embellecida, de tantos protocolos y buenas costumbres, de tanta ética y moralidad, crecía en los recovecos inconscientes y profundos de la psique un vacío profundo y oscuro, una represión que terminaría por estallar violentamente y un sinsentido que sólo podría conducir a lo más profundo del abismo.

Uno podría preguntarse dónde está el monstruo tan terrible que está profetizando Nietzsche, y no lo vemos porque hemos crecido dentro de él y junto con él, porque ese vacío que nos envuelve con su hálito ha penetrado en nuestra médula hasta ser la esencia de nuestra normalidad, es parte de nosotros a fuerza de crecer en una civilización que viene generando y alimentando el vacío, porque así, absolutamente huecos, somos el consumidor, opinador, usuario, ciudadano y votante que se espera que seamos, porque así es como mejor le funciona la democracia a los que la tienen como narrativa para ocupar el poder.

La democracia fue el gran proyecto político de la Ilustración, la idea de que los ciudadanos libres, usando la razón como parámetro, podían gobernarse a sí mismos para guiar la evolución de la sociedad en la búsqueda del bien común e individual. Pero como el poder conlleva riqueza y privilegios, sin importar el discurso con que se ejerza, la democracia terminó en demagogos que son profesionales en engañar y manipular al pueblo para tener control del poder. Nada de lo que no nos hayan advertido Platón y Aristóteles. El siglo XXI nos ofrece la abolición del individuo y la erradicación del pensamiento crítico, desde luego, con narrativas de libertad y conocimiento. En eso terminó el proyecto ilustrado.

Voltea a tu alrededor con atención y podrás ver al monstruo comiéndose el alma de lo que fue la civilización occi-

dental. Culto a la fama, al cuerpo y al dinero, discursos de odio de todos contra todos, relaciones hedónicas y vacías, el sexo como obsesión, el placer como vicio, la fama efímera en redes como aspiración existencial, *coaches* y demás saltimbanquis de la autorrealización, la alimentación convertida en espiritualidad, el yoga despojado de su esencia, la meditación vendida como herramienta de productividad, retos y *likes* como motivaciones.

Felicidad absoluta en perfiles virtuales y falsos, y un absoluto desencanto instalado tan profundo en el corazón de las personas reales que casi nunca saben que está ahí. Lo que profetizaba Nietzsche: contra el superhombre que él anunciaba, siempre un individuo libre, se impuso la tiranía del último hombre, siempre disuelto en medio de la masa.

Y en este frío, yermo y desolado Occidente, vemos multitud de almas dolientes y desperadas buscando esa consejería espiritual en todo tipo de alternativas que sustituyan la espiritualidad y misticismo de los que comenzamos a despojarnos a nosotros mismos a partir del Renacimiento. Cristianos decepcionados se suman al islam, mientras que ateos y racionalistas buscan en el sendero del budismo, que en su camino espiritual no usa el símbolo ni la palabra *dios*.

Todas las civilizaciones han tenido como eje los discursos y filosofías que construyen en torno al sentido de la vida y la forma de transitar esta existencia tan confusa; lo hacen en forma de religiones, filosofías y mitologías, y todas han descubierto caminos fascinantes e igualmente válidos para trascender el mundo. Pero ¿por qué Occidente tiene que buscar desesperadamente en algún rincón exótico del planeta?

El mundo del Indostán construyó y se aferró a su tradición védica; el budismo, que también surge ahí, se dispersó por Asia, adquirió diferentes visiones en cada lugar en el que se

asentó y aún serena la mente de millones de seres humanos. En China muchos se aferran aún al sendero del Tao; el zen ofrece paz a los japoneses; el profeta Muhammad dio a los árabes el camino de la rendición y la entrega; los sabios judíos siguen siendo luces encendidas para su pueblo..., y ¿qué tiene Occidente?

¿Dónde están los que nos hablen de Sócrates, Parménides y Pitágoras?, ¿dónde están los maestros que nos recuerden a Heráclito y a Epicuro? ¿Dónde están los estoicos y los cínicos?, ¿quién está al mando de la Academia de Platón o el Liceo de Aristóteles?, ¿a dónde se fue el conocimiento de Hermes Trismegisto?, ¿qué fue de la alquimia transformadora y la cábala, de los misterios de Isis y de Mitra? ¿Dónde quedaron todos los caminos que trazamos y las enseñanzas que recorrimos?

¿Dónde están todos los caminos espirituales de Occidente? Si Roma, pilar de nuestra cultura, fue la síntesis del mundo antiguo y la cristiandad romana fue la fusión de lo grecorromano y lo hebreo, que a su vez contenía gran parte de la sabiduría del antiguo Medio Oriente, ¿dónde está el conocimiento milenario que heredó y construyó nuestra civilización?

El cristianismo fue el camino occidental. Gran parte del pasado místico, religioso, mitológico, gnóstico y esotérico del mundo antiguo está incluido dentro del cristianismo, pero los cristianos comunes no lo saben y la Iglesia desde luego no lo asume. Grandes tradiciones iniciáticas y mistéricas heredó el Occidente grecorromano del mundo antiguo, los misterios de Mitra, convertido en Cristo, y los de Isis transformados en culto mariano; el misticismo de Egipto basado en las enseñanzas de Hermes Trismegisto, la meditación, intros-

pección y renuncia del estoicismo, filosofías metafísicas como las de Platón, Parménides y Pitágoras.

Muchos caminos y maestros espirituales, símbolos y mitologías fueron sincretizados por un cristianismo que negó todo su pasado para asumirse como una revelación directa de Dios. Pero hablando de falsificaciones, ninguna peor que transmitir la idea de que Dios, eterno y omniabarcante como Es, infinito e ilimitado, inconmensurable y amor puro, se manifestó una sola vez, en un solo momento, a un solo grupo selecto de elegidos, a los que reveló un conjunto de dogmas que, de no ser creídos, lo conducen a uno a un castigo eterno tras la muerte.

Dado que todo momento o idea presente es resultado de la fuerza de la historia, de toda la dialéctica del pasado, de una red infinita de causas y efectos, el cristianismo tomó conocimiento de todas las raíces místicas, simbólicas y mitológicas del mundo antiguo, lo incorporó y lo expuso en su propia narrativa y con sus propios símbolos, lo transformó y adaptó, y lo siguió transmitiendo hasta olvidarse por completo de su origen y asumirse plenamente revelado, en exclusividad y sin antecedentes históricos. Lo peor, despojado de introspección y convertido en dogma.

Entre la época de Jesús y la del emperador Constantino median los tres siglos en los que se construyó la filosofía, la ética, la mitología y la mística de lo que más adelante se llamaría *cristianismo*. Dicha construcción, teórica y conceptual, cuando Dios no es teoría ni concepto, gira en torno a las propuestas de Saulo de Tarso, un judío helenizado que no conoció al maestro, pero que, según la tradición, recibió la iluminación directa de parte del Cristo resucitado.

Como filósofo griego, y maestro fariseo que era, san Pablo conjuntó la enseñanza de la Torá con el neoplatonismo y el

estoicismo de la época; maestros y pensadores que le siguieron terminaron de conjuntar el gnosticismo griego, el hermetismo egipcio y, eventualmente, las necesidades políticas romanas en un mosaico que hoy llamamos *cristianismo*, y que incluye el conocimiento de la Antigüedad, absolutamente despojado de su esencia.

La mística cristiana se basa en la tradición grecoegipcia de Hermes Trismegisto; la cábala renacentista se basa en la hebrea que hunde raíces en Sumeria y Egipto, de donde también procede la idea de trinidad y de sagrada familia; los Reyes Magos eran sacerdotes mazdeístas; el árbol de la vida ya estaba en el jardín de los persas, así como el diluvio en el Poema de Gilgamesh; Inanna y Tammuz, antiguos dioses sumerios, ya habían hecho el recorrido crístico de morir, descender al inframundo, derrotar a la muerte y resucitar al tercer día. Tanto Isis como Inanna fueron ascendidas al cielo como lo fue la Virgen, y Satán será vencido al final de los tiempos, al igual que Seth y Arimán. Todo surge de Dios y sólo a Él se puede volver.

Todas las tradiciones místicas y religiosas nos dan la misma buena nueva, pero en el espacio del mundo dominado por Roma se impuso una sola cosmovisión como oficial y obligatoria; todas las tradiciones antiguas en las que dicho cristianismo se basó fueron abolidas y prohibidas. El cristianismo las integró, las incorporó y las fue disolviendo. Eventualmente, nos olvidamos de ellas.

El cristianismo romano occidental tuvo una historia que en gran medida no le permitió inculcar una religión y desarrollar la espiritualidad entre la población. Primero, porque era un culto imperial, y el emperador siempre busca el sometimiento y no la iluminación de sus súbditos; en segunda instancia, porque el Imperio colapsó y esa cristiandad tuvo que

desarrollarse en medio del caos haciendo, literalmente, todo lo posible para sobrevivir, incluyendo renunciar a sus principios.

El cristianismo católico se impuso como culto oficial y único permitido del Imperio romano en el año 380. Nadie podía saberlo, pero para ese momento el Imperio ya había comenzado a caer, los hunos ya cruzaban los montes Urales rumbo a Europa…, 100 años después ya había dejado de existir. El Imperio de Oriente existió 1,000 años más, y su correspondiente cristianismo evolucionó en ese marco de protección imperial, con una gran tradición mística oriental, y con musulmanes como la otredad perfecta que afianzó su identidad religiosa.

En Occidente cayó el Imperio y le sobrevivió su Iglesia. Todos en el espacio romano eran cristianos, aunque nadie sabía bien qué cosa era eso, y todo lo demás quedó prohibido. Concilios conflictivos y sucesiones papales violentas, en medio de tres siglos de migraciones e invasiones, son condiciones que no permitieron una real evangelización, lo cual se subsanó imponiendo dogmas y sumando fieles con guerras santas contra los nórdicos que, en el siglo XII, aún rendían culto a Thor.

Las enseñanzas sencillas y profundas del maestro Jesús fueron sustituidas por dogmas y catecismos que teólogos neoplatónicos construían con base en la metafísica griega. No hay forma de que eso consuele, y no hay manera de que el campesino medieval lo comprenda. El noble tampoco. Contra la sabiduría se impusieron dogmas complicados e incomprensibles que fueron inoculados con temor al castigo temporal de la Iglesia y al fuego eterno del infierno. En tiempos romanos, Jesús habló de amor y la población medieval sabía mucho de miedo.

Hablando de falsificaciones, Jesús habló del amor incondicional, del perdón perpetuo y de la absoluta confianza alegre en Dios; de pronto la religión construida en torno a su mito, más que a su persona, se basaba en ayunos y mortificaciones, pecados y culpas, flagelos y lamentaciones, miedo, ignorancia y fanatismo. Su reino, que no era de este mundo, fue el cimiento de una Iglesia que acumulaba la riqueza, el conocimiento y el poder; los diezmos, que deberían ser símbolo de compasión y solidaridad, llenaron las arcas de una institución corrupta y superficial.

No era difícil construir un discurso contra eso. Pero no había quién lo hiciera, puesto que las narrativas siempre han sido introyectadas en la mente humana hasta que se convierten en verdad. Dios había determinado que así era el mundo y no había nada que hacer. El siervo no tenía cómo generar una intelectualidad contra eso, y el señor feudal no tenía interés.

Entonces los turcos otomanos tomaron Constantinopla en 1453 y cerraron los puertos del Mediterráneo oriental a los cristianos, quienes, atados económicamente a las rutas de la seda, salieron a explorar el mundo en busca de alternativas. Fue así como llegaron a América en 1492, y comenzaron con ello la historia de un nuevo mundo, el llamado *moderno*, en el que la burguesía comenzó su empoderamiento económico y después político.

Es para el siglo XVI que esta nueva clase social, y las riquezas que genera, conduce al gran florecer cultural llamado Renacimiento. Es la era en que se consolida la monarquía absoluta, al igual que el poder del papado, que entra también a su etapa de mayor corrupción y abuso. El poder de los poderosos es total y se basa en la idea del derecho divino. Dios nombra al papa y a los reyes y todo se hace en Su nombre. El

Gobierno, bueno o malo, justo o injusto, capaz o incompetente, es la voluntad del Señor.

Esa narrativa es la que será cuestionada por los filósofos de la Ilustración en el siglo XVIII. Dichos pensadores no tienen interés alguno por la metafísica y las cuestiones abstractas, su filosofía es pragmática, como pragmática es la burguesía, y gira en torno a cuestiones sociales y políticas. Es una filosofía del poder, elaborada por una clase social que aspira a arrebatar dicho poder a los monarcas, por lo que comenzarán cuestionando, por encima de todo, el discurso de legitimidad de reyes, papas y nobles en general: Dios.

Pero dieron un salto cuántico muy grande. De señalar que Dios fue el discurso sometedor de la Iglesia, pasaron a Su inexistencia; todo ello basado en una filosofía empirista que da por inexistente todo aquello que no sea captable y comprobable por los sentidos. Es decir, cayeron en una gran trampa del ego: si yo no lo comprendo, no existe. Eso, y que su combate es contra un concepto bastante infantil de Dios, el severo juez cósmico que nos creó proclives al pecado, nos expulsó del paraíso y nos espera para ajustar cuentas en el juicio final.

El detalle es que el propio concepto de Dios incluye la idea de Su incomprensibilidad. Él eterno y nosotros anclados al tiempo, Él espíritu y nosotros materia, Él infinito y nosotros limitados por el espacio. Dios no es abarcable por nuestra experiencia y, por lo tanto, no es comprensible para la mente racional. Eso lo hace inexistente, sólo si asumimos que la razón es nuestra única capacidad cognitiva. Eso pensaron los ilustrados.

Kant, brillante por encima de las mentes de su época, expuso que tiempo y espacio son los *a priori* del conocimiento en la mente; es decir, las dos categorías que aplicamos a todo

aquello que aspiramos a conocer, pero que no son en absoluto aplicables al misterio divino. Lo que el filósofo nos aclaró es que nuestra mente es incapaz de comprender cualquier cosa que no exista, como nosotros mismos existimos, en el espacio y en el tiempo. Pero que algo sea incomprensible no lo hace irreal, sólo es inefable.

Por aquellos años se vive también una gran revolución científica, que comenzó desde las ideas heliocéntricas de Copérnico y llegó a un punto máximo con Newton descubriendo las leyes de la óptica y la termodinámica, al tiempo que discutía con Leibniz quién era el creador del cálculo infinitesimal. La ciencia respondía a preguntas sobre el mundo que las Sagradas Escrituras no, o peor aún, que sí respondía pero de manera equivocada. Claro que a dicha conclusión sólo se puede llegar si se cae en el portentoso error de asumir como literal un texto que sólo puede ser profundamente simbólico.

Los científicos comenzaron a descubrir las verdades del mundo —desde la redondez de la Tierra hasta el Big Bang—, pero cayeron en una falacia: la idea de que conocer el origen del universo significa en automático que Dios no existe. No hay relación alguna de causa y efecto entre esas dos ideas, además de que nunca se ha descubierto en realidad el origen del universo; pero comenzó con ello la absurda idea que como civilización arrastramos hasta hoy: que hay que elegir entre fe y razón, aunque sean materias distintas, que buscan por caminos diferentes cosas diametralmente opuestas.

Arrastramos una narrativa de conflicto donde no pueden coexistir la religión y la ciencia, porque los científicos no creen en Dios, aunque sí lo hicieran Copérnico, Galileo, Newton, Kepler, Leibniz, Halley y hasta Einstein; donde los inteligentes no creen y, por añadidura, donde creer, si bien es

tu derecho en el mundo libre, no debería ser exhibido porque es de gente ignorante.

Es de fundamental importancia que el concepto de *Dios* evolucione, del barbón con sandalias que creó el universo, a algo mucho más abstracto y profundo. Los más brillantes ateos, desde cualquier Juan de a Pie, hasta el célebre Richard Dawkins, se pelean con la idea de Dios que tiene un niño de siete años, que lamentablemente es la que se ha quedado la inmensa mayoría de las personas.

Desde luego, es posible teóricamente que Dios no exista, pero la situación es que toda civilización en la historia humana ha girado en torno a su idea de Dios. Occidente se convirtió en la única que terminó de construirse con base en la negación de su propia idea de Dios. La ciencia probablemente está destinada a obtener todas las respuestas sobre el mundo; la verdadera espiritualidad busca trascenderlo. Nos entregamos a la ciencia como nueva fe y eso finalmente nos condujo al vacío.

Educados como fuimos, con base en el miedo, nunca desarrollamos conciencia. Nuestro buen comportamiento estaba programado como si fuésemos ratas de laboratorio, con el condicionamiento simple de miedo al castigo y la esperanza del premio. Cielo e infierno. De pronto no había Dios, entonces dejó de haber juez, castigo e infierno. Se podía pecar sin miedo, y lanzarnos a la fiesta del hedonismo a la que nos invitaba nuestro nuevo desarrollo industrial y económico.

En la muy antigua Grecia, antes de Sócrates, la tragedia griega era una enseñanza mística, una filosofía sobre la vida, una muestra del contenido de la mente humana, un símbolo mundano de la realidad metafísica. La tragedia muestra la realidad sobre el destino, sobre nuestra futilidad y pequeñez ante lo inmenso y lo eterno, nuestra inútil lucha contra lo

inevitable. Es una filosofía de la aceptación y una muestra de que lo trágico no son los acontecimientos, sino nuestra resistencia a ellos. Lo han dicho siempre budistas y estoicos: el sufrimiento nunca está en los hechos, sino en nuestra forma de enfrentarnos a ellos.

No había moral en la tragedia anterior a Sócrates y Platón. No había una dimensión donde bien y mal se enfrentasen. Iba, parafraseando a Nietzsche, *más allá del bien y del mal.* La tragedia fundacional de Occidente, según el pensador alemán, es la introducción de la moralidad, convertida por el cristianismo en una ética del débil, como cimiento de una religión que, incapaz de enseñar al hombre cómo enfrentase a la vida, lo conmina a esconderse de ella, a evadirse. Eso era para el profeta del superhombre la situación de la civilización occidental en ese momento: debilidad.

¿Cómo poder acusar de debilidad a la civilización que ha dado la vuelta al planeta, ha conquistado todos sus rincones y ha sometido a la inmensa mayoría de sus pueblos? Justo por eso. Sólo los que no son capaces de dominarse a sí mismos tienen la necesidad de dominar a otros. El superhombre profetizado por Nietzsche es el que ha tomado control de su mente, sus deseos y su voluntad, y ha trascendido la naturaleza animal del humano para llegar a algo más sublime. No es una raza suprema como la proclamada por los nazis, sería más parecido al iluminado pregonado por el Buda.

Pero en Occidente, acusaba Nietzsche, no creemos en la iluminación, en la capacidad absolutamente autárquica de salvación, en la facultad de penetrar en las profundidades más oscuras de nuestra alma para desafiar a las creaturas de nuestro inconsciente, ir al desierto a enfrentarnos tres veces contra Satán y vencerlo; derrotar al minotauro de nuestro la-

berinto y renacer triunfantes como Sol Invicto, como Cristo resucitado y luminoso.

Menos aún creemos en la posibilidad de lograr todo eso como el Cristo o como el Buda: por mérito propio. Nosotros nos convencimos de nuestra naturaleza caída y pecaminosa, de nuestra debilidad intrínseca, de nuestra condición material y profana que es además insuperable. Una realidad mundana de miseria que sólo termina con la muerte, si es que sostuviste los dogmas correctos, pues de lo contrario la miseria se prolonga por toda la eternidad.

Nosotros no podemos aspirar a la apoteosis que buscaban todos los griegos en el viaje del héroe; a transformarnos en dioses, a trascender el mundo y contemplar lo divino en unicidad absoluta. No. Nosotros somos polvo y nada más. Caídos y culpables. Dependientes siempre de una fuerza externa para poder aspirar a una salvación, que nunca será en esta vida, y que por alguna extraña razón está relacionada con soportar el sufrimiento y la injusticia social.

Entregamos nuestro poder al no ser capaces de encontrar lo divino dentro de nosotros mismos, lo cual conduce al vacío existencial en el que se sustenta la fuerza de nuestra civilización: eterna insatisfacción transformada en consumo para tratar de llenar con placeres del mundo un vacío que es espiritual. Ya nos habían dicho Jesús y el Buda que el mundo sólo puede ofrecernos insatisfacción. Buscar en el mundo lo que corresponde al espíritu nos encadena en el mecanismo insaciable del deseo, de vital importancia para que el capitalismo funcione, pero absolutamente incompatible con tu paz interior.

De la muerte de Dios suele acusarse, siempre sin fundamentos, a Friedrich Nietzsche. Una sola frase, muy mal comprendida, es lo que acompaña a la posteridad a uno de los

grandes poetas místicos y filósofos de Occidente. Pero la muerte de Dios comenzó con el Renacimiento y tuvo que ver con que comenzamos a definirnos únicamente por nuestra capacidad racional, olvidando todos los demás recovecos y misterios de la mente humana, como la intuición, el simbolismo, la abstracción y el abandonado terreno emocional, que es en el que podemos tener la experiencia de lo divino.

El dios de la Iglesia debía ser superado, eso sin duda alguna, pero la inexistencia de ese mito sometedor no tiene nada que ver con el Misterio Eterno al que llamamos *Dios*. Negamos una idea, relacionada más con autoridad y castigo que con providencia y amor, nos peleamos con ese padre freudiano cósmico y comenzamos a olvidarnos de nuestra dimensión espiritual. El mundo que comenzábamos a comprender y a dominar parecía mucho más atractivo.

La Iglesia se olvidó de Dios y de la espiritualidad para dedicarse a la política; los ilustrados desarrollaron una gran intelectualidad política contra esa Iglesia corrupta y decadente, y como parte de esa revolución intelectual cargaron contra el fundamento del discurso: Dios. Fue así como lucharon contra ese limitado concepto, contra sus símbolos, mitologías y misticismos, y liberaron a la sociedad del mito.

Como toda sociedad liberada debe ser sometida, el siglo XIX fue el de la construcción de nuevos dogmas y mitos; y así como la Iglesia impuso su narrativa desde los púlpitos, los nuevos amos lo hicieron desde el sistema educativo. Qué terrible era que la Iglesia tomara a los niños desde muy pequeños para inocular en su cabeza los mitos en torno a Dios. Nunca más. Ahora serían tomados por el Estado para inculcar en sus frágiles mentes los mitos del nacionalismo.

Dejamos de ser un débil y temeroso individuo tratando de ser parte de algo más grande, como Dios o el cuerpo místico

de Cristo, y pasamos a ser débiles y temerosos ciudadanos tratando de ser parte de algo más grande que nosotros: la nación. Los individuos mueren, pero las naciones son eternas. Has quedado liberado de dar tu vida por Dios. Todos sabemos que la vida debe sacrificarse por la patria. La democracia, la libertad y la causa se convirtieron en más alternativas, buenas razones para matar y morir.

LA MADRE DE TODAS LAS GUERRAS

NARRATIVAS DE FASCISMOS, DEMOCRACIA Y COMUNISMO

Era el 30 de abril de 1945 y en Berlín prácticamente no quedaba piedra sobre piedra. Años de guerra y bombardeos habían convertido la otrora gloriosa capital imperial en un campo de muerte y destrucción. La guerra estaba perdida y el Tercer Reich era tan sólo una sombra oscura de los delirios de grandeza de Hitler, de ese discurso de odio, de supremacismo racial y de antisemitismo que no fue una invención del Führer, sino el producto de lo que Europa había estado generando los últimos siglos. Hitler no fue el problema, fue tan sólo un síntoma, una manifestación.

Siempre nos decimos que el pueblo que desconoce su pasado está condenado a repetirlo, y que para eso estudiamos historia, para no repetir los errores del pasado. Pero no se puede aprender nada de las versiones infantiles y maniqueas que nos cuentan y damos por buenas sin mucho cuestionamiento. La guerra está siempre llena de mentiras, comenzando porque, dado que cada bando se define a sí mismo como el bueno, el que defiende lo correcto termina por convencerse de que cualquier cosa es válida, cualquier sacrificio, con tal de obtener el triunfo, como soltar dos bombas atómicas sobre población inocente.

La principal mentira que nos cuentan sobre la guerra es que es inevitable. La guerra nunca es inevitable, sólo hay que renunciar. En todas las guerras, comenzando por las propias. La siguiente mentira es la de las guerras justas, que son siempre las nuestras y nunca las del otro. La otra mentira fundamental es la de la paz. No existe la paz en el juego eterno de las potencias, sólo momentos y circunstancias en que los combates y la agresión no se dan directamente por el camino de las armas. Sólo hay paz cuando a los poderosos les conviene más que la guerra, y sólo es el estado intermedio en lo que vuelve la conflagración.

En nuestra mente ocurre lo mismo. Denominamos *paz* al estado de relativo sosiego entre un conflicto y el siguiente; pero mientras pensemos tener la razón, y ésa una falsificación que normalmente nos contamos a diario, la guerra siempre estará latente. La verdadera paz sólo se obtiene con una mente aquietada, y a ese estado sublime sólo se llega a través de la entrega y de la renuncia, valores que nunca son los que se educan desde el poder, pero que han sido siempre la enseñanza de los grandes maestros, de esos a los que decimos seguir y en los que supuestamente se fundamentan las religiones de la humanidad.

Vivimos engañados por las narrativas de guerra y paz. Si yo te cuento que hubo dos guerras mundiales, y además te doy fechas de inicio y fin de cada una de dichas conflagraciones, pareciera que antes y después de ellas, así como en el periodo intermedio, hubo paz. Eso nunca ha sido así. Los poderosos nunca dejan el conflicto por el poder, pero a veces son necesarias las narrativas de paz, siempre como una estrategia o una necesidad.

Los buenos siempre ganan, porque al ganar escriben la versión en la que ellos son los buenos y sus valores los co-

rrectos. La Gran Guerra se nos ha vendido como un conflicto metafísico entre el bien y el mal, ganado afortunadamente por el bando correcto… y, sin embargo, este mundo derruido y enfermo en el que vivimos es el que construyeron los ganadores de la guerra.

El siglo XXI es el mundo construido por los ganadores de la Primera Guerra Mundial; este es el mundo de los buenos, que por supuesto nunca dejan de luchar porque los malos siempre están al acecho. Para que los malos no conquisten el mundo, los buenos luchan contra ellos y conquistan el mundo. Los buenos siempre somos nosotros; los malos siempre son ellos, los otros, los diferentes, los equivocados. Nadie es nunca el malo de la historia. La humanidad está llena de paladines bondadosos que, guiados por los engaños de su ego, asumen que, por el bien de la humanidad, ellos deberían estar al mando y sus ideas deberían prevalecer.

Berlín, 30 de abril. Más de dos millones de soldados aliados amenazaban la ciudad y casi nadie quedaba para defenderla. Muchos huyeron, otros más se suicidaron, y los más radicales decidieron vender con su sangre los escombros de la ciudad y perecer junto con ella. Las glorias de la guerra. Morir por conceptos abstractos, *Dios*, *patria*, *pueblo*, *libertad*, probablemente la más importante falsificación en toda la historia de la civilización.

Nadie está dispuesto a morir por una causa perversa. Todas las causas son gloriosas, todas lo han sido. Hitler y los nazis no engañaron a su gente, no mintieron, puesto que creían las locuras que decían; se veían como los buenos y a sus reivindicaciones como sensatas. La razón es una prostituta, todos la tienen; los dos bandos en un conflicto tienen la razón. Hitler nunca se vio a sí mismo como el malo, como tampoco lo hizo Osama bin Laden ni lo hace Vladímir Putin.

Si ellos fuesen los malos y nos comprometemos con la narrativa, Bush y Biden serían los buenos, y eso sería terrorífico.

Como cada populista, ellos decían la verdad, decían lo que realmente sentían y creían en lo más profundo de su mente. El problema es cuando la perturbación en lo más profundo de un líder carismático hace eco en las perturbaciones de una multitud frustrada. El problema no es que exista una ideología totalitaria y radical, sino que encuentre eco en la sociedad. Hitler es un síntoma.

Las calles que sirvieran para fastuosos desfiles de tropas enardecidas con antorchas, y enceguecidas con una ideología, eran ahora espacio de barricadas. Moría la pesadilla nazi junto con su Führer. El mundo sin nacionalsocialismo no vale la pena, se dijo Goebbels antes de organizar el suicidio de toda su familia. El sol seguía su marcha y el día amenazaba con terminar sin una victoria decisiva para el Ejército Rojo de la Unión Soviética, que cumplía 15 días de asedio y de luchar palmo a palmo contra los defensores.

El ser humano vive de símbolos, y no había mayor símbolo de victoria que entregar la capital nazi al camarada Stalin en el Día Internacional de los Trabajadores, primero de mayo, que estaba por llegar. La guerra estaba ganada, por los soviéticos desde luego, aunque las películas siempre nos muestren a las tropas norteamericanas. Pero la victoria necesita símbolos tangibles para poder inflamar el pecho de los combatientes. Era imprescindible un héroe dispuesto incluso a dar su vida por un inútil gesto heroico.

Los dos grandes símbolos de la ciudad estaban derruidos, pero en pie: la Puerta de Brandemburgo y el edificio del Reichstag. La primera construida en 1781, cuando una Alemania unificada seguía siendo un sueño inalcanzable, pero el Reino de Prusia, que a la postre la unificó, se levantaba como la

nueva potencia europea. Una hermosa entrada neoclásica que servía como recordatorio de que los bárbaros germánicos estaban ahora a la vanguardia de la civilización. El segundo era precisamente el símbolo de la Alemania unificada como imperio, la sede del Parlamento mandada construir por Guillermo I Hohenzollern en 1884, y que fuera protagonista clave en el encumbramiento de Hitler como dictador.

Las tropas se disputaban el espacio de la Puerta de Brandemburgo. El parlamento, símbolo del poder, estaba a pocos metros, pero inalcanzable. El sol comenzaba el tránsito hacia su ocaso, cuando un reducido y escurridizo grupo se escabulló entre cuerpos y columnas de humo para llegar al famoso edificio del Reichstag. En medio del infierno, un valiente camarada logró trepar hasta la azotea donde aún ondeaba el destruido pabellón nazi. Ahí, frente a propios y extraños, logró desatar la infame bandera de la terrible dictadura de derecha, e izar la gloriosa bandera de la terrible dictadura de izquierda. El pueblo, los trabajadores, los camaradas habían vencido.

Hablando de falsificaciones, las palmas las tienen la izquierda y la derecha. No hay discurso más falso y manipulador en la actualidad que esa dicotomía política que nació en la Revolución francesa y que sólo explicaba la realidad del siglo XIX, por más que los ideólogos hayan logrado estirar el discurso hasta el siglo XXI. Pero la falsedad de falsedades ha sido ese discurso donde los fascismos, sea el de Hitler o el de Mussolini, son dictaduras de extrema derecha.

El nazismo y el fascismo fueron movimientos de izquierda, su inspiración es socialista, una transformación y remodelación de la sociedad regida por la ideología de un grupúsculo en el poder; son alternativas al comunismo leninista y a diversas interpretaciones marxistas, pero igual de enemigos de

la democracia liberal que el propio Stalin, e inspiradas en los movimientos y partidos socialistas en los que Mussolini y Hitler militaron en su juventud. Tomaron los dos discursos de odio y violencia más socorridos de su tiempo, socialismo y nacionalismo, y los hicieron uno solo.

Tanto los fascismos como los comunismos son proyectos de ingeniería social de corte colectivista, enemigos acérrimos del desarrollo de la individualidad y las libertades que ésta conlleva. Pensamientos totalizadores que pretenden unificar el pensamiento de todos los individuos para que sean los engranes perfectos de una maquinaria bien engrasada, sea el Estado, el Partido o la causa.

Crecemos con tantas contradicciones en las narrativas históricas, introyectadas desde pequeños, que vivimos dentro de ellas sin notar la incoherencia en la que vivimos. Por ejemplo, de España nos dicen y decimos que era el país más pobre y atrasado del siglo XV, aunque fuera el único en lograr la proeza de colonizar todo un continente y dar la vuelta al mundo. Entonces nos preguntamos cómo es posible que el país más atrasado lograra la máxima proeza, pero difícilmente cuestionamos la narrativa.

Claro, España se hizo potencia porque descubrió y conquistó América, es la historia común; en vez de comprender que descubrió y conquistó América porque era potencia. Estados Unidos se hizo más poderoso que México porque le arrebató el territorio en una guerra, en lugar de asumir que logró ese despojo porque ya era más poderoso.

Asumimos del mismo modo que un régimen en el extremo de la derecha y otro en el de la izquierda son idénticos en cada una de sus formas. Entonces repetimos, sin pensar mucho, la frase hecha de que los extremos se tocan, en lugar de entender que Hitler, Mussolini y Stalin son exactamente lo

mismo: ideologías colectivistas que sólo otorgan valor al "individuo" como la parte de un todo al que deben dedicar su existencia.

En el comunismo de Stalin, el partido está por encima del Estado que a su vez está por encima del individuo, que no tiene valor más que como engranaje del Estado y servidor del partido. Una única ideología es la forma de pensar correcta y traidor es aquel que no la comparte. El partido-Estado, a través de su indiscutible gran líder, dirige todos los aspectos de la vida social y controla los procesos económicos. La población queda divida entre aliados y traidores, y el poder es sostenido con la opresión del ejército. Idéntico en cada detalle al fascismo de Mussolini y al nazismo de Hitler. No son extremos que se tocan. Son lo mismo.

Cambian detalles en las narrativas; los fascismos hacen todo lo anterior por la patria o la nación, mientras que los comunistas lo hacen por el pueblo. Es cierto que los segundos prohíben la religión mientras que los primeros la apoyan y se apoyan en ella, pero el propio Stalin terminó permitiendo a la Iglesia ortodoxa rusa, siempre que se alineara al partido, justo como hicieron los fascistas. La principal diferencia sería que el comunismo se asume como movimiento internacional, revolución mundial, mientras que los fascismos se asumieron como un socialismo de raza, es decir, ultranacionalista, como terminó siendo Stalin.

Así es que dos versiones distintas de lo mismo se enfrentaban en el final de la Gran Guerra del mundo moderno, mientras la otra alternativa, la democracia, observaba la destrucción, actitud que no debería extrañarnos si consideramos que aquel tercer bando estaba encabezado por Inglaterra y Estados Unidos, los grandes expertos globales en lograr que alguien más luche sus guerras.

Entonces, el sargento soviético de origen georgiano, Melitón Varlámovich Kantaria, en un heroico despliegue, ató la bandera de la Unión Soviética en lo alto del parlamento alemán. Arriesgó su vida por colgar un trapo, pero ése es el poder de los símbolos en la mente. Victoria. En el mismo derruido tejado, el fotógrafo militar Yevgeni Jaldéi logró inmortalizar el momento a través de su lente. ¡Qué suerte la del fotógrafo, qué gran día para ser comunista! Dos semanas después, todos en la Unión Soviética y el mundo pudieron ver la heroica imagen en revistas y periódicos. Los buenos siempre ganan, y los buenos habían vencido.

El único detalle que falta a la anterior historia es saber que es absolutamente falsa. Es decir, todo ocurrió así, pero más o menos un poco diferente. Los soviéticos dieron la gran batalla de Berlín, del 15 al 30 de abril de 1945, en un intento no sólo de derrotar el régimen nazi, sino de capturar la ciudad antes que sus aliados estadounidenses que ya comenzaban a ser sus enemigos.

Los soviéticos ganaron la Segunda Guerra Mundial y entraron a Berlín antes que los estadounidenses; todo eso es cierto, como evidentemente lo es que un soldado soviético ató una bandera al Reichstag y fue fotografiado en el acto. Pero esa foto fue tomada una semana después, cuando la guerra había terminado, las tropas se habían rendido, la ciudad estaba totalmente bajo control y el heroico camarada no corría ningún peligro. Más importante aún, en un contexto que permitía preparar bien la foto espontánea, dado que la imagen más importante de la victoria no puede depender del azar. Hay demasiadas cosas en juego.

Días después de la victoria, el aparato de propaganda planeó la imagen. Se definió el encuadre, se buscaron candidatos para dar desempeñar el rol de héroe desconocido y se hi-

cieron varias tomas. Ya con la fotografía lista se hicieron retoques: se avivaron algunos colores, se agregaron columnas de humo para dar mayor dramatismo y se borraron del brazo del soldado heroico los relojes de pulsera que llevaba puestos como resultado de saquear cadáveres enemigos (los camaradas no hacen eso).

No se trataba solamente de una guerra entre dos países, Alemania y la URSS, sino entre dos posturas ideológicas, entre dos visiones del mundo y del socialismo mutuamente excluyentes en sus ideas, aunque idénticas en sus prácticas. Sólo una, la correcta, podía resultar victoriosa. Así fue. Siempre es así.

No basta con ganar. Es necesario construir un símbolo. Comenzaba la era de la comunicación masiva y era fundamental que los camaradas de todo el mundo vivieran como propio el triunfo de sus hermanos mayores soviéticos, como glorioso preludio de que la revolución proletaria mundial terminaría por vencer en todo el planeta contra los mezquinos intereses capitalistas.

La segunda foto más famosa de la Segunda Guerra Mundial está basada en hechos reales, pero es una farsa. Tenía que serlo si quería competir contra otra farsa del mismo tamaño: la primera foto más famosa de la Segunda Guerra Mundial, la imagen victoriosa de los marines estadounidenses levantando su bandera en Iwo Jima, en su guerra contra Japón.

Estados Unidos luchaba contra Japón en el océano Pacífico, según nos contaron, para responder a un artero y sorpresivo ataque sobre Pearl Harbor, antes del cual nadie hubiese esperado un enfrentamiento entre esos dos países, a pesar de que llevaban en estado de hostilidad desde que Estados Unidos atacó Tokio, ahí sí por sorpresa, en 1853; de que tenían

conflictos por Hawái desde 1867, por Filipinas desde 1895, y de que los estadounidenses habían decretado un embargo comercial en su contra en 1940. No, todo fue sorpresa. Como en cada guerra estadounidense donde la gran potencia nunca agrede, sino que se defiende de los arteros ataques de los malos.

Japoneses y estadounidenses entraron en guerra directa a partir de 1941, como fueron todas las guerras de aquel tiempo, por la construcción de imperios; esto es, porque dos países querían de pronto conquistar los mismos territorios y ninguno estaba dispuesto a ceder. Los estadounidenses se dedicaron a luchar principalmente en las Filipinas, perdidas y recuperadas, y desde ahí fueron buscando el acercamiento al archipiélago japonés para poder atacarlo directamente con la aviación. En dicho contexto, capturar una isla pequeña, pero cercana como Iwo Jima resultaba estratégico.

En la mañana del 23 de febrero de 1945 los marines americanos alcanzaron las costas de la isla y comenzaron a desembarcar, en combate directo contra los defensores nipones, que ya sabían perdida la guerra desde entonces, por lo que, las bombas atómicas no fueron necesarias para terminar con la guerra.

El monte Suribachi era la elevación más importante de la isla, por lo que la orden fue tomar posesión de él como prioridad, lo cual se logró aproximadamente a las 10:20 de la mañana. Como corresponde a una victoria, los soldados, inflamados de fervoroso patriotismo, improvisaron un asta y lograron colocar una bandera como símbolo absoluto de la victoria. Era un montículo en una isla pequeña en el Pacífico. Nadie lo vio.

Pero simbólicos somos y de símbolos vivimos, y ese sentimiento exaltado, de esos que te disponen a dar la vida por

una causa, que brotó en el pecho del grupúsculo de soldados anónimos, era necesario en el pecho de decenas de millones de estadounidenses que no lo experimentarían si no tenían un símbolo emotivo de la victoria. Así pues, un burócrata militar guardó como recuerdo la primera bandera izada y se preparó todo para colocar una segunda bandera.

Cuando fue colocada la segunda bandera ya había fotógrafo (Joe Rosenthal), radiocomunicadores y cable telegráfico hasta la cima del Suribachi. Seis marines comenzaron a acumular un montículo de piedras para poder detener el poste y la bandera, en preparación de una toma perfecta, con el pabellón de las barras y las estrellas en todo lo alto, y el fotógrafo registró el proceso. Una de esas fotos fue de la que el editor de Associated Press dijo: "aquí hay una foto para todos los tiempos".

Las guerras cuestan mucho dinero. En una dictadura como la nazi o la soviética, ese dinero es simplemente arrebatado a su generador y propietario legítimo: el ciudadano. En una sociedad como la estadounidense se obtiene más capital vendiendo bonos de guerra: anunciando la contienda directamente como negocio. Para vender lo que sea hay que apelar a las emociones humanas, y nada iba a despertar más la emoción de la opinión pública que la foto de Iwo Jima. Bueno, sí, una gira nacional con los marines que la levantaron hablando ante el público. El Capitán América en toda su gloria.

Todos los estadounidenses y el público europeo conocían esa foto para marzo de 1945, la cual era el símbolo perfecto del heroísmo estadounidense, de su valentía y su entrega, de su patriotismo, pero ante todo, del triunfo del bien contra el mal, dado que Japón era un tenebroso imperio y Estados Unidos una brillante democracia. La democracia y todos los

significados depositados en ella, como libertades, derechos, capitalismo y globalización, habían triunfado.

Pero la democracia no es más que un engaño ideológico de la burguesía para adormecer al pueblo, según dictan todos los cánones marxistas; por lo que el verdadero pueblo, el proletariado, no había ganado aún. La democracia era superior al imperio, pero la máxima superioridad moral descansaba en el comunismo, cuyo monopolio ideológico estaba en la Unión Soviética y su destino en manos de un solo hombre: el camarada Stalin.

Así son las paradojas de la justicia política y las narrativas de poder. Está mal que en la etapa feudal mande la nobleza terrateniente que somete a la masa de plebeyos; es terrible que en la monarquía absoluta una sola persona tenga decisión de vida o muerte sobre todo un pueblo; imperdonable que la aristocracia sea dueña de todo; inmoral que un reducido Parlamento pretenda ejercer la soberanía de todo un país y que una pequeña elite capitalista sea dueña de toda la riqueza, pero es lógico, deseable y éticamente correcto que un solo camarada imponga su voluntad sobre la patria de los trabajadores liberados y que un solo partido reducido posea toda fuente de riqueza. Lo mismo con diferente discurso.

Es impresionante a qué nivel nuestras mentes son dominadas por las narrativas. No hay diferencia alguna entre la monarquía absoluta y el comunismo estalinista; sin embargo, hordas de proletarios frustrados, en gran medida gracias a los discursos, están dispuestos a dar su vida por acabar con la primera e instaurar la segunda. Una persona tiene poder total, pero esa persona representa al pueblo, no como la farsa del monarca que representa a Dios.

Dos imágenes dieron la vuelta al mundo, la bandera de Iwo Jima y la del Reichstag, y cada bando sintió suya la vic-

toria. Es como los franceses, que fueron derrotados en un mes, entregaron París y se unieron a los nazis y, sin embargo, cada francés de hoy está convencido de que ganaron la Segunda Guerra Mundial. La narrativa de Charles de Gaulle encarnando la libertad francesa y liberando la capital fue fundamental para eso. Hasta Churchill, dispuesto a conquistar París y darle trato de enemigo derrotado, se alineó.

La Primera Guerra Mundial había sido la madre de todas las guerras, la que terminaría con todas, según la mentira ampliamente difundida por aquel entonces. La última. La Segunda fue un accidente, la idea de un loco como Hitler. Eso, Hitler como un loco y un error que propició por sí mismo la guerra es la mentira más grande que nos contamos de ese acontecimiento.

Hitler fue la suma de su cultura. Él no inventó el nacionalismo, ni los discursos de odio, ni el racismo, la discriminación o el antisemitismo; sólo se nutrió de lo que Europa llevaba siglos construyendo. Hitler fue el resumen de Europa. Europa tiene la culpa, pero se exime a sí misma en la locura individual de Hitler.

Según en qué rincón del mundo viviera uno, se nos contaron versiones distintas de la segunda parte de la Gran Guerra. Los libros de nuestro lado dicen que comenzó en 1939 por la invasión a Polonia, porque siempre nos han interesado los polacos; pero en Estados Unidos se tiene claro que comenzó en 1941 (cuando fue atacado por los japoneses), el mismo año en el que comenzó en la URSS, mientras que en China comenzó en 1937, cuando fue invadido por Japón. Con el final, y sus respectivas fotografías, ocurre lo mismo: triunfó la democracia si vivías en Occidente; venció el comunismo si vivías en Rusia.

La guerra comenzó su primera parte en 1914, como un enfrentamiento de los viejos imperios monárquicos contra los nuevos imperios burgueses, y terminó 30 años después con una ideología derrotando a otra. Todo porque mataron al archiduque de Austria. En una mitad del planeta se imponía la democracia y en la otra mitad alguna variante del comunismo. En cada una de esas mitades se siguieron contando historias terribles sobre la otra mitad.

Fue así como la guerra que terminaría con todas las guerras nos dejó una Guerra Fría para la segunda mitad del siglo XX. Los soviéticos, malvados en su esencia, querían conquistar el mundo, mientras que los gringos, buenos intrínsecamente, buscaban impedirlo. Así, sin guerra y con ONU, vivimos muchas guerras: Corea, Vietnam, Yemen, el Congo, Medio Oriente y muchas guerrillas en las que cada potencia buscaba imponer la única forma correcta de control social: la propia.

La democracia se impuso en medio planeta, en la que se nos educó una versión de la historia humana donde todo era el largo y sinuoso camino hacia la democracia, que a su vez representaba el encumbramiento de la libertad, igualdad y fraternidad que promovía, según nos dicen, la Revolución francesa. El glorioso triunfo del proyecto de la razón. La razón, problema que plantearon filósofos como Theodor Adorno y Max Horkheimer, también nos dejó la detonación de bombas nucleares y, antes de eso, a los nazis. Todo el movimiento nacionalsocialista y sus estrategias de control social son racionales y científicas.

Pero los nazis habían sido una locura transitoria. ¿O no? Esa respuesta fue buscada por ese par de filósofos judíos, marxistas y alemanes. ¿Cómo pasó?, y más importante aún, ¿podría volver a pasar? Su respuesta, desde luego, fue que

pasaría de nuevo; de hecho, dijeron que probablemente en Estados Unidos. Y aquí estamos, casi un siglo después, viendo la decadencia de la democracia incluyente y atestiguando cómo, en nombre de la libertad —como hacen todos los sistemas sometedores—, se levantan los nuevos totalitarismos, que desde la izquierda como refugio teórico establecen conservadores regímenes de derecha.

Pasa frente a todos. Nadie lo ve. Ese es el poder de las narrativas. Te someto mientras te hablo de libertad, camino hacia la derecha mientras levanto el puño izquierdo muy en alto, te hablo de tolerancia, pero de una sola vía. Multitudes de durmientes claman por el despertar; millones de esclavos sublimados se sienten libres; el pueblo se somete en nombre del pueblo; el odio se vende como progresismo; la destrucción de las palabras como solución y la alteración del pasado como justicia histórica. Los dictadores hablan de democracia y la democracia ha pasado a ser la tiranía de las masas.

La democracia funcionó en Occidente durante el siglo XX porque la alternativa eran nazis y comunistas. Hoy que la democracia no funciona, nuevos nazis y comunistas que se dicen demócratas se plantean como alternativa. Hay que decirlo, la democracia como estructura económica, política y social duró poco, quizá porque la libertad que ofrece es muy caótica, quizá porque, como todo discurso legitimador, es en el fondo una farsa y se abusó de ella tanto como de la voluntad de Dios.

El triunfo de la democracia tras la Gran Guerra Mundial había sido el triunfo del proyecto de la razón, la vía de los ilustrados, el camino de la ciencia que sólo podía conducir a la paz y la libertad. Pero el poder implica sometimiento y la guerra es el mejor negocio del mundo industrial. Por eso es necesario falsearnos la realidad y decirnos que siempre se ha

buscado la paz. Sólo una paz conoce el poderoso, la que procede de que los demás se plieguen a sus deseos. Como ha pasado con cada gran imperio y como pasa con cada uno de nosotros.

La Gran Guerra terminó con todas las guerras. Había terrorismo porque lo patrocinaban los soviéticos, fuente de toda vileza, el Imperio del Mal que, una vez derrotado, nos traería la tan anhelada paz mundial. Claro que cayó la URSS y la guerra no terminó. La guerra nunca termina, pues es la esencia del mundo moderno.

EL MURO DE BERLÍN
Y MÁS MITOS DE LA GUERRA FRÍA

El último aliento de Peter Fechter fue una exhalación de libertad, lo último que vieron sus ojos fue un Berlín libre más allá del muro que lo dividía con una ideología como pretexto; el sonido postrero que pudo escuchar fueron las voces del pueblo alemán en contra de la opresión. Durante una hora fue libre, el tiempo en que la sangre y la vida tardaron en abandonar su cuerpo, abatido a tiros por la guardia fronteriza de la República Democrática Alemana, la Alemania comunista del bloque soviético.

Murió con la dignidad del hombre libre en la frontera entre dos mundos, y ante los ojos desesperados de cientos de berlineses que constataban cómo las ideologías eran más importantes que los seres humanos. Era agosto de 1962, la ciudad había sido dividida con el muro justo un año antes, el 13 de agosto de 1961. Muchos habían intentado la huida desde entonces y muchos más lo harían después. Miles lo lograron, cientos murieron en el intento, pero el caso de Peter Fechter conmocionó más que ningún otro y le dio la vuelta al mundo, pues expresaba perfectamente el drama humano de la Guerra Fría, justo ahí en su símbolo más conocido y evidente: el muro de Berlín.

Fechter era un obrero del Berlín comunista, de esos en lo que supuestamente se inspiró la Revolución soviética, pero el

proletario que debía ser liberado trataba de escapar de la prisión revolucionaria. Él y un compañero de 18 años intentaron escapar de la Alemania Oriental y el bloque comunista. La orden era clara contra los fugitivos: disparar a matar.

Los dos jóvenes trabajadores habían logrado atravesar la zona fronteriza tras burlar los controles militares y llegar hasta el primer obstáculo, una malla alambrada. Frente a ellos, unos 100 metros los separaban de la libertad, los 100 metros de la zona de la muerte, el espacio abierto que tenían que recorrer a toda velocidad para llegar al muro de hormigón, la verdadera frontera; los 100 metros que tenían los francotiradores para cazar seres humanos. Detrás de la pared estaba Berlín Occidental y el llamado *mundo libre*.

Veintiuna balas terminaron violentamente con el sueño. Peter pudo ver a su amigo escalando el muro y escapar, al tiempo que él se desplomaba con heridas en el vientre y la espalda del lado occidental de Berlín. Era libre. Eso fue lo último que supo. Durante los siguientes 50 minutos, la policía del lado oriental impidió cualquier intento de rescate para el joven agonizante. Tras 50 minutos de agonía pública, Peter murió en la frontera de la libertad y su cadáver fue regresado al lado oriental por la policía comunista. Las ansias de control y dominio van más allá de la muerte.

Mientras existió el muro de Berlín, hubo unas 5,000 fugas y unas 250 personas murieron por disparos al intentar cruzar. La pesadilla terminó la noche del 9 al 10 de noviembre de 1989, cuando el pueblo berlinés se adelantó a los planes de las autoridades y cientos de miles de personas se dieron cita en la puerta de Brandemburgo para cruzar por el muro. Las tropas no hicieron nada y la gente comenzó a llegar con todo tipo de material de destrucción. Los alemanes derribaron el muro que los dividía desde hacía 28 años. Simbólicos como

somos, ese fue el símbolo mediático del fin de la Guerra Fría, y evidentemente del triunfo de los buenos: la democracia, el mundo libre.

Todo comenzó en 1914. Un serbio mató en Bosnia al archiduque de Austria y, según nos cuenta la versión de los ganadores, esa fue la razón para comenzar una guerra entre Alemania, el Imperio austriaco y el Imperio otomano contra Inglaterra, Francia, Rusia y Estados Unidos. Un serbio mata en Bosnia al heredero de Austria, en consecuencia, Alemania pierde colonias y territorio, hasta que finalmente es partida en dos. No tiene sentido alguno, pero así nos han contado la historia desde entonces, y como decían los nazis, una mentira repetida mil veces se convierte en verdad, algo en lo que son expertos los estadounidenses a la hora de contar la historia.

Así como nos dijeron que asesinar 80,000 inocentes en cinco segundos con el poder del átomo fue necesario para acabar con la guerra, siempre se nos ha dicho que Alemania fue la culpable de las dos guerras mundiales, y que su separación fue necesaria por el peligro que ese país unido significaba para la paz mundial. Nada más lejos de la verdad, pero la verdad histórica la decide el vencedor.

El pueblo alemán había buscado su unidad desde el siglo XVI, pero estaba dividido en cientos de ducados, condados y principados del Sacro Imperio Germánico, y dos potencias alemanas: Prusia y Austria, gobernadas por dinastías en general enemistadas entre sí, los Hohenzollern y los Habsburgo. Los deseos de unidad siempre se enfrentaron a la oposición de las potencias de la época, que vieron el potencial de una Alemania unida para desplazar a los demás países.

Entre 1618 a 1648 ocurrió la Guerra de los Treinta Años, donde varios países europeos atacaron al entonces Sacro Im-

perio Germánico, bajo dominio Habsburgo, y lo despojaron de varios territorios; uno de ellos fue un símbolo por siglos: Alsacia y Lorena, que fue tomado por Francia y se convirtió desde entonces en fuente de conflicto con los alemanes. De la guerra se le echó la culpa a Dios, que aún era común en ese entonces, pero fue como siempre un asalto más en el interminable combate de las potencias.

En los siguientes siglos se impidió la unidad de Alemania, en general a través de guerras instigadas por el Reino Unido, cuya Corona poseía también los territorios alemanes de Hanover. Hubo ideas de unidad alemana en 1815 en el Congreso de Viena, en el que se reorganizó Europa tras las guerras napoleónicas, pero Inglaterra, Francia y Rusia lo impidieron.

Finalmente, a partir de 1864, el canciller del reino alemán de Prusia, Otto von Bismarck, decidió que la unidad de la nación no podía esperar, y a base de conquistas comenzó la unificación alemana. El que se opuso en ese momento fue Napoleón III, emperador francés, quien le declaró la guerra. Bismarck ganó y culminó la unificación del Imperio alemán al anexarse Alsacia y Lorena. Era 1871 y el Imperio alemán acababa de nacer.

Francia e Inglaterra eran los dos grandes imperios industriales que dominaban casi todo el mundo. Ambas potencias venían construyendo ese dominio desde el siglo XVI contra todos y entre ellos. Para 1871 eran dueños de casi todo y su dominio mundial, que compartían con el Imperio ruso, estaba asegurado. Ese año nació Alemania y lo hizo como potencia industrial, una potencia que desplazó en pocos años a Inglaterra, Francia y Rusia, los tres más interesados en destruir Alemania, los tres que le declararon la guerra, los tres que la destrozaron, y junto con Estados Unidos, los tres que la divi-

dieron. En 1990 fueron las cuatro potencias que tuvieron que autorizar la reunificación.

Se culpa a Alemania de la Primera Guerra Mundial cuando en realidad es tan culpable como Rusia, Francia, Inglaterra o la propia Serbia, que finalmente estuvo detrás del atentado; pero los que ganan quedan eximidos de toda responsabilidad. En la Paz de Versalles se destrozó a Alemania, se le quitó territorio, población y recursos, y se le impuso una deuda impagable de 200,000 millones de francos, que todo lo que buscaba era detener cualquier posible crecimiento de la mutilada nación. Pero Alemania se levantó, se reconstruyó, volvió a ser potencia, recuperó territorios arrebatados..., e Inglaterra y Francia le declararon la guerra una vez más.

De la Primera Guerra Mundial nos dicen que comenzó por al asesinato de Franz Ferdinand, a pesar de lo absurdo de dicha versión. De la segunda nos cuentan una historia similar: Hitler invade Polonia y, en consecuencia, hay guerra entre Alemania, Italia y Japón contra Inglaterra, Francia, Estados Unidos y la Unión Soviética. Así, pronto, comenzó a importar Polonia, el país que era tradicionalmente dividido y repartido entre los poderosos para limar asperezas.

Tras la invasión de Polonia, el primero de septiembre de 1939, Inglaterra y Francia comenzaron la guerra contra la Alemania nazi, Estados Unidos se declaró neutral y en la Unión Soviética Stalin ya había firmado un pacto de no agresión con Hitler, a través del cual se repartían Polonia. Para 1941 Hitler tenía un dominio absoluto de Europa y tomó la peor decisión de su vida: invadir la URSS. Fue el principio del fin.

Es curioso, siempre se dice que la Segunda Guerra Mundial comenzó el 1 de septiembre de 1939 por la invasión de Hitler a Polonia, pero no se menciona que la guerra iniciase

porque la Unión Soviética invadiera Polonia tan sólo 17 días después. Una invasión a Polonia es causa de la guerra, pero otra no.

Así son las narrativas. Siempre es probable que en muchos o pocos años se diga que la Tercera Guerra Mundial comenzó cuando Rusia invadió Ucrania, y difícilmente veremos versiones que nos digan que dicha contienda comenzó cuando Estados Unidos creó un cerco militar contra Rusia a través de la OTAN, como en la crisis de los misiles, o cuando ese mismo país invadió el norte de África, o Siria o Afganistán para asegurar hidrocarburos y sacar a Rusia del mercado.

No se dirá que comenzó cuando los estadounidenses organizaron sendos golpes de Estado en Georgia y Ucrania en 2008 para colocar gobiernos a modo y seguir buscando la expansión militar por Europa del Este. La causa oficial nunca será que el gobierno de Estados Unidos decidió provocar a China en el estrecho de Taiwán, o que la guerra comenzó cuando los estadounidenses contaron una serie de mentiras que les sirvieron de pretexto para invadir Afganistán e Irak, después de un atentado con una verdad oficial muy cuestionable: el 11 de septiembre de 2001.

La guerra no habrá empezado a causa de que Reino Unido saboteara gasoductos rusos en el mar Báltico, ni porque los estadounidenses violaran la soberanía china al enviar altos funcionarios a Taiwán. No habrá sido porque Estados Unidos patrocinara grupos terroristas en el territorio ruso de Chechenia, ni mucho menos porque la potencia americana reconociera la ilegal independencia de Kosovo. No, todo habrá sido porque Vladímir Putin se despertó con ganas de invadir Ucrania.

Volviendo a los fascistas, Stalin había llegado a un acuerdo con Hitler sobre cómo dividir sus respectivas zonas de in-

fluencia y conquista en Europa Oriental y el Báltico. Nazismo y comunismo aliados, dictaduras de izquierda finalmente, porque ya se aclaró la naturaleza socialista de los fascismos. La guerra bien pudo haber sido de dichas dictaduras contra la democracia; no lo fue porque, contrario a la falsedad actualmente difundida, Rusia nunca ha sido expansionista más allá de la zona que considera su espacio natural, incluyendo sus áreas de defensa, y no sobrepasa dichos límites si no es agredida.

En la mente rusa, ese espacio vital en Europa debe llegar hasta el mar Báltico y los montes Cárpatos, indispensables para su subsistencia según una visión heredada desde tiempos de los Romanov, que efectivamente tuvieron control sobre todo ese territorio, hasta que fueron traicionados por los ingleses en 1917. Con la Segunda Guerra Mundial, la URSS logró recuperar el espacio imperial perdido, pero perdió eso y más con la disolución soviética de 1991, y las fronteras rusas se contrajeron más allá de los tiempos imperiales.

En 1941 Stalin tomó lo que pudo de lo que según él le pertenecía, que fue parte de Finlandia, más Estonia, Letonia y Lituania, y se detuvo en la línea acordada con Hitler, que satisfacía por completo las teorías rusas sobre su territorio. Ahí se hubiera quedado todo si los nazis no hubieran invadido la URSS y, en esa coyuntura, no se hubieran aliado los enemigos naturales: las democracias occidentales y el dictador comunista.

A partir de 1941, y ya con los soviéticos como aliados de Inglaterra y Francia, comenzó la debacle alemana. Ese mismo año, después del ataque a Pearl Harbor, que desde luego no fue sorpresa, Estados Unidos se sumó a la contienda. Para 1944, eran los soviéticos los que habían muerto por millones para derrotar a los nazis, pero en junio de ese año, los aliados

occidentales desembarcaron en Normandía y comenzó el ataque contra Alemania en dos frentes. Comenzó también la carrera por Berlín.

Estados Unidos avanzaba a pasos agigantados con el Proyecto Manhattan, pero la URSS y Alemania tenían sus propios programas nucleares, y todo el uranio enriquecido del proyecto alemán estaba en Berlín, junto con los científicos responsables de la investigación. La URSS y Estados Unidos sabían muy bien que la carrera por Berlín era por el poder del átomo. Fue así como muchos criminales de guerra, en vez de ser juzgados en Nuremberg, recibieron nacionalidad americana o rusa. Cambiar de bando ideológico purifica los pecados.

El 2 de mayo de 1945, ya con Hitler muerto, los soviéticos terminaron de tomar Berlín. El día 8 llegaron los aliados y se firmó la paz. La guerra en Europa había terminado. Quedaba pendiente el tema de qué hacer con Alemania, y en la Conferencia de Potsdam, en junio de 1945, se decidió dividirla en cuatro zonas administrativas, una para cada potencia vencedora.

Berlín, la capital, quedaba al centro de la zona de ocupación soviética, pero se decidió que, a pesar de eso, la ciudad también debería ser partida en cuatro. Ese es el origen de un Berlín Oriental, bajo mandato soviético, y un Berlín Occidental dividido entre Inglaterra, Francia y Estados Unidos, pero con este último país como verdadero mandatario. Alemania fue el botín de la guerra.

Nunca hubo una conferencia de paz para terminar con la Segunda Guerra Mundial, y aunque tampoco hubo nunca una declaración de guerra, era evidente el estado de beligerancia entre los dos países que emergían como nuevos dueños de ese mundo: Estados Unidos y la Unión Soviética. La

Guerra Fría fue la continuación, medio siglo de conflicto por el dominio del planeta, sus personas y sus recursos. Con el fin de la URSS, en 1991, hubo por un tiempo eso a lo que llamamos *paz*, porque un solo país se impuso; vuelve la guerra cuando la supremacía del poderoso comienza a ser amenazada.

Tras cuatro años de indecisión, los aliados occidentales decidieron fusionar sus tres sectores en un solo país al que dotaron de constitución en mayo de 1949. Nacía en ese momento la República Federal de Alemania, dominada y vigilada por Estados Unidos, con una boyante economía capitalista y nueva capital en la ciudad de Bonn. En consecuencia y como reacción, los soviéticos convirtieron su parte de Alemania en la República Democrática Alemana, de economía socialista y vigilada por Moscú; su capital era Berlín. Habían nacido las dos Alemania, que coloquialmente fueron conocidas como Occidental y Oriental.

La ciudad permanecía unida, pero cada vez era más difícil moverse sin salvoconductos de un lado al otro, y cada vez más personas trataban de marcharse a la parte occidental de Berlín para huir de lo que para entonces se llamaba el *mundo libre*. Berlín era la puerta hacia Occidente y se calcula que, entre 1949 y 1961, tres millones de personas de Europa Oriental escaparon por ahí. Por eso las autoridades soviéticas tomaron una decisión tajante.

El 15 de junio de 1961, Walter Ulbricht, presidente de la Alemania socialista, hizo una tajante declaración ante la pregunta de un periodista: "¡Nadie tiene la intención de levantar un muro!". Dos meses después un muro dividía al mundo. La noche del 12 al 13 de agosto, a la 1:05 de la mañana, se apagaron las luces de la Puerta de Brandemburgo, frontera entre

los dos sectores de Berlín. La policía de la Alemania Oriental comenzó a cerrar calles y extender alambradas.

La noche del 12 de agosto de 1961 los berlineses se fueron a dormir como cualquier otro día, pero esa noche el ejército de Alemania Oriental y las tropas de ocupación soviética extendieron una alambrada a lo largo de toda la ciudad para dejarla oficialmente dividida en dos. Antes de que amaneciera, todo Berlín Occidental estaba rodeado por alambres y soldados. El 13 de agosto los alemanes amanecieron y pudieron ver horrorizados la primera etapa del muro de Berlín. De un día para otro, familias enteras quedaron separadas por un muro ideológico.

A partir del 13 de agosto de 1961 se produjo una carrera macabra entre los que huían y las tropas fronterizas que intentaban que las alambradas fueran cada vez más difíciles de atravesar. Los que querían huir saltaban alambradas, se arrastraban por debajo de las barreras de separación, se estrellaban en automóvil a toda velocidad contra la alambrada o se arrojaban al río Spree para cruzar a nado. Con el tiempo hubo todo tipo de huidas: túneles, escapes por el río, cables de estilo tirolesa y hasta globos aerostáticos. A los proletarios no les gustaba el paraíso proletario.

Al terminar su construcción, el muro se extendía por 45 kilómetros que dividían la ciudad de Berlín en dos, y 115 kilómetros más que rodeaban esa mitad de la ciudad, para separar la parte occidental de la ciudad del territorio de la RDA. El muro era evidentemente una estrategia para que nadie saliera de la Alemania socialista, pero siempre se dijo que era exactamente al revés: un muro de protección antifascista, para que los capitalistas no intervinieran. Pero nunca en la historia del comunismo hubo proletarios occidentales tratando

de escapar hacia el paraíso, del mismo modo que nadie huye a Cuba o a Venezuela.

En 1989 la Alemania socialista cumplía 40 años de existencia, y una de las "celebraciones" sería perfeccionar el muro con la más alta tecnología. Al comenzar ese año, el 19 de enero, el presidente Erich Honecker declaró: "este muro existirá 100 años más". A finales de ese año el muro había dejado de existir.

En 1985, Mijaíl Gorbachov tomó el poder en la Unión Soviética y fue el primer y único mandatario de la potencia comunista que decidió aceptar la realidad: que la URSS estaba quebrada, que el sistema no funcionaba y que era necesario aplicar una serie de reformas modernizadoras de la economía. La China comunista había aceptado lo mismo en 1979, cuando Deng Xiaoping tomó el poder. Hasta la fecha, el comunismo chino funciona, y muy bien, gracias a que es capitalista.

Gorbachov decidió detener el programa de armas nucleares y comenzar a desmantelar el arsenal, en gran medida debido a la crisis económica. Por esa misma razón decidió, en 1989, que la URSS retiraría sus tropas de todo país ocupado. Se retiraron de Afganistán y varios lugares más de Asia y África, y comenzó la desocupación del bloque de Europa Oriental. La Alemania socialista se quedó sin el apoyo soviético y se hizo evidente que el sistema no funcionaba sin dicho apoyo. El presidente Honecker renunció a su cargo el 18 de octubre de ese año; tres semanas después, el muro que duraría 100 años más había sido derribado por el pueblo.

El muro de Berlín no comenzó a caer en Alemania sino en otros países del lado oriental. Hungría y Checoslovaquia habían abierto sus fronteras hacia Occidente, y gente de todos los países del bloque huía legalmente por ahí. La existencia

del muro era ya totalmente inútil. Los alemanes orientales comenzaron a presionar por libertad de tránsito hacia otros países, y el débil gobierno provisional anunció que se darían visas y que sería posible cruzar la frontera del muro inmediatamente. El anuncio se hizo el 9 de noviembre y el clamor del pueblo alemán no se hizo esperar.

Alemania se hizo una sola persona y comenzó a escalar el muro de Berlín que, ante la impotencia de las autoridades, quedó oficialmente abierto el 10 de noviembre. Los grandes bloques de hormigón comenzaron a caer, los desconocidos se abrazaron en los caminos, la cerveza gratuita inundó las calles, las familias se rencontraron, los ciudadanos arremetieron contra la pared con lo que tuvieran a la mano, y las dos Alemanias comenzaron a negociar la reunificación.

No fue fácil. Reunificar Alemania no era una decisión que pudieran tomar los alemanes por sí mismos, pues como país derrotado e invadido (las tropas de Estados Unidos permanecieron en suelo alemán hasta 1990) necesitaban la autorización de las cuatro potencias que la dividieron. Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Unión Soviética tuvieron que estar de acuerdo. El Tratado Dos más Cuatro (las dos Alemanias y las cuatro potencias vencedoras), o Tratado sobre el Acuerdo Final con respecto a Alemania, fue firmado el 12 de septiembre de 1990 en Moscú. La reunificación alemana se dio de forma oficial el 3 de octubre de 1990, hoy fiesta nacional del país.

Alemania aprendió del pasado, los muros de todo tipo han sido derribados, y el Berlín de hoy es una ciudad de paz, concordia, pluralismo, multiculturalidad, diversidad y respeto que sería la pesadilla del Führer. Sea bajo tierra, donde estaba su búnker, en Moscú, a donde según dicen se llevó su cadáver Stalin, o en Buenos Aires, hacia donde aseguran los cons-

piradores que huyó, Hitler debe estar revolcándose en su tumba. Alemania es plural, Berlín absolutamente cosmopolita, se hablan varios idiomas, se ven manos de todos los colores estrechándose, hay un memorial para los judíos y la venta de *Mein Kampf* está prohibida. Paradójicamente, la verdadera grandeza alemana se ha construido sobre los sueños rotos de su Führer.

Pero los Estados Unidos que dividieron Alemania siguen levantando muros. El Israel de los judíos que lamentan el holocausto los levanta también. Muy poco aprende la humanidad de la historia, y eso es precisamente porque la historia es, y siempre ha sido, una falsificación basada en hechos reales que tiene como objetivo moldear la mente de los individuos.

LA CAUSA DE TODAS LAS GUERRAS

Cuando más de dos quieren lo mismo y no están dispuestos a ceder, hay una guerra. Así de simple se puede resumir algo tan complejo. Hay guerra desde que hay civilización, quizá porque ésta descansa en la propiedad privada, y las guerras siempre han sido para robar. Se roba territorio, personas, infraestructura, obras de arte, gasoductos, campos petrolíferos. Las guerras son para robar, hay muchos argumentos y narrativas tratando de dotar de moralidad y filosofía al robo, pero el hecho no cambia.

Para robar necesitas ser más fuerte que aquel que será despojado, o tener una ventaja sobre él, o una excelente estrategia, o una alianza con otros que te otorgue ese poder de más que te permita perpetrar el robo. La guerra se trata de arrebatar lo que de momento pertenece a alguien más con un ejército, sea éste la coalición internacional liderada por Estados Unidos o tu equipo de abogados. El tema es quedarte con lo que es o debe ser tuyo, por cualquiera que sea la historia que te cuentes.

¿Cuál es la causa de todas las guerras? Las cruzadas fueron para liberar el santo sepulcro a petición expresa de Dios, así como las guerras religiosas del siglo XVI fueron por defender al Todopoderoso, cuya omnipotencia queda en duda cada vez que los humanos se prestan a defenderlo. La guerra civil norteamericana fue para liberar esclavos; la Revolución fran-

cesa fue por libertad, igualdad y fraternidad; la mexicana fue por democracia; la Guerra Fría por libertad. Y no habríamos tenido guerras mundiales si no hubiesen asesinado al archiduque de Austria, y si los nazis no hubieran invadido Polonia, porque, claro, los polacos y su soberanía son de vital importancia, tanto como la de Kuwait o la de Kosovo…, pero no tanto como la de Crimea.

¡Qué buenos somos, y mejores aún son nuestros líderes! Siempre hemos luchado por causas justas. Como humanidad siempre hemos estado prestos a defender lo correcto, lo virtuoso, a Dios, la justicia y la libertad. No importa cuántas terribles guerras tengamos que librar contra huestes enemigas que están defendiendo exactamente lo mismo. Cada guerra ha sido vista con romanticismo, cada una ha sido una mentira.

La guerra es la forma en que roban los poderosos. Dios, patria, pueblo y libertad son las abstracciones que han inventado y controlan para que sean las masas las que luchen sus batallas. Las abstracciones por las que han muerto más millones de seres humanos; los discursos que convencen a los de hasta abajo para matar y dejarse matar por defender los intereses de los de arriba.

La única forma de mandar a las masas a aniquilarse entre sí es convencerlas de que son distintos unos de otros, que deben odiarse, que deben temerse. Para eso les venden identidades, les colocan etiquetas, los envenenan con ideologías. Para eso está el nacionalismo, para eso se falsifica la historia. Todas las guerras necesitan un pretexto, una justificación, un paliativo para la conciencia; los políticos buscan ese pretexto y los historiadores le dan la bendición al contar la versión de los vencedores como realidad incuestionable. Todos los demás nos convertimos en cómplices al no cuestionarlo.

La verdad es que no puedes ver a un ser humano a los ojos y luchar contra él. Inténtalo, asúmelo como reto la próxima vez que la vida y la realidad te den la razón y estés por comenzar una guerra justa para obtener lo que deseas y que es vital para tu existencia. Nos hemos educado para ver a los demás como obstáculos, como cosas, como el enemigo o el adversario. Instantes antes de tu próxima batalla, mira a tu enemigo a los ojos, busca al ser humano, percibe sus emociones, sus inmensos temores y su inconmensurable capacidad de amar. No podrás luchar contra él.

Por eso todos los vietnamitas eran Charlie. Sólo así, esos jóvenes americanos de 20 años podían matarlos. Los rusos, los comunistas, los terroristas, los infieles, los herejes, los contrarrevolucionarios. Es necesario colocar una etiqueta de odio encima del ser humano para poder cosificarlo y entonces aniquilarlo. Al hacerlo, desde luego, te cosificas y aniquilas a ti mismo. Ves al ser humano como un medio y no como un fin.

Uno podría pensar que sería difícil convencer a los jóvenes, llenos de vida y esperanza, de matarse por los intereses, la riqueza y el poder de los viejos; pero es la historia de la humanidad. Estamos tan perdidos, tan sumergidos en la oscuridad, tan necesitados de pertenecer a algo más grande, que nos despojamos de nuestro verdadero ser para integrarnos en una masa, sacrificamos nuestra individualidad para convertirnos en el engranaje de una gran maquinaria. Estamos tan desvalidos y temerosos que estamos dispuestos a sumarnos a cualquier causa que nos prometa que nuestra vida, pero sobre todo nuestra muerte, valdrá la pena.

Los individuos conscientes dialogan y llegan a acuerdos. Las masas dan batalla. Por eso es necesario que estés integrado en alguna masa, y para eso es que existen las ideologías.

Una ideología es un conjunto de ideas, una construcción sociofilosófica, una visión de la realidad, un sistema ético y, ante todo, una serie de anhelos elevados e inalcanzables. Un conjunto de ideas a las que el individuo se suma, un movimiento al que se adhiere en su desesperada búsqueda de sentido y arrastrado por esa necesidad de pertenencia que dicen que tenemos todos los seres humanos.

Ante todo, son ideas pensadas, diseñadas e impuestas desde alguna elite que o tiene el poder o aspira a tenerlo. Son visiones reducidas y reduccionistas de la realidad que limitan el margen de acción de la conciencia y que te preparan para dar por malo todo lo que no se ajuste a esa limitada visión. Lo más importante: no son tus ideas, son las de otro. Tú tan sólo te adheriste a ellas, por lo que has entregado tu poder.

Ese es el objetivo de toda ideología, y englobaremos en dicho concepto a todas las religiones organizadas: que entregues tu poder. Como lo señaló Marx: evitar que los oprimidos perciban su estado de opresión. Además de las religiones, entran ahí los nacionalismos, los fascismos, los socialismos de todo tipo, los feminismos, progresismos y todos los ismos, que es el apellido común de todos los sistemas sometedores.

Cada ideología es una cosmovisión que procura despojar al hombre de su libertad sumergiéndolo en una mentira, convirtiéndolo en parte de una masa que se pretende manipular y dominar. Las ideologías son herramientas de control social. Te entregas a una causa convencido de ser parte de algo superior y más grande que tú, como los pobres jóvenes engañados por Luis Echeverría y Lázaro Cárdenas en 1968. La causa te permite ser un Quijote y otorgar sentido a tu existencia, es tu lance. Y es la guerra de alguien más.

Las narrativas son mágicas. Es terrible que los nazis expongan sus teorías supremacistas y el plan de exterminar razas inferiores; pero Estados Unidos creció al amparo de su destino manifiesto, que les permitía exterminar a la población nativa, y es lo que hacían los británicos en India, África y Australasia. El propio Churchill siempre se manifestó a favor de usar gases en contra de las poblaciones salvajes. A los británicos se les permite lo mismo que es detestable en los alemanes o en los españoles. Ventajas de ganar la guerra y de escribir la propaganda.

Todos sabemos que las dictaduras de derecha son terribles. Una persona con poder absoluto, cuya palabra es ley, se coloca por encima de Estado y sociedad y se mantiene en el poder gracias a la violencia y el apoyo militar. Es terrible. Pero si lo hace Fidel Castro o el comandante Chávez pareciera no ser tan terrible, porque su causa es justa y noble, según los seguidores de la causa, y la nobleza teórica de la causa está por encima de toda felonía que lleve a cabo para que la causa triunfe.

Matar por Dios o por el pueblo es lo mismo, por la democracia o por la libertad. Invadir un país es lo mismo sin importar la causa. No existen las guerras justas, y mucho menos existen las ideologías liberadoras, dado que el objetivo intrínseco de toda ideología es precisamente tu sometimiento. Tú eres el arma en las guerras de los poderosos.

Es terrible si Hitler adoctrinaba a los niños para que compartieran sus ideas y visiones del mundo, pero no es tan terrible si quien hace tal cosa es el Tío Sam, aunque sus objetivos y métodos resultan ser iguales y, desde luego, está bien si el adoctrinamiento viene del régimen de izquierda, porque está del lado correcto de la historia. Pero así son las narrativas; el único país que ha soltado bombas atómicas sobre po-

blación civil inocente es el que se abroga el derecho de decir quién puede o no tener armas nucleares, lo cual depende de si será responsable o no al usarlas. Como si fuera responsable tener armas nucleares.

La ideología busca arrebatarte tu individualidad y entregarte una identidad grupal a cambio. No eres tú, pero te sentirás más protegido y parte de algo más grande. El individuo no es susceptible de ser controlado; por eso la individualidad, tan exaltada en la civilización occidental, debe ser encauzada por el sistema, para que seas un individuo curiosamente idéntico a otros individuos. Antes se ponía de moda la ropa, hoy se ponen de moda hasta las formas de ser.

Debemos aprender a ser solidarios y compasivos con todos los demás individuos, lo cual sólo puede hacerse desde nuestra propia individualidad. ¿Qué significa ser individuo? Es simple, quiere decir ser indiviso, indivisible, único, irrepetible. Tener identidad, en cambio, significa ser idéntico a otra cosa, en este caso, idéntico a los que comparten la misma identidad y que, por lo tanto, no son individuos. El individuo con identidad grupal no es individuo, y desde luego, no es libre.

Si nos matamos por el ego individual, el ego colectivo, sea tu religión, tu nacionalismo o tu ideología, es mucho más agresivo y requiere mucha mayor satisfacción. Requiere que estés siempre a la defensiva. Porque la otra religión, la otra nación, la otra ideología, proponen respuestas distintas a las tuyas, por lo que evidentemente están mal. Esa falsificación dentro de tu mente te convierte en el soldado perfecto.

Pero a la abstracta mente humana le gusta concretar cosas, y es por eso que la ideología o grupo de pertenencia al que te hayas adherido tienen un símbolo, y entonces sigues un símbolo, atacas por un símbolo, se te inflama el corazón y se

mueven tus emociones por un símbolo, y puedes matar o morir por dicho símbolo y todo lo que supone que significa. *Con este signo vencerás.* El hombre comprende la realidad a través de símbolos, y nada lo controla mejor que ellos.

Toda narrativa que tengas en tu mente gira en torno a ti, no puede ser de otra manera dada la naturaleza egocéntrica de la mente. Hay que señalar que dicha naturaleza egocéntrica no es un error. No está ni bien ni mal, así somos. Lo más importante para tu mente eres tú, eso es evidente, y el principal objetivo biológico de tu mente es que sobrevivas. Tú, no el otro, no el grupo, no la especie. Nos agrupamos con otros para intentar sobrevivir en lo individual.

Eso es tu mente a nivel biológico, un mecanismo de defensa que tiene como objetivo sobrevivir. Lo malo es que, prisioneros del miedo, estamos dispuestos a lo que sea por sobrevivir, incluso a morir. Ahí se activa la identidad que te dio tu ideología: tú morirás, pero ese algo mayor del que eres parte sobrevivirá a ti, y así es como encontrarás la trascendencia. Ésa es la esencia de todas las ideologías que vinieron a sustituir a la religión. Vive mucho, muere joven, deja un cadáver hermoso. Sacrifícate. Muere para vivir eternamente. Griegos y gringos educaron igual a su juventud.

Tu miedo también depende de símbolos y es fundamental para el poder. Por eso hay símbolos que representan lo que tú eres, lo correcto, y hay símbolos que representan al Otro, el que está equivocado porque tiene una visión del mundo que no es la tuya y por añadidura es errónea. Nos construimos a nosotros a través de la construcción del Otro. La identidad se fortalece con la alteridad. Más importante que saber quién soy, es tener claro quién no soy y contra quién combato.

El Otro justifica mi miedo. El Otro siempre amenaza. Su Dios, su nación, su raza, su ideología, sólo pueden estar equivocados. Ese es el funcionamiento básico del ego. El miedo es la mejor forma de control, ya que elimina las capacidades críticas del individuo y, por tanto, de la sociedad.

Tu miedo te tiene listo para la guerra, contra la nación al otro lado de la frontera o contra el del cubículo de al lado, el vecino o el comité de padres de familia; eso es lo de menos. Tu miedo es la causa de todas las guerras. Los poderosos siempre se pelean, siempre quieren más, siempre lo quieren todo. Esa es la causa de todas las guerras. Los poderosos manejan los símbolos, las identidades, las ideologías, las etiquetas necesarias para que tú hagas su trabajo sucio.

Un individuo humano consciente no entra en guerra. El individuo humano consciente es un peligro para el poder, y un bien escaso. Al final, somos el resultado de propaganda repetida que, sin cuestionar, continuamos repitiendo. Nos enfrentamos con miedo a una vida sin sentido, así es que inventamos sistemas de creencias que se lo den y nos sentimos amenazados por sistemas distintos. La mente nace en blanco y es muy fácil programarla con discursos e identidades: ser católicos, judíos, musulmanes, protestantes, mexicanos, franceses, socialistas, comunistas. Nunca eres tú.

Cuántas mentiras en torno a las guerras. Entre más hermosa es la mentira justificativa, puedes estar seguro de que más cruenta y terrible será la guerra. El santo sepulcro debe ser liberado, el crimen del archiduque castigado, el 11 de septiembre vengado, la libertad ha de ser regalada, la democracia debe ser compartida, a todos nos importa la soberanía de Ucrania. Hay que recordar El Álamo y también el Maine, y el Maddox y el Lusitania y Pearl Harbor. Las bombas fueron

necesarias. Dios lo quiere, la nación lo exige, la naturaleza de las cosas lo demanda. Tus guerras siempre son justas.

Los buenos lucharon contra los malos la primera mitad del siglo XX y ganaron. Ahora hay que extender la bondad, por la fuerza si es necesario, y mejor aún si es a países con petróleo o gas o litio o uranio o esquisto. Durante toda la Guerra Fría se luchó contra los soviéticos por la libertad, esa que los musulmanes nos quieren arrebatar porque la odian; porque si, ese es el discurso oficial estadounidense en su guerra contra el islam, de la que aseguran que no es contra el islam.

Por democracia y libertad se fue a Irak, y a Libia, y a Siria, y la Primavera Árabe fue el espontáneo despertar de los musulmanes del norte de África y Medio Oriente, que de pronto descubrieron la superioridad de los sistemas estadounidenses y salieron con sus teléfonos a tuitear la libertad. ¡Qué bonito fue verlo en las noticias y apoyar con un tuit! Todos juntos somos parte de la libertad gracias a las redes sociales, que son nuestras y donde no permitiremos la censura, ni mucho menos que nos digan qué hacer y qué pensar. #SalvemosAlMundo #DesdeLaComodidadDeTuHogar.

Terminó la Guerra Fría, ganó el capitalismo estadounidense, no porque fuera mejor que el comunismo soviético, pero sí más productivo. Cayó el muro de Berlín porque era necesario tirarlo, y mientras aún celebrábamos que hubiese caído esa pared de ignominia, se levanta otra en Palestina porque es necesario que sea levantada. Son lo mismo, pero diferentes. Unos genocidios son más importantes que otros, y ciertos holocaustos mucho más graves. Ruanda, Burundi, Congo, Somalia, Yemen, Birmania, sólo tienen menos *marketing*.

La causa de todas las guerras es la misma. Todas las guerras son por el dominio, todas tienen una justificación, todas son por intereses mezquinos, todas son peleadas por masas

amorfas, y todas las masas son movidas con identidades e ideologías, con miedo. No existen las guerras justas.

La guerra termina cuando la paz se impone por la fuerza, lo cual nunca es una verdadera paz. Termina momentáneamente cuando alguno es lo suficientemente poderoso como para establecer su visión del mundo y las reglas del orden mundial, y los otros no tienen más alternativa que la resignación y buscar ascender en la carrera de las potencias hasta poder pelear por la hegemonía contra el poderoso en cuestión. Entonces vuelve la guerra. La paz regresa cuando de ese nuevo conflicto surge alguien lo suficientemente poderoso como para imponer su paz. Por eso esos periodos de paz llevan apellido: Pax Romana, islámica, mongólica, británica, estadounidense.

Como lo que hay en realidad es una imposición violenta de una voluntad contra otra, el círculo de la guerra no termina nunca. La compleja carrera de las potencias gira en torno a un mecanismo simplísimo: la potencia dominante hace lo que sea necesario para mantener el dominio; las potencias emergentes harán todo lo que puedan para arrebatarlo. Necesariamente, tendrá que haber un enfrentamiento final entre la potencia emergente y la dominante. Eventualmente, hay un cambio de potencias.

Hacer lo que sea necesario para ganar, implica muchas más cosas además de la guerra directa, una vez que ésta ha sido declarada. La Corona inglesa patrocinaba corsarios para asaltar barcos mercantes españoles: Francia patrocinó a Holanda en la Guerra de los Treinta Años para que fueran ellos los que se enfrentaran a los Habsburgo; el Imperio británico y Japón patrocinaron la revolución de Sun Yat-sen que acabó con el Imperio chino; Estados Unidos patrocinó a Francisco

Madero para derrocar a don Porfirio y a Ucrania para una guerra indirecta contra Rusia. Todo se vale.

Hablando de narrativas, hay una a la que recurrimos mucho cada vez que se expone el aspecto más oscuro de nuestra humanidad: decir que así somos los humanos y justificar con eso nuestra podredumbre. Está en la naturaleza humana porque somos malos y egoístas, somos competitivos porque así es nuestra especie, somos agresivos porque en el fondo somos animales, y mil argumentos más con los que preferimos denostar nuestra humanidad que sublimarla y engrandecerla, amparándonos en una supuesta naturaleza, en lugar de argumentar nuestra mentada libertad, que tanto defendemos cuando lo que queremos es imponer nuestra santa voluntad.

No existe la naturaleza humana. Hobbes dijo que éramos malos porque eso convenía a su teoría política, que a su vez justificaba el modelo absolutista monárquico de su tiempo, con el que estaba de acuerdo, probablemente porque él salía beneficiado de dicho sistema. Rousseau dijo que éramos buenos por naturaleza, porque eso era lo necesario para el nuevo modelo político, el democrático, que se pretendía imponer contra el absolutismo.

Si fuéramos algo por naturaleza, por esencia, no podríamos ser otra cosa. Si en nuestra esencia estuviera la maldad, no tendríamos la posibilidad del bien y, desde luego, no seríamos responsables de nada. Si fuésemos buenos por naturaleza, ninguna maldad podría provenir de nuestros actos, pero no tendríamos mérito alguno por el bien. Por naturaleza somos libres de elegir lo que seremos, y de definirlo y transformarlo a cada momento.

¿Hitler es la naturaleza humana? Desde luego que sí. Hitler, Mao, Stalin, Pol Pot, Castro, todos los grandes dictadores y asesinos representan la naturaleza humana. Pero Jesús, el

Buda, Platón, Pitágoras, Muhammad, también la representan. Nuestra naturaleza fue liberarnos de la prisión de lo natural; nuestra naturaleza es la capacidad de elegir el individuo que queremos ser, asumiendo que, al tomar esa decisión, decidimos por toda la especie. Gran poder y gran responsabilidad.

Nuestros primos los primates no son violentos por naturaleza, no siempre, no todos ellos. Podríamos argumentarlo de los simios y los chimpancés —aunque incluso ellos huyen antes de atacar—, pero no podríamos decirlo de los buenos de los bonobos, a los que por eso les pusimos así. Y, si observamos con atención, en pocos espacios podremos encontrar tantos ejemplos de solidaridad y colaboración como dentro de una manada de primates.

Hablando de naturaleza humana, vamos a suponer, sólo porque nosotros hablamos, y otros animales no, que hablar está en nuestra naturaleza. Hablar y todo lo que eso implica, como crear, inventar, imaginar, razonar. Es decir, que ante la alternativa biológica a la que quieren someterte las ideologías, de atacar o huir, nuestra naturaleza nos permite comunicarnos, llegar a acuerdos, comprender el dolor y la necesidad del otro, ser empáticos. Nuestra naturaleza es ser libres para poder elegir eso, o para ser mezquinos y justificar nuestra mezquindad con el patético argumento de nuestra naturaleza.

Se dice que somos competitivos, pero lo cierto es que las especies animales sólo compiten, entre ellas o contra su ambiente, cuando no tienen alternativa, cuando el entorno lo exige. Nuestro entorno lo exige no porque así sea la vida, sino porque así de agresivo hemos construido nuestro entorno. Si nosotros somos competitivos es porque eso hemos hecho de nosotros, convencidos de que la vida es una competencia en la que hay que lograr cosas y llegar a algún lado.

Una de las mayores falsedades del ego. El hombre es lobo del hombre sólo porque construimos un entorno que nos impele a serlo.

Hace unos dos millones de años, la especie que comenzábamos a ser se debatía entre la vida y la muerte. Diez mil humanos aislados en grupos de menos de 50 individuos deambulaban por el África Oriental, al borde de la extinción y en algún deprimente punto por en medio de la cadena alimenticia. Ser la especie dominante, incluyendo haber dominado a otras especies humanas que no lograron sobrevivir como nosotros, se logró colaborando. Tenemos lenguaje, capacidad racional y facultades empáticas. Todo en nuestra naturaleza nos invita a la concordia.

Pero qué económicamente rentable es tu desesperado intento por ser alguien, en competencia con todos los demás que persiguen lo mismo, qué productiva es la rueda del hámster en la que los engranes no dejan de correr hacia ningún lado y de intentar llegar a un arriba que no existe. Cuánta riqueza produce tu insatisfacción. Qué productivo es tu dolor.

Tu naturaleza es la libertad. No la de elegir entre cada acción que llevas a cabo, o la carrera que estudiarás, o incluso la persona con la que te casarás, o el sexo hacia el que te sientes atraído. No te desgastes, eso está determinado por una serie de patrones y condicionamientos contra los que no tiene caso luchar porque no vas a derrotarlos, además de que no es necesario. Tu vida es tu camino y el camino del otro no es el tuyo. La mayor parte de lo que eres está dado. Haber nacido en cierto siglo, en determinado año, en un país específico, bajo el predominio de una religión, en una clase social, de ciertos padres, que por sus propios condicionamientos te dieron cierta educación y te mandaron a ciertas escuelas, y que luchando contra sus propios dolores causaron parte de

tu sufrimiento y definieron tus traumas, eso determinó el 99% de lo que eres ahora.

Tu libertad se limita —y con eso tienes tarea para toda la vida, para varias de hecho—, a elegir ver tu vida y tu mundo desde el amor o desde el miedo. Tu libertad está en tu forma de ver el mundo, en tus interpretaciones, en las emociones que permites que moren en ti. Eres libre de ser feliz, ésa es tu naturaleza.

La causa de todas las guerras es el miedo que le tenemos a la existencia y el que nos tenemos unos a otros. Entonces vivimos siempre reaccionando frente a los demás y defendiéndonos del mundo, y es precisamente con esa actitud que generamos un mundo hostil al que hay que temerle. Sería fácil entre todos, y cada uno en lo individual, acabar con ese miedo, pero el camino hacia fuera de esa prisión no puede verse desde la prisión. La matrix no se ve desde la matrix, los prisioneros al fondo de la caverna no han leído los *Diálogos* de Platón.

La libertad que te hará un ser humano pleno depende de que te liberes por completo del miedo, y eso no se logra a través de la razón. Es fundamental explorar otras dimensiones y recovecos de nuestra mente, para lo cual tenemos que dejarnos de contar historias, las que sean, explorar el sendero del silencio, la meditación y la introspección, para poder entonces observar el funcionamiento de nuestra mente y descubrir ahí los sutiles engaños del ego.

El combustible de todas las guerras es el miedo, ese que se inculca dentro de todos nosotros, con diferentes niveles de éxito y reacción. Miedo, odio y violencia, ese es siempre el camino. Para que vivas con miedo, los poderosos siempre buscarán falsificar la historia, para vivir en libertad tienes

que ser el narrador absolutamente libre de tu propia existencia. Sólo tú puedes ser el artista de tu lienzo.

No existe la libertad si no has recorrido tu viaje del héroe, ese que narran las mitologías y caminos místicos que tanto despreciamos a partir de la Ilustración. No es posible encontrar la libertad desde ese espacio en el que hoy eres prisionero, si no has seguido el llamado a la aventura más allá de la aparente comodidad de todas las estructuras que te someten.

Muchas historias te conducirán por mil y un caminos de conflicto, sólo una te llevará de regreso a casa. Sólo esa es verdadera.

Juan Miguel Zunzunegui nació en México, en 1975. De ancestros mexicanos, españoles, austriacos y otomíes, es resultado de todos los encuentros de la humanidad a lo largo de la historia; por eso prefiere definirse como ciudadano del mundo y mestizo de todas las culturas. Ha publicado más de veinte libros. Es licenciado en Comunicación, especialista en filosofía y en religiones, maestro en Materialismo histórico y doctor en Humanidade

ÍNDICE

Falsificar la historia 2
El origen del tiempo y de todas las historias 5
El poder de la mentira 16
En el principio fue la palabra 35
El poder de la historia 47
Incendiar el mundo 60
Con este signo vencerás 72
Un mundo oscuro donde la Tierra es plana 83
Choque de civilizaciones 96
El momento más terrible de la historia 117
El mito de la Revolución francesa 125
La revolución por la justicia social 141
La muerte de Dios 157
La madre de todas las guerras 175
El muro de Berlín 191
La causa de todas las guerras 204
Sobre el autor 219